

TESTIMONIOS SELECTOS

TOMO 1

Ellen G. White



Prefacio

En este pequeño volumen se ofrece a los lectores de habla castellana una selección de artículos cortos escritos por la Sra. E. G. de White.

La Sra. de White se ocupó activamente durante más de sesenta años en la obra de evangelización. Empezó su ministerio público en el Maine, el estado más al este de los Estados Unidos, y lo terminó en California, en la costa del Pacífico. Dirigió la palabra a numerosas congregaciones, grandes y pequeñas, acerca de temas religiosos y de temperancia, en casi todo estado de la Unión. También pasó dos años de servicio muy intenso en Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania, Dinamarca, Noruega y Suecia; y ocho años en Australia, Nueva Zelandia y Tasmania.

La historia de la primera parte de su vida, y de todo lo que experimentó desde la niñez en los esfuerzos que hiciera para ganar almas para Cristo, según se relata en este librito, en su propio lenguaje sencillo, presenta al lector una fascinadora narración de sincero servicio cristiano.

Ora viajase en coche por los estados de la Nueva Inglaterra, ora estuviese a bordo de un humilde vapor fluvial, ora acompañase un tren de emigrantes con rumbo a Tejas y Oklahoma, o se hallase en algún tren de turismo en California, o en algún gran transatlántico para cruzar el océano, siempre trató de aprovechar toda oportunidad para hablar a la gente "todas las palabras de esta vida."

Además de su labor de evangelista, la Sra. de White era colaboradora regular de varios periódicos religiosos. Y escribió muchos libros, entre los cuales se destacan los cinco volúmenes que describen el gran conflicto reñido a través de los siglos entre Cristo y Satanás. El primer tomo de esta serie, "La Historia de los Patriarcas y Profetas," y el último, "El Conflicto de los Siglos," se han publicado en castellano. Su librito "El Camino a Cristo" se ha publicado en cuarenta idiomas, y entre estas traducciones, la castellana fué una de las primeras y de las más difundidas. Todos los escritos de la Sra. de White respiran la consagración más abnegada, y enseñan la moralidad más pura. Revelan las maquinaciones de Satanás y nos amonestan contra sus lazos. Nos conducen a Cristo, y ensalzan las enseñanzas de la Biblia.

Uno de los propósitos que abrigaba la Sra. de White era el de hacer publicar varios volúmenes pequeños, que contuviesen en el menor número posible de páginas, las poderosas y salvadoras verdades que ella se deleitaba en repetir a la gente por la palabra y la pluma. Poco antes de su muerte, se dieron los pasos iniciales para la recopilación de estos libros. Los comienzos de esta obra le proporcionaron mucho gozo. Pero ella no vió su terminación. La premura del trabajo que requerían algunos de sus libros grandes, consumió sus últimas energías, e hizo postergar la publicación de estas obras menores hasta después de su muerte.

Este libro no es la reproducción castellana de algún libro peculiar escrito en inglés por la autora. Es una selección de sus escritos publicados en muchos libros y periódicos. Su modo de presentar los privilegios y deberes de los cristianos es claro y alentador, y muy hermosos y conmovedores son los cuadros que traza de la recompensa de los fieles.

¡Ojalá se difunda extensamente esta obrita y constituya un potente factor para desarrollar la vida cristiana de sus muchos lectores! Tal es la esperanza y oración de Los Editores.

Capítulo 1

Mi infancia

Nací en Gorham, población del estado de Maine, EE. UU., el 26 de noviembre de 1827. Mis padres, Roberto y Eunice Harmon, residían desde muchos años antes en dicho estado, y desde muy jóvenes fueron fervorosos y devotos miembros de la iglesia metodista episcopal, en la que ocuparon señalado lugar, pues trabajaron durante un período de cuarenta años por la conversión de los pecadores y el adelanto de la causa de Dios. En este tiempo tuvieron la dicha de ver a sus ocho hijos convertirse y afiliarse al redil de Cristo.

Infortunio

Siendo yo todavía niña, se trasladaron mis padres desde Gorham a Portland, también en el estado de Maine, donde a la edad de nueve años me ocurrió un accidente cuyas consecuencias me afectaron para el resto de mi vida. Atravesaba yo un terreno baldío en la ciudad de Portland, en compañía de mi hermana gemela y una condiscípula de escuela, cuando una muchacha de unos trece años, enfadada por alguna cosa baladí, nos tiró una piedra que vino a darme en la nariz, dejándome el golpe sin sentido en el suelo.

Al volver en mí, me encontré en la tienda de un comerciante. Un compasivo extraño se ofreció a llevarme a mi casa en su carruaje; pero yo, sin darme cuenta de mi debilidad, le dije que prefería ir a pie. Los que allí estaban no se figuraban que la herida fuese tan grave, y consintieron en dejarme ir; pero a los pocos pasos desfallecí, de modo que mi hermana gemela y mi condiscípula hubieron de transportarme a casa.

Durante algún tiempo después del accidente estuve atontada. Según me dijo luego mi madre, transcurrieron tres semanas sin que yo diese muestras de conocer lo que me sucedía. Tan sólo mi madre creía en la posibilidad de mi restablecimiento, pues por alguna razón abrigaba la firme esperanza de que no me moriría.

Al recobrar el uso de mis facultades, parecióme como si despertara de un sueño. No recordaba el accidente, y desconocía la causa de mi enfermedad. Se me había

dispuesto en casa una cuna muy grande, donde yací durante varias semanas.

Por entonces empecé a rogar al Señor que me preparase a bien morir. Cuando nuestros amigos cristianos visitaban a la familia, le preguntaban a mi madre si había hablado conmigo acerca de la muerte. Yo entreoí estas conversaciones, que me conmovieron y despertaron en mí el deseo de ser una verdadera hija de Dios; así que me puse a orar fervorosamente por el perdón de mis pecados. El resultado fué que sentí una profunda paz de ánimo, y un amor sincero hacia el prójimo, con vivos deseos de que todos tuviesen perdonados sus pecados y amasen a Jesús tanto como yo.

Muy lentamente recuperé las fuerzas, y cuando ya pude volver a jugar con mis amiguitas, hube de aprender la amarga lección de que nuestro aspecto personal influye en el trato que recibimos de nuestros compañeros.

Mi educación

Mi salud parecía quebrantada sin remedio. Durante dos años, no pude respirar por la nariz, y raras veces estuve en disposición de asistir a la escuela. Me era imposible estudiar ni acordarme de las lecciones. La misma muchacha que había sido causa de mi desgracia, fué designada por la maestra para instructora de la sección en que yo estaba, y entre sus obligaciones tenía la de enseñarme a escribir y darme clase de otras asignaturas. Siempre parecía sinceramente contristada por el grave daño que me hiciera, aunque yo tenía mucho cuidado en no recordárselo. Se mostraba muy cariñosa y paciente conmigo, y daba indicios de estar triste y pensativa al ver las dificultades con que yo tropezaba para adquirir educación.

Tenía yo un abatimiento del sistema nervioso, y me temblaban tanto las manos, que poco adelantaba en escritura y no alcanzaba más que a hacer sencillas copias con desgarbados caracteres. Cuando me esforzaba en aprender las lecciones, parecía como si bailotearan las letras del texto, se me bañaba la frente con gruesas gotas de sudor, y me daban vértigos y desmayos. Tenía accesos de tos sospechosa, y todo mi organismo estaba debilitado.

Mis maestras me aconsejaron que dejase de asistir a la escuela y no prosiguiese los estudios hasta mejorar de salud. La más terrible lucha de mi niñez fué el verme obligada a ceder a mi flaqueza corporal, y decidir que era preciso dejar el estudio y

renunciar a toda esperanza de educación.

Capítulo 2

Mi conversión

En Marzo de 1840, el Sr. Guillermo Miller vino a Portland, para dar una serie de conferencias sobre la segunda venida de Cristo. Estas conferencias produjeron grandísima sensación, y el templo de la calle Casco, en donde se dieron, estuvo colmado de gente noche y día. Sobrecogióse solemnemente el ánimo de cuantos las escucharon, pues no sólo se despertó el interés por el asunto en la ciudad, sino que de toda la comarca llegaban día tras día las multitudes, trayéndose en cestos la comida y quedándose desde por la mañana hasta terminada la reunión de la tarde.

En compañía de mis amigas, asistí a estas reuniones. El Sr. Guillermo Miller exponía las profecías con tal exactitud que llevaba el convencimiento al ánimo de los oyentes. Se extendía especialmente en la consideración de los períodos proféticos y aducía muchas pruebas para reforzar sus argumentos, y sus solemnes y enérgicas exhortaciones y advertencias a quienes no estaban preparados, subyugaban por completo a las muchedumbres.

Se empezaron a celebrar reuniones especiales para proporcionar a los pecadores la oportunidad de buscar a su Salvador y prepararse para los tremendos acontecimientos que pronto iban a ocurrir. El terror y la convicción se difundieron por toda la ciudad. Se crearon reuniones de oración y en todas las denominaciones religiosas se observó un despertamiento general, porque todos sentían más o menos la influencia derivada de las enseñanzas referentes a la inminente venida de Cristo.

Cuando se invitó a los pecadores a que dieran testimonio de su convencimiento, centenares respondieron a la invitación, y se sentaron en los bancos apartados con este fin. Yo también me abrí paso entre la multitud para tomar puesto con los que buscaban al Salvador. Sin embargo, sentía en mi corazón que yo no lograría merecer llamarme hija de Dios. Muchas veces había anhelado la paz de Cristo, pero no podía hallar la deseada libertad. Una profunda tristeza embargaba mi corazón; y aunque no acertaba a explicarme la causa de ella, me parecía que no era yo lo bastante buena para entrar en el cielo y que no me era posible en modo alguno esperar tan alta dicha.

La falta de confianza en mí misma, y la convicción de que era incapaz de dar a comprender a nadie mis sentimientos, me impidieron solicitar consejos y auxilio de mis amigos cristianos. Así vagué estérilmente en tinieblas y desaliento, al paso que mis amigos, por no penetrar en mi reserva, estaban del todo ignorantes de mi verdadera situación.

El verano siguiente, fueron mis padres a un congreso de los metodistas, celebrado en Buxton, Maine, y me llevaron consigo. Estaba ya completamente resuelta a buscar anhelosamente allí al Señor y obtener si fuera posible el perdón de mis pecados. Profundamente ansiaba mi corazón la esperanza de los hijos de Dios y la paz que dimana del creer.

Mucho me alentó un sermón sobre el texto: "Entraré al rey, ... y si perezco, que perezca." Ester 4:16. El predicador se refirió en sus consideraciones a quienes vacilaban entre la esperanza y el temor, con deseo de ser salvos de sus pecados y recibir el indulgente amor de Cristo, y sin embargo, se mantenían en la esclavitud de la duda por timidez y recelo del fracaso. Aconsejó a los tales que se entregasen a Dios y confiaran sin tardanza en su misericordia, pues hallarían un bondadoso Salvador dispuesto a inclinar sobre ellos el cetro de la misericordia, como Asuero había ofrecido a Esther la señal de su gracia. Lo único que se exigía del pecador, tembloroso en presencia de su Señor, era que extendiese la mano de la fe y tocara el cetro de su gracia, para asegurarse perdón y paz.

Añadió el predicador que se equivocaban gravemente quienes aguardaban a hacerse más merecedores del favor divino antes de atreverse a apropiarse las promesas de Dios, pues sólo Jesús podía limpiarnos de pecado y perdonar nuestras transgresiones, porque se comprometió a escuchar la súplica y acceder a las oraciones de quienes con fe se acercan a él. Algunos tienen la vaga idea de que deben hacer extraordinarios esfuerzos para alcanzar el favor de Dios; pero es vano cuanto hagamos por nuestra propia cuenta. Tan sólo en relación con Jesús, por medio de la fe, puede llegar a ser el pecador un esperanzado y creyente hijo de Dios.

Estas palabras me consolaron y me dieron la visión de lo que debía hacer para salvarme.

Desde entonces, vi mi camino más claro, y empezaron a disiparse las tinieblas.

Imploré anhelosamente el perdón de mis pecados, esforzándome para entregarme por entero al Señor. Sin embargo, me acometían con frecuencia vivas angustias, porque no experimentaba el éxtasis espiritual que yo consideraba como prueba de que Dios me había aceptado, y sin ello no me podía convencer de que estuviese convertida. ¡Cuánta enseñanza necesitaba respecto a la sencillez de fe!

Mientras estaba arrodillada y oraba con otras personas que también buscaban al Señor, decía yo en mi corazón: "¡Ayúdame, Jesús! ¡Sálvame o perezco! No cesaré de implorarte hasta que oigas mi oración y reciba yo el perdón de mis pecados." Sentía entonces como nunca la angustiosa necesidad de mi estado.

Mientras estaba así arrodillada en oración, mi carga me abandonó repentinamente y se me alivió el corazón. Al principio me sobrecogió un sentimiento de alarma y quise reasumir mi carga de angustia. No me parecía tener derecho a sentirme alegre y feliz. Pero Jesús parecía estar muy cerca de mí, y me tuve por capaz de allegarme a él con todas mis pesadumbres, infortunios y tribulaciones, lo mismo que en busca de consuelo se allegaban a él los necesitados cuando estaba él en la tierra. Tenía yo la seguridad de que Jesús comprendía mis tribulaciones peculiares y me compadecía. Nunca olvidaré aquella preciosa seguridad de la compasiva ternura de Jesús hacia un ser como yo tan indigno de su consideración. Durante aquel corto tiempo que pasé arrodillada con los que oraban, aprendí acerca del carácter de Jesús mucho más de cuanto hasta entonces aprendiera.

Una de las madres en Israel acercóse a mí diciendo: "Querida hija mía, ¿has encontrado a Jesús?" Yo iba a responderle que sí, cuando ella exclamó: "¡Verdaderamente lo has hallado! Su paz está contigo. Te lo conozco en el semblante."

Repetidas veces me decía yo a mí misma: "¿Puede ser esto la religión? ¿No estás equivocada?" Me parecía demasiado pretender, un privilegio demasiado exaltado. Aunque muy tímida para confesarlo abiertamente, sentía yo que el Salvador me había otorgado su bendición y el perdón de mis pecados.

Poco después terminó el congreso metodista, y nos volvimos a casa. Mi mente estaba repleta de los sermones, exhortaciones y oraciones que habíamos oído. Durante la mayor parte de los días en que se celebró la asamblea, estuvo el tiempo nublado o lluvioso y mis sentimientos armonizaban con el ambiente climatérico. Pero luego el sol

se puso a brillar esplendorosamente y a inundar la tierra con su luz y calor. Los árboles, plantas y hierbas reverdecían lozanos y el firmamento era de un intenso azul. La tierra parecía sonreír bajo la paz de Dios. Así también los rayos del Sol de justicia habían penetrado las nubes y tinieblas de mi mente y habían disipado su melancolía.

Parecíame que todos habían de estar en paz con Dios y animados de su Espíritu. Todo cuanto miraban mis ojos me parecía cambiado. Eran más hermosos los árboles y las aves cantaban más melodiosamente que antes, como si alabasen al Creador con su canto. Nada quería decir yo, temerosa de que se desvaneciera aquella felicidad y perdiera la valiosísima prueba de que Jesús me amaba.

La vida se me ofrecía en muy distinto aspecto. Las aflicciones que habían entenebrecido mi niñez las veía entonces como muestras de misericordia para mi bien, a fin de que, apartando mi corazón del mundo y sus engañosos placeres, me inclinase hacia las perdurables atracciones del cielo.

Poco después de regresar del congreso, fui recibida, juntamente con otras personas, en la iglesia metodista, para el período de prueba. Me preocupaba mucho el asunto del bautismo. Aunque joven, no me era posible ver que las Escrituras autorizasen otra manera de bautizar que la de inmersión. Algunas de mis hermanas metodistas trataron en vano de convencerme de que el bautismo por aspersión era también bíblico.

Llegó por fin el día de recibir este solemne rito. Eramos doce catecúmenos y fuimos al mar para que nos bautizaran. Soplaban fuerte viento y las encrespadas olas barrían la playa; pero cuando cargué con esta pesada cruz, fué mi paz como un río. Al salir del agua me sentí casi sin fuerzas propias, porque el poder del Señor se asentó en mí. Desde aquel momento, ya no era de este mundo, sino que del líquido sepulcro había resucitado a nueva vida.

Aquel mismo día, por la tarde, fui admitida formalmente en el seno de la iglesia metodista.

Capítulo 3

Comienzo de mis labores en público

Tuve nuevos deseos de volver a la escuela e intentar otro esfuerzo para adquirir educación. Al efecto ingresé en un colegio de señoritas de Portland; pero al reanudar los estudios decayó rápidamente mi salud, y resultó evidente que si persistía en ir al colegio, me costaría la vida, por lo que con mucha tristeza me volví a casa.

En el colegio, me había sido difícil disfrutar del sentimiento religioso, porque el ambiente que me rodeaba era muy a propósito para apartar de Dios el pensamiento. Durante algún tiempo, me sentí descontenta de mí misma y de mis progresos en la vida cristiana, sin experimentar el vivo sentimiento de la misericordia y amor de Dios. Me sobrecogía a veces el desaliento, y esto me ocasionaba gran angustia.

La causa adventista en Portland

En junio de 1842, dió el Sr. Guillermo Miller su segunda serie de conferencias en Portland, y consideré como un gran privilegio el asistir a ellas, porque estaba desalentada y no me sentía preparada para encontrar a mi Salvador. Esta segunda serie de reuniones conmovió los ánimos de la ciudad mucho más intensamente que la primera. A excepción de unas pocas sectas, las denominaciones religiosas mantuvieron las puertas de sus iglesias cerradas para el Sr. Miller; y desde los diversos púlpitos se pronunciaron muchos discursos para denunciar lo que se motejaba de fanáticos errores del conferenciante. Pero grandes muchedumbres concurrían a sus reuniones, y muchísima gente se quedaba sin poder entrar en el local. Los oyentes permanecían sumamente quietos y atentos.

El Sr. Miller no gastaba al predicar estilo florido ni galas oratorias, sino que trataba acerca de hechos claros y sorprendentes, que despertaban a sus oyentes y los sacaban de su negligente indiferencia. A medida que hablaba, basaba sus declaraciones y teorías en pruebas bíblicas. Acompañaba sus palabras un poder convincente que parecía darles el sello del lenguaje veraz.

Manifestaba cortesía y simpatía. En ocasiones en que todos los asientos estaban

ocupados, tanto en la sala como en la plataforma que rodeaba al púlpito, vi al Sr Miller dejar su puesto, tomar de la mano a algún hombre o mujer, anciano y débil, hallarle asiento y luego volver a reanudar su discurso. Con razón se le llamaba "papá Miller," porque ejercía vigilante cuidado para con los que necesitaban sus servicios, era afectuoso en sus modales y tierno de corazón.

Era un predicador interesante, y sus exhortaciones a los que profesaban ser creyentes y a los impenitentes, eran apropiadas y eficaces. Algunas veces predominaba en sus reuniones una solemnidad tan marcada que llegaba a ser penosa. Impresionaba el ánimo de la multitud de oyentes una sensación de la crisis inminente de los sucesos humanos. Muchos cedían a la convicción del Espíritu de Dios. Hombres y mujeres, ancianos ya canosos, se acercaban con paso tembloroso a los bancos de penitentes; otras personas, fuertes y maduras, los jóvenes y los niños, se conmovían profundamente. Ante el altar de la oración, se mezclaban los gemidos, llantos y alabanzas a Dios.

Yo creía las solemnes palabras que pronunciaba el siervo de Dios, y mi corazón se dolía cuando dichas palabras encontraban oposición o eran tema de mofas. Asistía con frecuencia a las reuniones, y creía que muy luego iba a venir Jesús en las nubes de los cielos; pero mi mayor deseo era estar preparada para encontrarle. Mi mente meditaba de continuo en la santidad de corazón, y anhelaba sobre todo obtener tan gran beneficio y sentir que Dios me había aceptado por completo.

Hasta entonces no había orado nunca en público, y tan sólo unas cuantas tímidas palabras habían salido de mis labios en las reuniones de oración; pero ahora me impresionaba la idea de que debía buscar a Dios en oración en nuestras reuniones de testimonios. Sin embargo, no me atrevía a orar, temerosa de confundirme y no poder expresar mis pensamientos. Pero el sentimiento del deber de orar en público me sobrecogió de tal manera, que al orar en secreto me parecía como si me burlara de Dios por no haber obedecido a su voluntad. Se apoderó de mí el desaliento y durante tres semanas ni un rayo de luz vino a herir la melancólica lóbreguez que me rodeaba.

Sufría muchísimo mentalmente. Noches hubo en que no me atreví a cerrar los ojos, sino que esperé a que mi hermana se durmiese, y, levantándome entonces despacito de la cama, me arrodillaba en el suelo para orar silenciosamente con indescriptible angustia muda. Se me representaban sin cesar los horrores de un infierno eterno y abrasador. Sabía que me era imposible vivir mucho tiempo en tal estado, y no

tenía valor para morir y arrostrar la suerte de los pecadores. ¡Con qué envidia pensaba yo en los que se sentían aceptos de Dios! ¡Cuán preciosa parecía la esperanza del creyente a mi alma agonizante!

Muchas veces permanecía postrada en oración casi toda la noche, gimiendo y temblando con indecible angustia y tan profunda desesperación que no hay manera de expresarlas. Mi ruego era: "¡Señor, ten misericordia de mí!" y, como el pobre publicano, no me atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que postraba mi rostro en el suelo. Enflaquecí notablemente y decayeron mucho mis fuerzas, pero guardaba mis sufrimientos y desesperación para mí sola.

Sueño del templo y del cordero

Mientras que estaba así desalentada, tuve un sueño que me impresionó profundamente. Soñé que veía un templo al cual acudían muchas personas, y únicamente quienes en él se refugiasen podrían ser salvos al fin de los tiempos, pues todos cuantos fuera del templo se quedasen, serían perdidos para siempre. Las muchedumbres que en las afueras del templo iban por diversos caminos, se burlaban de los que entraban en él y los ridiculizaban, diciéndoles que aquel plan de salvación era un artero engaño, pues en realidad no había peligro alguno que evitar. Además, retenían a algunos para impedirles que entraran en el templo.

Temerosa de ser ridiculizada, pensé que fuese mejor esperar que las multitudes se marcharan o hasta tener ocasión de entrar sin que me vieran. Pero el número fué aumentando en vez de disminuir, hasta que, recelosa de que se me hiciese demasiado tarde, me apresuré a salir de mi casa y abríme paso a través de la multitud, sin reparar en su número, tan viva era la ansiedad que tenía de verme dentro del templo.

Una vez en el interior del edificio, vi que el amplio templo estaba sostenido por una enorme columna y atado a ella había un cordero todo él mutilado y ensangrentado. Los que estábamos en el templo sabíamos que aquel cordero había sido desgarrado y quebrantado por nuestras culpas. Todos cuantos entraban en el templo habían de postrarse ante el cordero y confesar sus pecados. Delante mismo del cordero vi asientos altos donde estaba sentada una hueste que parecía muy feliz. La luz del cielo iluminaba sus semblantes, y alababan a Dios entonando cánticos de alegre acción de gracias, semejantes a la música de los ángeles. Eran los que se habían postrado ante el cordero,

habían confesado sus pecados y recibido el perdón de ellos, y ahora aguardaban con gozosa expectación algún dichoso acontecimiento.

Aun después de haber yo entrado en el templo, me sentí sobrecogida de temor y vergüenza por haber de humillarme a la vista de tanta gente; pero me empujaban hacia adelante y poco a poco fuí rodeando la columna hasta ponerme frente al cordero. Entonces resonó una trompeta, estremeciéndose el templo y los santos congregados dieron voces de triunfo. Un pavoroso esplendor iluminó el templo, y después todo quedó en profundas tinieblas. La hueste feliz había desaparecido por completo al lucir el pasajero esplendor, y yo me quedé sola en el horrible silencio de la noche.

Desperté angustiada y a duras penas pude convencerme de que había soñado. Me parecía que estaba fijada mi condenación, y que el Espíritu del Señor me había abandonado para siempre.

Visión de Jesús

Poco tiempo después tuve otro sueño. Me veía sentada con profunda desesperación, el rostro oculto entre las manos, y me decía reflexionando: Si Jesús estuviese en la tierra, iría a postrarme a sus pies y le manifestaría mis sufrimientos. No me rechazaría. Tendría misericordia de mí, y por siempre le amaría y serviría.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un personaje de hermoso aspecto y porte. Miróme compasivamente, y dijo: "¿Deseas ver a Jesús? Aquí está, y puedes verle si quieres. Toma cuanto tengas y sígueme."

Oí estas palabras con indecible gozo, y alegremente recogí cuanto poseía, todas las cositas que apreciaba, y seguí a mi guía. Me condujo a una escarpada y en apariencia quebradiza escalera. Al empezar a subir los peldaños, me advirtió el guía que mantuviera la vista en alto, pues de lo contrario corría el riesgo de desmayar y caer. Muchos otros que trepaban por la escalonada caían antes de llegar a la cima.

Finalmente llegamos al último peldaño, y nos detuvimos ante una puerta. Allí el guía me indicó que dejase cuanto había traído conmigo. Yo lo depuse todo alegremente. Entonces el guía abrió la puerta, y me mandó entrar. En un momento estuve delante de Jesús. No cabía error, pues aquella hermosa figura, aquella expresión de benevolencia y

majestad, no podían ser de otro. Al mirarme comprendí en seguida que conocía todas las vicisitudes de mi vida y todos mis íntimos pensamientos y emociones.

Traté de resguardarme de su mirada, pues me sentía incapaz de resistirla; pero él se me acercó sonriente y posando su mano sobre mi cabeza, dijo: "No temas." El dulce sonido de su voz hizo vibrar mi corazón con una dicha que no había experimentado hasta entonces. Estaba yo muy por demás gozosa para pronunciar ni una palabra, y así fué que, profundamente conmovida, caí postrada a sus pies. Mientras que allí yacía impedida, presencié escenas de gloria y belleza que ante mi vista pasaban, y me parecía que hubiese alcanzado la salvación y paz del cielo. Por último, recobradas las fuerzas, me levanté. Todavía me miraban los amorosos ojos de Jesús, cuya sonrisa inundaba de alegría mi alma. Su presencia despertaba en mí santa veneración e inefable amor.

Abrió la puerta el guía, y ambos salimos. Me mandó que volviese a tomar todo lo que había dejado afuera. Hecho esto, me dió una cuerda verde fuertemente enrollada. Me encargó que me la colocara cerca del corazón y que cuando deseara ver a Jesús, la sacara de mi pecho y la desenrollara por completo. Advirtiéndome que no la tuviera mucho tiempo enrollada, pues de tenerla así, podría enredarse con nudos y ser muy difícil de estirar. Puse la cuerda junto a mi corazón y gozosamente bajé la angosta escalera, alabando al Señor y diciendo a cuantos se cruzaban en mi camino en dónde podrían encontrar a Jesús.

Este sueño me infundió esperanza. La cuerda verde era para mí el símbolo de la fe, y en mi alma alboreó la hermosa sencillez de la confianza en Dios.

Amistosos consejos y simpatía

Declaré entonces a mi madre las tristezas y perplejidades que experimentaba. Tiernamente simpatizó con ellas y me alentó diciéndome que pidiera consejo al pastor Stockman, quien a la sazón predicaba en Portland la doctrina adventista. Tenía yo mucha confianza en él, porque era devoto siervo de Cristo. Al oír mi historia, él puso afectuosamente la mano sobre mi cabeza, y dijo, con lágrimas en los ojos: "Elena, Vd. no es sino una niña. Su experiencia es muy singular en una persona de tan poca edad. Jesús debe estar preparándola para alguna obra especial."

Luego me dijo que, aun cuando fuese yo una persona de edad madura y me viese

así acosada por la duda y desesperación, me diría que sabía de cierto que por el amor de Jesús, había esperanza para mí. La misma agonía mental era positiva evidencia de que el Espíritu de Dios contendía conmigo. Dijo que cuando el pecador se endurece en sus culpas, no se da cuenta de la enormidad de su transgresión, sino que se lisonjea con la idea de que anda casi bien, y que no corre peligro especial alguno. Le abandona entonces el Espíritu del Señor, y le deja asumir una actitud de negligencia e indiferencia o de temerario desafío. Este bondadoso señor me habló del amor de Dios para con sus extraviados hijos, y me explicó que en vez de complacerse en su ruina, anhelaba atraerlos a sí por una fe y confianza sencillas. Insistió en el gran amor de Cristo y en el plan de la redención.

El pastor Stockman habló del infortunio de mi niñez, y dijo que era de veras una grave aflicción, pero me invitó a creer que la mano de nuestro amante Padre no me había desamparado; que en lo futuro, una vez desvanecidas las neblinas que obscurecían mi ánimo, discerniría yo la sabiduría de la providencia que me pareciera tan cruel y misteriosa. Jesús dijo a sus discípulos: "Lo que yo hago, tú no entiendes ahora; mas lo entenderás después." Juan 13:7. Porque en la incomparable vida venidera ya no veremos obscuramente como por un espejo, sino que cara a cara contemplaremos los misterios del amor divino.

Vaya en paz, Elena--me dijo;--vuelva a casa confiada en Jesús, que él no privará de su amor a nadie que lo busque verdaderamente.

Después oró fervorosamente por mí, y me pareció que con seguridad escucharía Dios las oraciones de su santo varón, aunque desoyera mis humildes peticiones. Quedé mucho más consolada y se desvaneció la maligna esclavitud del temor y de la duda al oír los prudentes y cariñosos consejos de aquel maestro de Israel. Salí de la entrevista con él animada y fortalecida.

Durante los pocos minutos en que recibiera instrucciones del pastor Stockman, aprendí más en cuanto al amor y compasiva ternura de Dios que en todos los sermones y exhortaciones que antes oyera.

Mi primera oración en público

Volví a casa y nuevamente me postré ante el Señor, prometiéndole hacer y sufrir

todo cuanto de mí exigiera, con tal que la sonrisa de Jesús alegrara mi corazón. Entonces se me presentó el mismo deber que tanto me perturbaba anteriormente: tomar mi cruz entre el congregado pueblo de Dios. No tardó en presentarse oportunidad para ello, pues aquella misma tarde se celebró en casa de mi tío una reunión de oración, a la que asistí.

Cuando los demás se arrodillaron para orar, me arrodillé también yo toda temblorosa, y luego de haber orado unos cuantos fieles, se elevó mi voz en oración antes de que yo me diera cuenta de ello. En aquel momento, las promesas de Dios me parecieron otras tantas perlas preciosas que se hubiesen de recibir con tan sólo pedir las. Mientras yo oraba, desapareció la pesadumbre angustiosa de mi alma que durante tanto tiempo había sufrido, y como suave rocío descendieron sobre mí las bendiciones del Señor. Alabé a Dios desde lo más profundo de mi corazón. Todo me parecía apartado de mí, menos Jesús y su gloria, y perdí la conciencia de cuanto ocurría en derredor mío.

El Espíritu de Dios se posó en mí con tal poder, que no pude volver a casa aquella noche. Al recobrar el conocimiento me hallé solícitamente atendida en casa de mi tío, donde nos habíamos reunido en oración. Ni mi tío ni su esposa gozaban de sentimientos religiosos, aunque el primero los había profesado un tiempo, pero luego había apostatado. Se me dijo que se sintió muy perturbado mientras que el poder de Dios reposaba sobre mí de aquella manera tan especial, y que había estado paseándose de acá para allá, muy conmovido y angustiado mentalmente.

Cuando fuí derribada al suelo, algunos de los concurrentes se alarmaron, y estuvieron por correr en busca de un médico, pues pensaban que me había atacado de repente alguna peligrosa indisposición; pero mi madre les pidió que me dejaran, porque para ella y para los demás cristianos experimentados, era claro que el poder admirable de Dios era lo que me había postrado. Cuando volví a casa, al día siguiente, estaba mi ánimo muy cambiado. Me parecía imposible que yo fuese la misma persona que había salido de casa de mi padre la tarde anterior. Continuamente me acordaba de este pasaje: "Jehová es mi pastor; nada me faltará." Salmos 23:1. Mi corazón rebosaba de gozo al repetir estas palabras.

Visión del amor del padre

La fe embargaba ya mi corazón. Sentía inexplicable amor hacia Dios, y su

Espíritu me daba testimonio de que mis pecados estaban perdonados. Mudé la opinión que tenía acerca del Padre. Empecé a considerarle como un padre bondadoso y tierno, más bien que como un severo tirano que forzase a los hombres a obedecerle ciegamente. Mi corazón sentía un profundo y ferviente amor hacia él. Tenía por gozo el obedecer a su voluntad; y me era un placer estar en su servicio. Ninguna sombra obscurecía la luz que me revelaba la perfecta voluntad de Dios. Sentía la seguridad de que el Salvador moraba en mí, y comprendía la verdad de lo que Cristo dijera: "El que me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida." Juan 8:12.

Mi paz y dicha formaban tan marcado contraste con mi anterior melancolía y angustia, que me parecía haber sido rescatada del infierno y transportada al cielo. Hasta podía alabar a Dios por el accidente que había sido la desgracia de mi vida, porque había sido el medio de fijar mis pensamientos en Dios. Como por naturaleza yo era orgullosa y ambiciosa, tal vez no me habría sentido inclinada a entregar mi corazón a Jesús, a no haber sido por la dura aflicción, que, en cierto modo, me había separado de los triunfos y vanidades del mundo.

Durante seis meses, ni una sombra obscureció mi ánimo, ni descuidé un solo deber conocido. Todos mis esfuerzos tendían a hacer la voluntad de Dios, y a recordar de continuo a Jesús y el cielo. Me sorprendían y arrobaban las claras visiones que tenía acerca de la expiación y obra de Cristo. No intentaré explicar más en detalle las preocupaciones de mi mente; baste decir que todas las cosas viejas habían pasado, y todo había sido hecho nuevo. Ni una sola nube echaba a perder mi perfecta felicidad. Anhelaba hablar del amor de Jesús; pero no me sentía en disposición de entablar conversaciones triviales con nadie. Mi corazón estaba tan lleno del amor de Dios, y de la paz que sobrepuja todo entendimiento, que me gustaba meditar y orar.

Dando testimonio

La noche después de recibir tan grande bendición, asistí a la reunión adventista. Cuando a los seguidores de Cristo les llegó la vez de hablar en su favor, no pude permanecer en silencio, sino que me levanté para referir mi experiencia. Ni un solo pensamiento acudió a mi mente acerca de lo que debía decir; pero el sencillo relato del amor de Jesús hacia mí fluyó libremente de mis labios, y sintióse mi corazón tan dichoso de verse libre de sus ataduras de tenebrosa desesperación, que perdí de vista a las personas que me rodeaban y parecióme estar sola con Dios. No encontré dificultad

alguna en expresar mis sentimientos de paz y felicidad, sino por las lágrimas de gratitud que entrecortaban mis palabras.

El pastor Stockman estaba presente. Me había visto poco antes en profunda desesperación, y al ver ahora subvertida mi cautividad, lloraba de alegría conmigo y alababa a Dios por esta prueba de su misericordiosa ternura y cariñoso amor.

No mucho después de recibir tan señalada bendición, asistí a una reunión en la iglesia de que era pastor el Sr. Brown. Se me invitó a referir mi experiencia, y no sólo sentí gran facilidad de expresión, sino también dicha, al relatar mi sencilla historia del amor de Jesús y el gozo de verme aceptada por Dios. Según iba hablando con el corazón subyugado y los ojos arrasados en lágrimas, mi alma parecía impelida hacia el cielo en acción de gracias. El enternecedor poder de Dios descendió sobre los circunstantes. Muchos lloraban y otros alababan a Dios. Se invitó a los pecadores a que se levantaran a orar, y no pocos respondieron al llamamiento. Mi corazón estaba tan agradecido a Dios por la bendición que me había otorgado, que deseaba que otros compartieran este sagrado gozo. Mi ánimo se interesaba profundamente por quienes pudiesen creerse en desgracia del Señor y bajo la pesadumbre del pecado. Mientras refería mis experiencias, me parecía que nadie podría negar la evidente prueba del misericordioso amor de Dios, que tan maravillosa mudanza había efectuado en mí. La realidad de la verdadera conversión me parecía tan notoria, que procuré aprovechar toda oportunidad de ejercer mi influencia en mis amigas para guiarlas hacia la luz.

Trabajo en favor de mis jóvenes amigas

Celebré, pues, reuniones con esas amigas mías. Algunas tenían bastante más edad que yo, y unas cuantas estaban ya casadas. Las había vanidosas e irreflexivas, a quienes mis experiencias les parecían cuentos y no escuchaban mis exhortaciones. Pero me resolví a perseverar en el esfuerzo hasta tanto que aquellas queridas almas, por las que tan vivo interés tenía, se entregasen a Dios. Pasé noches enteras en fervorosa oración por las amigas a quienes había buscado y reunido con el objeto de trabajar y orar con ellas.

Algunas se juntaban con nosotras por curiosidad de oír lo que yo diría. Otras se extrañaban del empeño de mis esfuerzos, sobre todo cuando ellas mismas no mostraban interés por su propia salvación. Pero en todas nuestras pequeñas reuniones yo

continuaba exhortando a cada una de mis amigas y orando separadamente por ellas hasta lograr que se entregasen a Jesús y reconociesen la valía de su misericordioso amor. Y todas se convirtieron a Dios.

Por las noches me veía en sueños trabajando por la salvación de las almas, y me acudían a la mente casos especiales de amigas a quienes iba a buscar después para orar juntas. Excepto una, todas ellas se entregaron al Señor. Algunos de nuestros hermanos más formales recelaban de que yo fuese demasiado celosa por la conversión de las almas; pero el tiempo se me figuraba tan corto, que convenía que cuantos tuviesen la esperanza de la inmortalidad bienaventurada y aguardaran la pronta venida de Cristo, trabajasen sin cesar en favor de quienes todavía estaban sumidos en el pecado al borde terrible de la ruina.

Aunque yo era muy joven, se me representaba tan claro a la mente el plan de salvación, y tan señaladas habían sido mis experiencias, que, considerando el asunto, comprendí que era mi deber continuar esforzándome por la salvación de las preciosas almas y orar y confesar a Cristo en toda ocasión. Había puesto todo mi ser al servicio de mi Maestro. Sucediera lo que sucediera, estaba determinada a complacer a Dios y vivir como quien espera la venida del Salvador para recompensar a sus fieles. Me consideraba como una niña, al allegarme a Dios como a mi Padre y preguntarle qué quería que hiciese. Una vez consciente de mi deber, mi mayor felicidad era cumplirlo. A veces me asaltaban pruebas especiales, pues algunas personas, más experimentadas que yo, trataban de detenerme y enfriar el ardor de mi fe; pero las sonrisas de Jesús que iluminaban mi vida y el amor de Dios en mi corazón, me alentaban a proseguir adelante.

Capítulo 4

La fe adventista

La familia de mi padre asistía todavía de vez en cuando a los cultos de la iglesia metodista, y también a las reuniones de clases que se celebraban en casas particulares.

Una noche fuimos, mi hermano Roberto y yo, a una reunión de clase. El pastor presidente estaba presente. Cuando a mi hermano le tocó el turno de dar testimonio, habló muy humildemente y, sin embargo, con mucha claridad, de lo necesario que era hallarse en perfecta disposición de ir al encuentro de nuestro Salvador cuando con poder y grande gloria viniese en las nubes de los cielos. Mientras mi hermano estuvo hablando, su semblante, de ordinario pálido, brillaba con celeste luz. Parecía transportado en espíritu por encima de todo lo que le rodeaba y hablaba como si estuviese en presencia de Jesús.

Cuando se me invitó a hablar, me levanté con ánimo tranquilo y el corazón henchido de amor y paz. Referí la historia de mi sufrimiento bajo la convicción de pecado, y cómo había recibido por fin la bendición durante tanto tiempo anhelada: la entera conformidad con la voluntad de Dios; y manifesté mi gozo por las nuevas de la pronta venida de mi Redentor para llevarse consigo a sus hijos.

Al terminar mi relato, me preguntó el pastor presidente si no sería mucho mejor vivir una vida larga y útil haciendo bien al prójimo, que no que Jesús viniera prestamente para destruir a los pobres pecadores. Respondí que deseaba el advenimiento de Jesús, porque entonces acabaría el pecado para siempre, y gozaríamos de eterna santificación, pues ya no habría demonio que nos tentase y extraviara.

Después de la reunión, noté que me trataban con señalada frialdad las mismas personas que antes me habían demostrado cariño y amistad. Mi hermano y yo nos volvimos a casa con la tristeza de vernos tan mal comprendidos por nuestros hermanos y de que en sus pechos despertara tan acerba oposición la idea del próximo advenimiento de Jesús.

Durante el regreso a casa, hablamos seriamente acerca de las pruebas de nuestra

fe y esperanza. Mi hermano dijo:

Elena, ¿estamos engañados? ¿Es una herejía esta esperanza en la próxima aparición de Cristo en la tierra, pues tan acremente se oponen a ella los pastores y los que profesan ser religiosos? Dicen que Jesús no vendrá en millares de millares de años. En caso de que siquiera se acercasen a la verdad, no podría acabar el mundo en nuestros días.

Yo no quise ni por un instante alentar la incredulidad; así que repliqué vivamente:

No tengo la menor duda de que la doctrina predicada por el Sr. Miller sea la verdad. ¡Qué fuerza acompaña a sus palabras! ¡Qué convencimiento infunde en el corazón del pecador!

Seguimos hablando ingenuamente del asunto por el camino, y resolvimos que era nuestro deber y privilegio esperar la venida de nuestro Salvador, y que lo más seguro sería disponernos para su aparición y estar preparados para recibirle gozosos. Si viniese, ¿cuál sería la perspectiva de quienes ahora decían: "Mi Señor se tarda en venir," y no deseaban verle? Nos preguntábamos cómo podían los predicadores atreverse a aquietar el temor de los pecadores y apóstatas diciendo: "¡Paz, paz!" mientras que por todo el país se daba el mensaje de amonestación. Aquellos momentos nos parecían muy solemnes; y echábamos en cuenta que no teníamos tiempo que perder.

Por el fruto se conoce el árbol--observó Roberto.--¿Qué ha hecho por nosotros esta creencia? Nos ha convencido de que no estábamos preparados para la venida del Señor; que debíamos purificar nuestro corazón so pena de no poder ir en paz al encuentro de nuestro Salvador. Nos ha movido a buscar nueva fuerza y renovada gracia en Dios. ¿Qué ha hecho por ti esta creencia, Elena? ¿Serías lo que eres si no hubieses oído la doctrina del pronto advenimiento de Cristo? ¡Qué esperanza ha infundido en tu corazón! ¡Cuánta paz, gozo y amor te ha dado! Y por mí lo ha hecho todo. Yo amo a Jesús y a todos los hermanos. Me complazco en la reunión de oración. Me gozo en orar y en leer la Biblia.

Ambos nos sentimos fortalecidos por esta conversación y resolvimos que no debíamos desviarnos de nuestras sinceras convicciones de la verdad y de la bienaventurada esperanza de que pronto vendría Cristo en las nubes de los cielos. En

nuestro corazón sentimos agradecimiento porque podíamos discernir la preciosa luz y regocijarnos en esperar el advenimiento del Señor.

Último testimonio en reunión de clase

No mucho después de esto, volvimos a concurrir a la reunión de clase. Queríamos tener ocasión de hablar del valioso amor de Dios que animaba nuestras almas. Yo, en particular, deseaba referir la bondad y misericordia del Señor para conmigo. Tan profundo cambio había yo experimentado que me parecía un deber aprovechar toda ocasión de atestiguar el amor de mi Salvador.

Cuando me llegó el turno de hablar, expuse las pruebas que tenía del amor de Jesús, y declaré que aguardaba con gozosa expectación el pronto encuentro con mi Redentor. La creencia de que estaba cercana la venida de Cristo había movido a mi alma a buscar vehementísimamente la santificación del Espíritu de Dios.

Al llegar a este punto, el director de la clase me interrumpió diciendo: "Hermana, Vd. recibió la santificación por medio del metodismo, hermana, por medio del metodismo, y no por medio de una teoría errónea."

Me sentí compelida a confesar la verdad de que mi corazón no había recibido sus nuevas bendiciones por medio del metodismo, sino por las conmovedoras verdades referentes a la personal aparición de Jesús, que me habían infundido paz, gozo, y perfecto amor. Así terminó mi testimonio, el último que había de dar yo en clase con mis hermanos metodistas.

Después habló Roberto con su acostumbrada dulzura, pero de tan clara y conmovedora manera que algunos lloraron y se sintieron muy emocionados; pero otros tosían en señal de disentimiento y se mostraban sumamente inquietos.

Al salir de la clase volvimos a platicar acerca de nuestra fe, maravillándonos de que estos creyentes, nuestros hermanos y hermanas, llevasen tan a mal las palabras referentes al advenimiento de nuestro Salvador. Nos convencimos de que ya no debíamos asistir a ninguna otra reunión de clase. La esperanza de la gloriosa aparición de Cristo llenaba nuestras almas y, por lo tanto, se desbordaría de nuestros labios al levantarnos para hablar. Era evidente que no podríamos tener libertad en la reunión de

clase, porque nuestro testimonio provocaba mofas e insultos, que al terminar la reunión recibíamos de hermanos y hermanas a quienes habíamos respetado y amado.

Difundiendo el mensaje adventista

Por entonces los adventistas celebraban reuniones en la sala Beethoven. Mi padre y su familia asistían a ellas con regularidad. Se creía que el segundo advenimiento iba a ocurrir en el año 1843. Parecía tan corto el tiempo en que se podían salvar las almas, que resolví hacer cuanto de mí dependiese para conducir a los pecadores a la luz de la verdad.

Tenía yo en casa dos hermanas: Sara, que me llevaba algunos años, y mi hermana gemela, Isabel. Hablamos las tres del asunto, y decidimos ganar cuanto dinero pudiéramos, para invertirlo en la compra de libros y folletos que distribuiríamos gratuitamente. Esto era lo mejor que podíamos hacer, y aunque era poco, lo hacíamos alegremente.

Nuestro padre era sombrerero, y la tarea que me correspondía, por ser la más fácil, era elaborar las copas de los sombreros. También hacía calcetines a veinticinco centavos el par. Mi corazón era tan débil que me veía obligada a quedar sentada y apoyada en la cama para realizar mi labor; pero día tras día me estuve allí, dichosa de que mis temblorosos dedos pudiesen contribuir en algo a la causa que tan tiernamente amaba. Veinticinco centavos diarios era cuanto podía ganar. ¡Cuán cuidadosamente guardaba las preciosas monedas de plata que recibía en pago de mi trabajo y que estaban destinadas a comprar literatura con que iluminar y despertar a los que estaban en tinieblas!

No sentía tentación alguna en cuanto a gastar mis ganancias en mi satisfacción personal. Mi traje era sencillo, y nada invertía en adornos superfluos, porque la vana ostentación me parecía pecaminosa. Así lograba tener siempre en reserva una pequeña suma con que comprar libros a propósito, que entregaba a personas expertas para que los enviaran a diferentes regiones.

Cada hoja impresa tenía mucho valor a mis ojos; porque era para el mundo un mensajero de luz, que le exhortaba a que se preparase para el gran acontecimiento cercano. La salvación de las almas era mi mayor preocupación, y mi corazón se dolía

por quienes se lisonjearan de vivir en seguridad mientras que se daba al mundo el mensaje de amonestación.

El tema de la inmortalidad

Un día escuché una conversación entre mi madre y una hermana, con referencia a un discurso que recientemente habían oído sobre que el alma no es inmortal por naturaleza. Repetían algunos de los textos que el pastor había aducido en prueba de su afirmación. Entre ellos recuerdo los siguientes, que me impresionaron hondamente: "El alma que pecare, esa morirá." Ezequiel 18:4. "Los que viven saben que han de morir: mas los muertos nada saben." Eclesiastés 9:5. "La cual a su tiempo mostrará el Bienaventurado y solo Poderoso, Rey de reyes, y Señor de señores; quien sólo tiene inmortalidad." 1 Timoteo 6:15, 16. "A los que perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, la vida eterna." Romanos 2:7.

Y oí a mi madre que decía, en comentario de este último pasaje:

¿Por qué habrían de buscar lo que ya tienen?

Escuché estas nuevas ideas con intenso y doloroso interés. Cuando estuve a solas con mi madre, le pregunté si verdaderamente creía que el alma no era inmortal. Me respondió que a su parecer temía que hubiésemos estado errando en aquella cuestión, lo mismo que en varias otras.

Pero, mamá--repuse yo,--¿de veras crees tú que las almas duermen en el sepulcro hasta la resurrección? ¿Piensas tú que cuando un cristiano muere no va inmediatamente al cielo ni el pecador al infierno?

La Biblia no contiene prueba alguna de que haya un infierno eterno--respondió ella.--Si tal lugar hubiese, el Libro sagrado lo mencionaría.

¿Cómo es eso, mamá?--repliqué yo, asombrada.

Es muy extraño que digas tal cosa. Si crees en tan rara teoría, no se la comuniques a nadie, porque temo que los pecadores se considerarían seguros con ella y nunca desearían buscar al Señor.

Si es una sana verdad bíblica--respondió mi madre,--en vez de impedir la salvación de los pecadores, será el medio de ganarlos para Cristo. Si el amor de Dios no induce al rebelde a someterse, no le moverán al arrepentimiento los terrores de un infierno eterno. Además, no parece un medio muy a propósito para ganar almas a Jesús, recurrir al abyecto temor, uno de los más inferiores atributos de la mente humana. El amor de Jesús atrae; y subyugará al más empedernido corazón.

Hasta pasados algunos meses después de esta conversación, no volví a oír nada más referente a dicha doctrina. Pero durante este tiempo reflexioné muchísimo sobre el asunto; así que cuando oí una predicación en que se expusiera, creí que era la verdad. Desde que la luz acerca del sueño de los muertos alboreó en mi mente, desvaneciéndose el misterio que envolvía la resurrección y este grandioso acontecimiento asumió nueva y sublime importancia. A menudo habían conturbado mi mente los esfuerzos que hiciera para conciliar la idea de la inmediata recompensa o castigo de los muertos con el indudable hecho de la futura resurrección y juicio. Si, al morir el hombre, entraba su alma en el goce de la eterna felicidad o caía en la eterna desdicha, ¿de qué servía la resurrección del pobre cuerpo reducido a polvo?

Pero esta nueva y hermosa creencia me descubría la razón de que los inspirados autores de la Biblia insistieran tanto en la resurrección del cuerpo. Era porque todo el ser dormía en el sepulcro. Entonces me dí cuenta de la falacia de nuestro primitivo criterio sobre el asunto.

La visita del pastor

Toda mi familia estaba profundamente interesada en la doctrina de la pronta venida del Señor. Mi padre había sido una de las columnas de la iglesia metodista. Había actuado de exhortador y había presidido reuniones celebradas en casas distantes de la ciudad. Sin embargo, el pastor metodista vino a visitarnos especialmente para decirnos que nuestras creencias eran incompatibles con el metodismo. No preguntó las razones que teníamos para creer lo que creíamos, ni tampoco hizo referencia alguna a la Biblia para convencernos de nuestro error, sino que se limitó a decir que habíamos adoptado una nueva y extraña creencia inadmisible para la iglesia metodista.

Replicó mi padre diciéndole que sin duda debía equivocarse al calificar de nueva

y extraña aquella doctrina, pues el mismo Cristo, en sus enseñanzas a sus discípulos, había predicado su segundo advenimiento, diciendo: "En la casa de mi Padre muchas moradas hay: de otra manera, os lo hubiera dicho: voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo: para que donde yo estoy, vosotros también estéis." Juan 14:2, 3. Cuando ascendió a los cielos y los fieles discípulos se quedaron mirando tras su desaparecido Señor, "he aquí dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos; los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús que ha sido tomado desde vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Hechos 1:10, 11.

Y--prosiguió mi padre, entusiasmado con el asunto,--el inspirado apóstol Pablo escribió una carta para alentar a sus hermanos de Tesalónica, diciéndoles: "Y a vosotros, que sois atribulados, dar reposo con nosotros, cuando se manifestará el Señor Jesús del cielo con los ángeles de su potencia, en llama de fuego, para dar el pago a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo: los cuales serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor, y por la gloria de su potencia, cuando viniere para ser glorificado en sus santos, y a hacerse admirable en aquel día en todos los que creyeron." 2 Tesalonicenses 1:7-10. "Porque el mismo Señor con aclamación, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, juntamente con ellos seremos arrebatados en las nubes a recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, consolaos los unos a los otros en estas palabras." 1 Tesalonicenses 4:16-18.

"Esto es de suma autoridad para nuestra fe. Jesús y sus apóstoles insistieron en el suceso del segundo advenimiento gozoso y triunfante; y los santos ángeles proclaman que Cristo, el que ascendió al cielo, vendrá otra vez. Este es nuestro delito: creer en la palabra de Jesús y sus discípulos. Es una enseñanza muy antigua sin mácula de herejía."

El predicador no intentó hacer referencia ni a un solo texto que probara que estábamos en error, sino que se excusó alegando falta de tiempo, y aconsejándonos que nos retiráramos calladamente de la iglesia para evitar la publicidad de un proceso. Pero nosotros sabíamos que a otros de nuestros hermanos se les trataba de la misma manera por igual causa, y como no queríamos dar a entender que nos avergonzábamos de reconocer nuestra fe ni dejar suponer que no podíamos apoyarla en la Escritura, mis

padres insistieron en que se les diesen las razones de semejante petición.

Por única respuesta, declaró evasivamente el pastor que habíamos ido en contra de las reglas de la iglesia, y que el mejor medio era que nos retiráramos voluntariamente de ella para evitar un proceso. Replicamos a esto que preferíamos un proceso regular para saber qué pecado se nos atribuía, pues teníamos la seguridad de no obrar mal al esperar y amar la aparición del Salvador.

El proceso

Se nos preguntó si queríamos confesar que nos habíamos apartado de los reglamentos metodistas y si queríamos también convenir en que nos conformaríamos a ellos en lo futuro. Contestamos que no nos atrevíamos a renunciar a nuestra fe ni a negar la sagrada verdad de Dios; que no podíamos privarnos de la esperanza de la pronta venida de nuestro Redentor; que según lo que ellos llamaban herejía debíamos seguir adorando al Señor.

El domingo siguiente, al principio de la reunión, el pastor presidente leyó nuestros nombres, siete en total, e indicó que quedábamos separados de la iglesia. Declaró que no se nos expulsaba por mal alguno ni porque nuestra conducta fuese inmoral, que teníamos un carácter sin mácula y una reputación envidiable; pero que nos habíamos hecho culpables de andar contrariamente a las reglas de la iglesia metodista.

...

Entonces nos fueron sobremanera preciosas las palabras del profeta: "Vuestros hermanos los que os aborrecen, y os niegan por causa de mi nombre, dijeron: Glorifíquese Jehová. Mas él se mostrará con alegría vuestra, y ellos serán confundidos." Isaías 66:5.

Capítulo 5

La gran desilusión

Con temblorosa cautela nos acercábamos al tiempo en que se esperaba la aparición de nuestro Salvador. Todos los adventistas procurábamos fervorosamente purificar nuestra vida para estar dispuestos a ir a su encuentro cuando viniese. En diferentes parajes de la ciudad, se celebraban reuniones en casas particulares, con lisonjeros resultados. Los fieles recibían exhortaciones para que trabajasen en favor de sus parientes y amigos, y día tras día se multiplicaban las conversiones.

Las reuniones de la sala Beethoven

A pesar de la oposición de los predicadores y miembros de las otras iglesias cristianas, la sala Beethoven de la ciudad de Portland se llenaba de bote en bote todas las noches y especialmente los domingos era extraordinaria la concurrencia. Personas de toda condición social asistían a estas reuniones. Ricos y pobres, encumbrados y humildes, clérigos y seglares, todos, por uno u otro motivo, estaban deseosos de escuchar la doctrina del segundo advenimiento. Quienes no podían entrar en la sala por estar ésta demasiado llena, se marchaban lamentándolo.

El programa de las reuniones era muy sencillo. Se pronunciaba un corto discurso sobre determinado tema, y después se otorgaba completa libertad para la exhortación general. No obstante lo numeroso de la concurrencia, reinaba generalmente el más perfecto orden. porque el Señor detenía el espíritu de hostilidad mientras que sus siervos explicaban las razones de su fe. A veces el que exhortaba era débil, pero el Espíritu de Dios fortalecía poderosamente su verdad. Se notaba en la asamblea la presencia de los santos ángeles, y muchos convertidos se añadían diariamente a la pequeña grey de fieles.

En cierta ocasión, mientras que predicaba el Sr. Stockman, el Sr. Brown, el pastor bautista ya nombrado, estaba sentado en el púlpito y escuchaba el sermón con intenso interés. Se conmovió profundamente, y de repente su rostro palideció como el de un muerto, se tambaleó en su silla, y el pastor Stockman le recibió en sus brazos cuando estaba cayendo al suelo. Luego le acostó sobre el sofá que había en la parte trasera del

púlpito, donde quedó sin fuerzas hasta terminado el discurso.

Se levantó entonces, con el rostro todavía pálido, pero resplandeciente con la luz del Sol de justicia, y dió un testimonio muy impresionante. Parecía recibir unción santa de lo alto. De costumbre, hablaba lentamente y con fervor, pero de un modo enteramente desprovisto de excitación. En esta ocasión, sus palabras solemnes y medidas, vibraban con un nuevo poder.

Relató él su experiencia con tanta sencillez y candor, que muchos de los que antes sintieran prejuicios fueron movidos a llorar. En sus palabras se sentía la influencia del Espíritu Santo, y se la veía en su semblante. Con santa exaltación, declaró osadamente que había tomado la palabra de Dios como consejera suya; que sus dudas se habían disipado y su fe había quedado confirmada. Con fervor invitó a sus hermanos del ministerio, a los miembros de la iglesia, a los pecadores y a los incrédulos, a que examinasen la Biblia por sí mismos y no dejaran que nadie los apartase del propósito de averiguar la verdad.

Cuando dejó de hablar, todos los que deseaban que el pueblo de Dios orase en su favor, fueron invitados a ponerse de pie. Centenares de personas respondieron al llamamiento. El Espíritu de Dios reposó sobre la asamblea. El cielo y la tierra parecieron acercarse, La reunión duró hasta hora avanzada de la noche, y se sintió el poder de Dios sobre jóvenes, adultos y ancianos.

El pastor Brown no se separó ni entonces ni más tarde de su iglesia bautista, pero sus correligionarios le tuvieron siempre gran respeto.

Gozosa expectación

Mientras que regresábamos a casa por diversos caminos, podía oirse, proviniendo de cierta dirección, una voz que alababa a Dios, y como si fuese en respuesta, se oían luego otras voces que desde diferentes puntos clamaban: "¡Gloria a Dios, reina el Señor!" Los hombres se retiraban a sus casas con alabanzas en los labios, y los alegres gritos repercutían por la tranquila atmósfera de la noche. Nadie que haya asistido a estas reuniones podrá olvidar jamás aquellas escenas tan interesantes.

Quienes amen sinceramente a Jesús pueden comprender la emoción de los que

entonces esperaban con intensísimo anhelo la venida de su Salvador. Estaba cerca el día en que se le aguardaba. Poco faltaba para que llegase el momento en que esperábamos ir a su encuentro. Con solemne calma nos aproximábamos a la hora señalada. Los verdaderos creyentes permanecían en apacible comunión con Dios, arras de la paz que esperaban disfrutar en la hermosa vida venidera. Nadie de cuantos experimentaron esta esperanzada confianza podrá olvidar jamás aquellas dulces horas de espera.

Durante algunas semanas, abandonaron la mayor parte de los fieles los negocios mundanales. Todos examinábamos con sumo cuidado los pensamientos de nuestra mente, y las emociones de nuestro corazón, como si estuviésemos en el lecho de muerte, prontos a cerrar para siempre los ojos a las escenas de la tierra. No confeccionábamos mantos de ascensión para el gran acontecimiento; sentíamos la necesidad de la evidencia interna de que estuviésemos preparados para ir al encuentro de Cristo, y nuestros blancos mantos eran la pureza del alma, un carácter limpiado de pecado por la expiadora sangre de Cristo.

Días de perplejidad

Pero pasó el tiempo de la expectación. Esta fué la primera prueba severa que hubieron de sufrir quienes creían y esperaban que Jesús vendría en las nubes de los cielos. Grande fué la desilusión del expectante pueblo de Dios. Los burladores triunfaban, y se llevaron a sus filas a los débiles y cobardes. Algunos que habían denotado en apariencia tener verdadera fe, demostraron entonces que tan sólo los había movido el temor, y una vez pasado el peligro, recobraron la perdida osadía y se unieron con los burladores, diciendo que nunca se habían dejado engañar de veras por las doctrinas de Miller, a quien calificaban de loco fanático. Otros, de carácter acomodaticio o vacilante, abandonaron la causa sin decir palabra.

Los demás quedamos perplejos y chasqueados, pero no por ello renunciábamos a nuestra fe. Muchos se aferraron a la esperanza de que Jesús no diferiría por largo tiempo su venida, pues la palabra del Señor era segura y no podía fallar. Nosotros nos sentíamos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber viviendo según nuestra preciosa fe. Estábamos chasqueados, pero no desalentados. Las señales de los tiempos denotaban la cercanía del fin de todas las cosas, y por lo tanto, debíamos velar y mantenernos dispuestos a toda hora para la venida del Maestro. Debíamos esperar confiadamente, sin prescindir de congregarnos para la mutua instrucción, aliento y

consuelo, a fin de que nuestra luz brillase en las tinieblas de este tan necesitado mundo.

Un error de cálculo

Nuestro cómputo del tiempo profético era tan claro y sencillo, que hasta los niños podían comprenderlo. A contar desde la fecha del edicto del rey de Persia, registrado en (Esdras 7), y promulgado el año 457 ant. de J. C., se suponía que los 2.300 años de (Daniel 8:14) habían de terminar en 1843. Por lo tanto, esperábamos para el fin de dicho año la venida del Señor. Nos sentimos tristemente chasqueados al ver que había transcurrido todo el año sin que hubiese venido el Salvador.

En un principio, no nos dimos cuenta de que para que el período de los 2.300 años terminase a fines de 1843, era preciso que el decreto se hubiese publicado a principios del año 457 ant. de J. C.; pero como averiguamos que el decreto se promulgó a fines de dicho año 457 ant. de J. C., el período profético había de concluir a fines de 1844. Por lo tanto, aunque la visión del tiempo parecía tardar, no era así. Confiábamos en la palabra de profecía, que dice: "Aunque la visión tardará aún por tiempo, mas al fin hablará, y no mentirá: aunque se tardare, espéralo, que sin duda vendrá; no tardará." Habacuc 2:3.

Dios puso a dura prueba a su pueblo al exceder del plazo en 1843. El error cometido al calcular los períodos proféticos no lo advirtió nadie de pronto, ni aun los eruditos contrarios a la opinión de los que esperaban la venida de Cristo. Los doctos declaraban que el Sr. Miller había computado bien el tiempo, aunque le combatían en cuanto al suceso que había de coronar aquel período. Pero tanto los doctos como el expectante pueblo de Dios se equivocaban igualmente en la cuestión del tiempo.

Quienes habían quedado chasqueados no estuvieron mucho tiempo en ignorancia, porque acompañando con la oración el estudio investigador de los períodos proféticos, descubrieron el error, y pudieron seguir hasta el fin del tiempo de tardanza el curso del lápiz profético. En la gozosa expectación que los fieles sentían por la pronta venida de Cristo, no se tuvo en cuenta esa aparente demora, y ella fué una triste e inesperada sorpresa. Sin embargo, era necesaria esta prueba para alentar y fortalecer a los sinceros creyentes en la verdad.

Esperanza renovada

Entonces se concentraron nuestras esperanzas en la creencia de que el Señor aparecería en 1844. Aquella era también la época a propósito para proclamar el mensaje del segundo ángel que, volando por en medio del cielo, clamaba: "Ha caído, ha caído Babilonia, aquella grande ciudad." Apocalipsis 14:8. Los siervos de Dios proclamaron por vez primera este mensaje en el verano de 1844, y en consecuencia fueron muchos los que abandonaron las decadentes iglesias. En relación con este mensaje, se dió el "clamor de media noche," que decía: "He aquí, el esposo viene; salid a recibirle." En todos los puntos del país se recibió luz acerca de este mensaje, y millares de personas despertaron al oírlo. Resonó de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, hasta las más lejanas comarcas rurales. Conmovió lo mismo al docto que al ignorante, al conspicuo que al humilde.

Aquel fué el año más feliz de mi vida. Mi corazón estaba henchido de gozosa esperanza, aunque sentía mucha conmiseración e inquietud por los desalentados que no esperaban en Jesús. Los que creíamos, solíamos reunirnos en fervorosa oración para obtener una genuina experiencia y la incontrovertible prueba de que Dios nos había aceptado.

Prueba de fe

Necesitábamos mucha paciencia, porque abundaban los burladores. Frecuentemente se nos dirigían pullas respecto de nuestro desengaño. Las iglesias ortodoxas se valían de todos los medios para impedir que se propagase la creencia en la pronta venida de Cristo. Se les negaba la libertad en las reuniones a quienes se atrevían a mencionar una esperanza en la venida de Cristo. Algunos de los que decían amar a Jesús rechazaban burlescamente la noticia de que pronto los visitaría Aquel acerca de quien ellos aseveraban que era su mejor Amigo. Se excitaban y enfurecían contra quienes proclamaban las nuevas de su venida y se regocijaban de poder contemplarle pronto en su gloria.

Tiempo de preparación

Cada momento me parecía de extrema importancia. Comprendía que estábamos trabajando para la eternidad y que los descuidados e indiferentes corrían gravísimo

peligro. Mi fe era clara y me apropiaba las preciosas promesas de Jesús, que había dicho a sus discípulos: "Pedid, y se os dará." Creía yo firmemente que cuanto pidiera en armonía con la voluntad de Dios se me concedería sin duda alguna, y así me postraba humildemente a los pies de Jesús con mi corazón armonizado con su voluntad.

A menudo visitaba diversas familias, y oraba fervorosamente con aquellos que se sentían oprimidos por temores y desaliento. Mi fe era tan fuerte que ni por un instante dudaba de que Dios iba a contestar mis oraciones. Sin una sola excepción, la bendición y paz de Jesús descendían sobre nosotros en respuesta a nuestras humildes peticiones, y la luz y esperanza alegraban el corazón de quienes antes desesperaban.

Confesando humildemente nuestros pecados, después de examinar con todo escrúpulo nuestro corazón, y orando sin cesar, llegamos al tiempo de la expectación. Cada mañana era nuestra primera tarea asegurarnos de que andábamos rectamente a los ojos de Dios, pues teníamos por cierto que de no adelantar en santidad de vida, sin remedio retrocederíamos. Aumentaba el interés de unos por otros, y orábamos mucho en compañía y cada uno por los demás. Nos reuníamos en los huertos y arboledas para comunicarnos con Dios y ofrecerle nuestras peticiones, pues nos sentíamos más plenamente en su presencia al vernos rodeados de sus obras naturales. El gozo de la salvación nos era más necesario que el alimento corporal. Si alguna nube obscurecía nuestra mente, no descansábamos ni dormíamos hasta disiparla con el convencimiento de que el Señor nos había aceptado.

Pasa el tiempo fijado

El expectante pueblo de Dios se acercaba a la hora en que ansiosamente esperaba que su gozo quedase completo en el advenimiento del Salvador. Pero tampoco esta vez vino Jesús cuando se le esperaba. Amarguísimo desengaño sobrecogió a la pequeña grey que había tenido una fe tan firme y esperanzas tan altas; pero, no obstante, nos sorprendimos de sentirnos libres en el Señor y poderosamente sostenidos por su gracia y fortaleza.

Se repitió, sin embargo, en grado aun más extenso, la experiencia del año anterior. Gran número de personas renunció a su fe. Algunos de los que habían abrigado mucha confianza, se sintieron tan hondamente heridos en su orgullo, que deseaban huir del mundo. Como Jonás, se quejaban de Dios, y preferían la muerte a la vida. Los que

habían fundado su fe en las pruebas ajenas, y no en la palabra de Dios, estaban otra vez igualmente dispuestos a cambiar de opinión. Esta segunda gran prueba reveló una masa de inútiles despojos que habían sido atraídos al seno de la fuerte corriente de la fe adventista, y arrastrados por un tiempo juntamente con quienes creían de veras y obraban fervorosamente.

Quedamos de nuevo chasqueados, pero no descorazonados. Resolvimos evitar toda murmuración en la probatoria experiencia con que el Señor eliminaba de nosotros las escorias y nos afinaba como oro en crisol; someternos pacientemente al proceso de purificación que Dios consideraba necesario para nosotros; y aguardar con paciente esperanza que el Señor viniese a redimir a sus probados fieles.

Estábamos firmes en la creencia de que la predicación del tiempo señalado era de Dios. Fué esto lo que movió a muchos a escudriñar diligentemente la Biblia, con lo cual descubrieron en ella verdades no advertidas por ellos hasta entonces. Jonás fué enviado por Dios a proclamar en las calles de Nínive que a los cuarenta días la ciudad sería destruída; pero Dios aceptó la humillación de los ninivitas y extendió su plazo de probación. Sin embargo, el mensaje que dió Jonás había sido enviado por Dios, y Nínive fué probada conforme a su voluntad. El mundo calificó de ilusión nuestra esperanza y de fracaso nuestro desengaño; pero si bien nos habíamos equivocado en cuanto al acontecimiento, no había tal fracaso en la veracidad de la visión que parecía tardar en realizarse.

Quienes habían esperado el advenimiento del Señor no quedaron sin consuelo. Habían obtenido valiosos conocimientos de la investigación de la Palabra. Comprendían más claramente el plan de salvación, y cada día iban descubriendo en las sagradas páginas nuevas bellezas, de modo que ninguna palabra estaba de más, pues un pasaje daba explicación de otro y una maravillosa armonía los concertaba todos.

Nuestra desilusión no fué tan grande como la de los primeros discípulos. Cuando el Hijo del hombre entró triunfalmente en Jerusalén, ellos esperaban que fuese coronado rey. La gente acudió de toda la comarca circunvecina, y clamaba: "¡Hosanna al Hijo de David!" Mateo 21:9. Y cuando los sacerdotes y ancianos rogaron a Jesús que hiciese callar la multitud, él declaró que si ésta callase, las piedras mismas clamarían, pues la profecía se había de cumplir. Sin embargo, a los pocos días, estos mismos discípulos vieron a su amado Maestro, acerca de quien ellos creían que iba a reinar sobre el trono

de David, pendiente de la cruenta cruz por encima de los fariseos que le escarnecían y denostaban. Sus elevadas esperanzas quedaron chasqueadas, y los envolvieron las tinieblas de la muerte. Sin embargo, Cristo fué fiel a sus promesas. Dulce fué el consuelo que dió a los suyos, rica la recompensa de los veraces y fieles.

El Sr. Guillermo Miller y los que con él iban, supusieron que la purificación del santuario de que habla (Daniel 8:14), significaba la purificación de la tierra por el fuego antes de quedar dispuesta para morada de los santos. Esto había de suceder cuando viniese Cristo por segunda vez; y por lo tanto, esperábamos este acontecimiento al fin de los 2.300 días o años. Pero el desengaño nos movió a escudriñar cuidadosamente las Escrituras, con oración y seria reflexión, y tras un período de incertidumbre, penetró la luz en nuestra obscuridad y quedaron disipadas todas las dudas.

Quedó evidente para nosotros que la profecía de (Daniel 8:14), en vez de significar la purificación de la tierra, se refería al término de la obra de nuestro sumo Sacerdote en el cielo, o sea el fin de la expiación, y la preparación de las gentes para el día de su venida.

Así como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de los setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al acontecimiento que debía verificarse al fin de los 2.300 días. En ambos casos la circunstancia de haber aceptado errores populares, o mejor dicho la adhesión a ellos fué lo que cerró el espíritu a la verdad. Ambas escuelas cumplieron la voluntad de Dios, proclamando el mensaje que él deseaba fuese proclamado, y ambas, debido a su mala comprensión del mensaje, sufrieron desengaños.

Sin embargo Dios cumplió su propósito misericordioso permitiendo que el juicio fuese proclamado precisamente como lo fué. El gran día estaba inminente, y en la providencia de Dios el pueblo fué puesto a prueba tocante a la cuestión de un tiempo fijo a fin de que fuese revelado lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objeto probar y purificar la iglesia. Los hombres debían ser inducidos a ver si sus afecciones pendían de las cosas de este mundo o de Cristo y del cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; debían pues probar su amor. ¿Estarían listos para renunciar a sus esperanzas y ambiciones mundanas y para saludar con gozo el advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objeto hacerles ver su verdadero estado espiritual; fué enviado misericordiosamente para despertarlos.

Capítulo 6

Mi primera visión

Poco después de pasada la fecha de 1844, tuve mi primera visión. Estaba de visita en casa de la Sra. de Haines, en Portland, una querida hermana en Cristo, cuyo corazón estaba ligado al mío. Nos hallábamos allí cinco hermanas adventistas silenciosamente arrodilladas ante el altar de la familia. Mientras orábamos, el poder de Dios descendió sobre mí como nunca hasta entonces.

Me pareció que quedaba rodeada de luz y que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la tierra, por si veía al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una voz me dijo: "Vuelve a mirar un poco más arriba." Alcé los ojos, y vi un recto y angosto sendero trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista andaba por este sendero, en dirección a la ciudad que en su último extremo se veía. En el comienzo del sendero, detrás de los que andaban, había puesta una brillante luz, que según me dijo un ángel era el "clamor de media noche." Esta luz brillaba a todo lo largo del sendero, y alumbraba los pies de los caminantes para que no tropezaran.

Delante de ellos iba Jesús guiándolos hacia la ciudad, y si no apartaban los ojos de él, iban seguros. Pero no tardaron algunos en cansarse, diciendo que la ciudad estaba todavía muy lejos, y que contaban con haber llegado más pronto a ella. Entonces Jesús los alentaba levantando su glorioso brazo derecho, del cual dimanaba una luz que ondeaba sobre la hueste adventista, y exclamaban: "¡Aleluya!" Otros negaron temerariamente la luz que tras ellos brillaba, diciendo que no era Dios quien hasta ahí los guiara. Pero entonces se extinguió para ellos la luz que estaba detrás y dejó sus pies en tinieblas, de modo que tropezaron y, perdiendo de vista el blanco y a Jesús, cayeron fuera del sendero abajo, en el sombrío y perverso mundo.

Pronto oímos la voz de Dios, semejante a ruido de muchas aguas, que nos anunció el día y la hora de la venida de Jesús. Los 144.000 santos vivientes reconocieron y entendieron la voz; pero los malvados se figuraron que era estruendo de truenos y de un terremoto. Cuando Dios señaló el tiempo, derramó sobre nosotros el Espíritu Santo, y nuestros semblantes se iluminaron refulgentemente con la gloria de

Dios, como le sucedió a Moisés al bajar del Sinaí.

Los 144.000 estaban todos sellados y perfectamente unidos. En su frente llevaban escritas estas palabras: "Dios, Nueva Jerusalén," y además una brillante estrella con el nuevo nombre de Jesús. Los malvados se enfurecieron al vernos en aquel santo y feliz estado, y querían apoderarse de nosotros para encarcelarnos, cuando extendimos la mano en el nombre del Señor y cayeron rendidos en el suelo. Entonces conoció la sinagoga de Satanás que Dios nos había amado, a nosotros que podíamos lavarnos los pies unos a otros y saludarnos fraternalmente con santo ósculo, y ellos adoraron a nuestras plantas.

Luego se volvieron nuestros ojos hacia oriente, por donde había aparecido una negra nubecilla, del tamaño de la mitad de la mano de un hombre, y que era, según todos comprendíamos, la señal del Hijo del hombre. En solemne silencio contemplábamos cómo iba acercándose la nubecilla, volviéndose de más en más brillante y esplendorosa hasta que se convirtió en una gran nube blanca con el fondo semejante a fuego. Sobre la nube lucía el arco iris y en torno de ellas aleteaban diez mil ángeles cantando un hermosísimo himno. En la nube estaba sentado el Hijo del hombre. Sus cabellos, blancos y rizados, le caían sobre los hombros; y llevaba muchas coronas en la cabeza. Sus pies parecían de fuego; en la diestra tenía una hoz aguda y en la siniestra llevaba una trompeta de plata. Como llama de fuego eran sus ojos, que escudriñaban a fondo a sus hijos. Palidieron entonces todos los semblantes y se tornaron negros los de aquellos a quienes Dios había rechazado. Todos nosotros exclamamos: "¿Quién podrá permanecer? ¿Está mi vestidura sin manchas?" Después cesaron de cantar los ángeles, y durante un rato, quedó todo en pavoroso silencio, cuando Jesús dijo: "Quienes tengan manos limpias y puro el corazón podrán permanecer. Bastaos mi gracia." Al escuchar estas palabras, se iluminaron nuestros rostros y el gozo llenó todos los corazones. Los ángeles volvieron a cantar en más alto tono, mientras que la nube se acercaba a la tierra.

Luego resonó la argentina trompeta de Jesús, mientras que él iba descendiendo en la nube, rodeado de llamas de fuego. Miró los sepulcros de los santos dormidos. Después alzó los ojos y manos hacia el cielo, y exclamó: "¡Despertad! ¡Despertad! ¡Despertad! los que dormís en el polvo y levantaos." Entonces hubo un formidable terremoto. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos revestidos de inmortalidad. "¡Aleluya!" exclamaron los 144.000, al reconocer a los amigos que de su

lado había arrebatado la muerte, y en el mismo instante fuimos nosotros transformados y nos reunimos con ellos para encontrar al Señor en el aire.

Juntos entramos en la nube y durante siete días fuimos ascendiendo al mar de vidrio, donde Jesús sacó coronas y nos las ciñó por su propia mano. Nos dió también arpas de oro y palmas de victoria. En el mar de vidrio, los 144.000 formaban un cuadro perfecto. Algunos tenían muy brillantes coronas y otros no tanto. Algunas estaban cuajadas de estrellas, mientras que otras tenían muy pocas; y sin embargo, todos estaban perfectamente satisfechos con su corona. Iban vestidos con un resplandeciente manto blanco desde los hombros hasta los pies. Los ángeles nos rodeaban en nuestro camino por el mar de vidrio hacia la puerta de la ciudad. Jesús levantó su potente y glorioso brazo, y, posándolo en la perla de la puerta, la hizo girar sobre sus relucientes goznes, y nos dijo: "En mi sangre lavasteis vuestras ropas y estuvisteis firmes en mi verdad. Entrad." Todos entramos, con el sentimiento de que teníamos un perfecto derecho en la ciudad.

Allí vimos el árbol de vida y el trono de Dios, del que fluía un río de agua pura, y en cada lado del río estaba el árbol de vida. En una margen había un tronco del árbol y otro en la otra margen, ambos de oro puro y transparente. De pronto me figuré que había dos árboles; pero al mirar más atentamente vi que los dos troncos se unían en su parte superior y formaban un solo árbol. Así estaba el árbol de la vida en ambas márgenes del río de vida. Sus ramas se inclinaban hacia donde nosotros estábamos, y el fruto era espléndido, semejante a oro mezclado con plata.

Todos fuimos bajo el árbol, y nos sentamos para contemplar la gloria de aquel paraje cuando los Hnos. Fitch y Stockman, que habían predicado el evangelio del reino y a quienes Dios había puesto en el sepulcro para salvarlos, se llegaron a nosotros y nos preguntaron qué había sucedido mientras ellos dormían. Quisimos referirles las pruebas por las que habíamos pasado; pero resultaban tan insignificantes frente a la incomparable y eterna gloria que nos rodeaba, que nada pudimos decirles y todos exclamamos: "¡Aleluya! Muy poco nos ha costado el cielo." Pulsamos entonces nuestras áureas arpas cuyos ecos resonaron en las bóvedas del cielo.

Al salir de esta visión, todo me parecía cambiado y una melancólica sombra se extendía sobre cuanto contemplaba. ¡Oh, cuán tenebroso se me aparecía el mundo! Lloré al encontrarme aquí y experimenté nostalgia. Había visto un mundo mejor que empequeñecía este otro para mí.

Relaté esta visión a los fieles de Portland, quienes creyeron plenamente que provenía de Dios, y que, después de la gran desilusión de octubre, el Señor había elegido este medio para consolar y fortalecer a su pueblo. El Espíritu del Señor acompañaba al testimonio, y nos sobrecogía la solemnidad de la eternidad. Me embargaba una reverencia indecible, porque yo, tan joven y débil, fuese elegida como instrumento por el cual Dios quería dar luz a su pueblo. Mientras que estaba bajo el poder de Dios, rebosaba mi corazón de gozo, y me parecía estar rodeada por ángeles santos en los gloriosos atrios celestiales, donde todo es paz y alegría; y me era un triste y amargo cambio el volver a las realidades de esta vida mortal.

Capítulo 7

Visión de la tierra nueva

Con Jesús al frente, descendimos todos de la ciudad a la tierra, y nos posamos sobre una ingente montaña que, incapaz de sostener a Jesús, se partió en dos, de modo que quedó hecha una vasta llanura. Miramos entonces hacia arriba y vimos la gran ciudad con doce cimientos y doce puertas, tres en cada uno de sus cuatro lados, y un ángel en cada puerta. Todos exclamamos: "¡La ciudad, la ciudad, ya baja, ya baja de Dios, del cielo!" Descendió, pues, la ciudad, y se asentó en el lugar donde nosotros estábamos.

Después miramos las espléndidas afueras de la ciudad. Vi bellísimas casas que parecían de plata, sostenidas por cuatro columnas engastadas de preciosas perlas muy admirables a la vista. Estaban destinadas a ser residencia de los santos. En cada una había un anaquel de oro. Vi muchos santos que entraban en las casas, y, desciñéndose sus resplandecientes coronas, las colocaban sobre el anaquel. Después salían al campo contiguo a las casas para hacer algo con la tierra, aunque no en modo alguno como para cultivarla como hacemos ahora. Un glorioso nimbo circundaba sus cabezas, y estaban continuamente alabando a Dios.

Vi otro campo lleno de toda clase de flores, y al cogerlas exclamé: "No se marchitarán." Después vi un campo de crecida hierba, cuyo hermosísimo aspecto causaba admiración. Era de color verde vivo, y tenía reflejos de plata y oro al ondular gallardamente para gloria del Rey Jesús. Luego entramos en un campo lleno de toda clase de animales: el león, el cordero, el leopardo y el lobo, todos vivían allí juntos en perfecta unión. Pasamos por en medio de ellos, y nos siguieron mansamente. De allí fuimos a un bosque, no sombrío como los de la tierra actual, sino esplendente y glorioso en todo. Las ramas de los árboles ondulaban de uno a otro lado, y nosotros exclamamos todos: "Moraremos seguros en el páramo y dormiremos en los bosques." Atravesamos los bosques en camino hacia el monte de Sión.

En el trayecto encontramos un grupo que también contemplaba la hermosura del paraje. Advertí que era rojo el borde de sus vestiduras; llevaban mantos de un blanco purísimo, y muy brillantes coronas. Después de saludarlos, le pregunté a Jesús quiénes

eran, y me respondió que eran mártires muertos por su nombre. Los acompañaba una innúmera hueste de pequeñuelos que también tenían un ribete rojo en sus vestiduras. El monte de Sión estaba delante de nosotros, y sobre el monte había un hermoso templo. Lo rodeaban otros siete montes donde crecían rosas y lirios. Los pequeñuelos trepaban por los montes o, si lo preferían, usaban sus alitas para volar hasta la cumbre de los montes y recoger inmarcesibles flores. Toda clase de árboles hermoseaban los alrededores del templo. El boj, el pino, el abeto, el olivo y el mirto; el granado, y la higuera doblegada bajo el peso de sus maduros higos, embellecían todo aquel paraje. Cuando íbamos a entrar en el santo templo, Jesús alzó su bella voz y dijo: "Únicamente los 144.000 entrarán en este lugar." Y nosotros exclamamos: "¡Aleluya!"

El templo estaba sostenido por siete columnas de transparente oro con engastes de hermosísimas perlas. No me es posible describir las maravillas que vi en el templo. ¡Oh, si yo supiera el idioma de Canaán! ¡Entonces podría contar algo de la gloria del mundo mejor! Vi tablas de piedra en que estaban esculpidos en letras de oro los nombres de los 144.000.

Después de admirar la hermosura del templo, salimos de allí, y Jesús nos dejó para ir a la ciudad. Muy luego oímos su amante voz que decía: "Venid, pueblo mío: habéis salido de una gran tribulación y hecho mi voluntad. Sufristeis por mí. Venid a la cena, que yo me ceñiré para servirlos." Nosotros exclamamos: "¡Aleluya! ¡Gloria!" y entramos en la ciudad.

Vi una mesa de plata pura, de muchos kilómetros de longitud, y sin embargo, nuestra vista la abarcaba toda. Había allí el fruto del árbol de la vida, el maná, almendras, higos, granadas, uvas y muchas otras especies de frutas.

Le rogué a Jesús que me permitiese comer del fruto, y respondió: "Todavía no, porque quienes comen del fruto de acá, ya no vuelven a la tierra. Pero si eres fiel, no tardarás en comer del fruto del árbol de la vida y beber del agua del manantial." Después añadió: "Tú debes volver de nuevo a la tierra y referir a los demás lo que se te ha revelado." Entonces un ángel me transportó suavemente a este oscuro mundo.

Capítulo 8

Llamada a viajar

En mi segunda visión, unos ocho días después de la primera, el Señor me mostró las pruebas que yo iba a tener que sufrir, y me dijo que debía ir y relatar todo cuanto él me había revelado. Se me mostró que mis trabajos tropezarían con recia hostilidad, que la angustia me desgarraría el corazón; pero que, sin embargo, la gracia de Dios bastaría para sostenerme en todo ello.

Al salir de esta visión, me sentí sumamente conturbada, porque en ella se me señalaba mi deber de ir entre la gente y presentar la verdad. Estaba yo tan delicada de salud que siempre me aquejaban sufrimientos corporales, y según las apariencias no prometía vivir mucho tiempo. Contaba a la sazón diecisiete años, era menudita y endeble, sin trato social y naturalmente tan tímida y apocada que me era muy penoso encontrarme entre personas desconocidas.

Durante algunos días, y más aún por la noche, rogué a Dios que me quitase de encima aquella carga y la transfiriese a alguien más capaz de sobrellevarla. Pero no se alteró en mí la conciencia del deber, y continuamente resonaban en mi oído las palabras del ángel: "Comunica a los demás lo que te he revelado."

Hasta entonces, cuando el Espíritu de Dios me había inspirado el cumplimiento de un deber, me había sobrepuesto a mí misma, olvidando todo temor y timidez al pensar en el amor de Jesús y en la admirable obra que por mí había hecho.

Pero me parecía imposible llevar a cabo la labor que a la sazón se me encargaba, pues temía fracasar de seguro en cuanto la intentase. Las pruebas que la acompañaban me parecían superiores a mis fuerzas. ¿Cómo podría yo, tan jovencita, ir de un sitio a otro para declarar a la gente las santas verdades de Dios? Tan sólo de pensarlo me estremecía de terror. Mi hermano Roberto, que tenía solamente dos años más que yo, no podía acompañarme, pues era de salud delicada, y su timidez era mayor que la mía; y nada podría haberle inducido a dar un paso tal. Mi padre tenía que sostener a su familia y no podía abandonar sus negocios; pero él me aseguró repetidas veces que si Dios me llamaba a trabajar en otros puntos, no dejaría de abrir el camino delante de mí. Pero

estas palabras de aliento daban poco consuelo a mi abatido corazón; y mi senda se me aparecía cercada de dificultades que no podía vencer.

Deseaba la muerte para librarme de la responsabilidad que sobre mí se amontonaba. Por fin perdí la dulce paz que durante tanto tiempo había disfrutado y nuevamente se apoderó de mi alma la desesperación.

Aliento recibido de los hermanos

El grupo de fieles de Portland ignoraba las torturas mentales que me habían puesto en tal estado de desaliento; pero no obstante, echaban de ver que por uno u otro motivo tenía deprimido el ánimo, y, al considerar la misericordiosa manera en que el Señor se me había manifestado, opinaban que dicho desaliento era pecaminoso de mi parte. Se celebraron reuniones en casa de mi padre; pero era tanta la angustia de mi ánimo que durante algún tiempo no pude asistir a ellas. La carga se me iba haciendo cada día más pesada, hasta que la agonía de mi espíritu pareció exceder a lo que yo podía soportar.

Por fin me indujeron a asistir a una de las reuniones que se celebraban en mi propia casa, y los miembros de la iglesia tomaron cuanto me sucedía por tema especial de sus oraciones. El Hno. Pearson, quien en mi primera experiencia había negado que el poder de Dios obrase en mí, oró fervorosamente ahora por mí y me aconsejó que sometiese mi voluntad a la del Señor. Con paternal solicitud procuró animarme y consolarme, y me invitó a creer que el Amigo de los pecadores no me había desamparado.

Me sentía yo demasiado débil y desalentada para intentar esfuerzo alguno por mí misma, pero mi corazón se unía a los ruegos de mis hermanos. Ya no me inquietaba la hostilidad del mundo y estaba deseosa de hacer cualquier sacrificio con tal de recobrar el favor de Dios.

Mientras se oraba por mí, para que el Señor me diese fortaleza y valentía para difundir el mensaje, disipóse la espesa obscuridad que me había rodeado y me iluminó repentina luz. Una especie de bola de fuego me dió en el pecho, sobre el corazón, y caí desfallecida al suelo. Me pareció entonces hallarme en presencia de los ángeles, y uno de estos santos seres repetía las palabras: "Comunica a los demás lo que te he revelado."

El Hno. Pearson, que no podía arrodillarse porque padecía de reumatismo, presencié este suceso. Cuando recobré el sentido, levantóse el Hno. Pearson de su silla y dijo: "He visto algo como jamás esperaba ver. Una bola de fuego descendió del cielo e hirió a la Hna. Elena Harmon en medio del corazón. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! Nunca podré olvidarlo. Esto ha transmutado todo mi ser. Hna. Elena, tenga ánimo en el Señor. Desde esta noche yo no volveré a dudar. Nosotros le ayudaremos en adelante sin desanimarla jamás."

Temor de engreimiento

Me oprimía el gran temor de que si respondía al llamamiento del deber y me declaraba favorecida por el Altísimo con visiones y revelaciones para comunicarlas a las gentes, era posible que cayese en pecaminoso engreimiento, y quisiese elevarme a un puesto más alto del que me correspondía, con lo cual me acarrearía el disgusto de Dios y la pérdida de mi alma. Conocía algunos casos por el estilo y mi corazón rehuía la tremenda prueba.

Por lo tanto, rogué al Señor que si había de ir a relatar lo que él me había mostrado, preciso era resguardarme de indebida exaltación. El ángel dijo: "Tus oraciones han sido oídas y tendrán respuesta. Si te amenazare el mal que temes, extenderá Dios su mano para salvarte. Por medio de la aflicción, te atraerá a sí y conservará tu humildad. Comunica fielmente el mensaje. Persevera hasta el fin y comerás del fruto del árbol de la vida y beberás del agua de vida."

Al recobrar la conciencia de las cosas de este mundo, me entregué al Señor dispuesta a cumplir sus mandatos, fuesen lo que fuesen.

Entre los creyentes del Maine

No pasó mucho tiempo sin que el Señor me abriese camino para ir con mi cuñado a ver a mis hermanas que estaban en Poland, punto distante cincuenta kilómetros de mi casa, y allí tuve ocasión de dar testimonio. Hacía tres meses que estaba muy delicada de la garganta y los pulmones de modo que apenas podía hablar y eso en voz baja y ronca. Pero en aquella oportunidad, me levanté en la reunión y comencé a hablar murmullosamente. A los cinco minutos, desapareció el dolor y obstrucción de garganta;

mi voz resonó clara y firme, y hablé con completa facilidad y soltura durante cerca de dos horas. Terminada la proclamación del mensaje, volví a quedar afónica hasta que al presentarme de nuevo ante el público, se repitió tan singular recuperación. Me afirmaba constantemente en la seguridad de que cumplía la voluntad de Dios y veía que señalados resultados correspondían a mis esfuerzos.

Providencialmente se me abrió camino para ir a la parte oriental del Maine. El Hno. Guillermo Jordan marchaba por asuntos de negocio a Orrington en compañía de su hermana, y me instaron a que fuera con ellos. Como quiera que yo había prometido al Señor andar por la senda que ante mí abriese, no me atreví a rehusar la invitación. El Espíritu de Dios acompañó al mensaje que dí en Orrington; se alegraron los corazones en la verdad y los desanimados recibieron aliento y estímulo para renovar su fe.

En Orrington encontré al pastor Jaime White. El conocía ya a mis amigos y se ocupaba en trabajar por la salvación de las almas.

También visité Garland, donde gran número de personas se reunió de diferentes puntos para oír mi mensaje.

Poco después, fuí a Exeter, pueblito no lejano de Garland. Allí sentí una pesada carga, de la cual no pude obtener alivio hasta tanto que relatase lo que me había sido revelado acerca de algunos fanáticos circunstantes. Declaré que estas personas se engañaban al creer que las animaba el Espíritu de Dios. Mi testimonio les fué muy desagradable, a ellas y a los que simpatizaban con ellas.

Poco después, regresé a Portland, habiendo dado el testimonio recibido de Dios, y experimentando su aprobación en todos mis pasos.

Una respuesta a la oración

En la primavera de 1845, estuve de visita en Topsham (Maine). En cierta ocasión, varios de nosotros nos hallábamos reunidos en casa del Hno. Stockbrige Howland, cuya hija mayor, la Srta. Francisca Howland, muy querida amiga mía, estaba enferma de fiebre reumática y recibía los cuidados del médico. Tenía las manos tan hinchadas, que no se le distinguían las conyunturas. Mientras que, sentados juntos, hablábamos del caso, le preguntamos al Hno. Howland si tenía fe en que su hija pudiera sanar en

respuesta a la oración. Respondió que procuraría creer que sí, y muy luego declaró que lo creía posible.

Todos nos arrodillamos en ferviente oración a Dios en favor de la enferma. Nos acogimos a la promesa: "Pedid, y recibiréis." Juan 16:24. La bendición de Dios apoyaba nuestras oraciones y teníamos la seguridad de que Dios quería sanar a la paciente. Uno de los hermanos allí presentes exclamó:

¿Hay aquí alguna hermana que tenga bastante fe para tomar a la enferma de la mano y decirle que se levante en el nombre del Señor?

La Hna. Francisca yacía en el dormitorio de arriba, y antes de que el hermano cesara de hablar, la Hna. Curtis se encaminó hacia las escaleras. Poseída del Espíritu de Dios, entró en la alcoba, y tomando de la mano a la inválida, le dijo: "Hna. Francisca, en el nombre del Señor, levántate y sé sana." Nueva vida circuló por las venas de la joven enferma, poseyóla una santa fe, y obediente a su impulso, levantóse de la cama, se mantuvo sobre sus pies y echó a andar por la pieza alabando a Dios por su restablecimiento. Vistióse en seguida y, con el semblante iluminado de indecible gozo y gratitud, bajó a la sala en donde estábamos reunidos.

A la mañana siguiente, desayunó con nosotros. Poco después, mientras el pastor White leía el quinto capítulo de Santiago para el culto de familia, entró el médico, y como de costumbre se encaminó escalera arriba a visitar su paciente. No hallándola allí, bajó presuroso y, con la alarma pintada en su semblante, abrió la puerta de la espaciosa cocina donde todos estábamos sentados en compañía de la Hna. Francisca. La miró asombrado y por último exclamó: "¡Así que Francisca está mejor!"

El Hno. Howland respondió:

El Señor la ha sanado.

El Hno. White reanudó la lectura del capítulo en el punto interrumpido por la llegada del médico, y era el pasaje que dice: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él." Santiago 5:14. El médico escuchó con extraña expresión de admiración e incredulidad entremezcladas, meneó la cabeza y salióse apresuradamente del aposento.

Aquel mismo día, la Hna. Francisca anduvo unos cinco kilómetros en coche. Aunque regresó cuando ya anochecía, y a pesar de que llovía, no sintió daño alguno y su salud continuó mejorando rápidamente. A los pocos días, pidió el bautismo y fue sumergida en el agua. A despecho de que el tiempo era crudo y el agua estaba muy fría, no sufrió en modo alguno. Por el contrario, desde entonces quedó libre de la enfermedad y disfrutó de salud normal.

Capítulo 9

Experiencias con el fanatismo

Al regresar a Portland, tropecé con notorias pruebas de los desoladores efectos del fanatismo. Algunos se figuraban que la religión consiste en mucha excitación y estrépito. Solían hablar de manera que irritaba a los incrédulos y concitaba el odio contra las doctrinas que enseñaban y contra ellos mismos. Entonces se regocijaban de verse perseguidos. Los incrédulos no podían ver consistencia en semejante conducta. En algunos lugares se les impidió a los hermanos celebrar sus reuniones. Los justos sufrían con los culpables.

Mi ánimo se apesadumbraba y entristecía al ver que la causa de Cristo quedaba perjudicada por la conducta de aquellos imprudentes hombres, que no sólo perdían sus propias almas, sino que echaban sobre la causa un estigma difícil de borrar. Y Satanás lo veía con gusto. Le convenía que gentes profanas manoseasen la verdad; que ésta quedase mezclada con el error, y que luego el todo fuese hollado en el polvo. Miraba con aire de triunfo el estado confuso y disperso de los hijos de Dios.

Temblábamos por las iglesias que iban a caer bajo el yugo de este espíritu de fanatismo. Mi corazón se dolía por el pueblo de Dios. ¿Había de engañarle y extraviarle aquel falso entusiasmo? Yo comuniqué fielmente las advertencias que me había dado el Señor; pero poco efecto produjeron, fuera de concitar contra mí los celos de aquellos extremistas.

Falsa humildad

Había algunos que profesaban profunda humildad, y abogaban por el arrastrarse en el suelo como los chiquillos en prueba de su humildad. Aseveraban que las palabras de Cristo en (Mateo 18:1-6) debían tener literal cumplimiento en este período en que esperaban la vuelta de su Salvador. Acostumbraban a arrastrarse alrededor de sus casas, en las calles, en los puentes y hasta en la misma iglesia.

Les dije claramente que no se nos pedía esto, que la humildad que Dios esperaba de su pueblo había de manifestarse en una vida semejante a la de Cristo y no

arrastrándose por el suelo. Todas las cosas espirituales se han de tratar con sagrada dignidad. La humildad y la mansedumbre están de acuerdo con la conducta de Cristo, pero han de manifestarse de una manera digna.

El creyente denota verdadera humildad siendo afable como Cristo, estando siempre dispuesto a ayudar al prójimo, pronunciando palabras cariñosas y haciendo obras de altruísmo que elevan y ennoblecen el más sagrado mensaje dirigido a nuestro mundo.

La doctrina del ocio

En París (Maine), había algunos que creían que era pecado trabajar. El Señor me encargó que reprobese al corifeo de este error, declarándole que iba en contra de la palabra de Dios al abstenerse del trabajo, propagar este error y condenar a quienes no lo admitían. Rechazó todas las pruebas que dió el Señor para convencerle de su yerro y determinó no variar de conducta. Solía hacer penosos viajes e irse a poblaciones distantes donde no recibía sino ultrajes, con lo cual creía que así sufría por causa de Cristo. Prescindiendo de la razón y del juicio, obedecía a sus impulsos.

Vi que Dios iba a obrar por la salvación de su pueblo y que aquel extraviado sujeto se daría pronto a conocer de suerte que todos los sinceros de corazón vieses que no obraba con rectitud de espíritu, y así acabaría pronto su carrera. Poco tardó en romperse el hechizo y apenas tuvo influencia en los hermanos. Dijo que mis visiones eran obra del demonio y siguió dando rienda suelta a sus antojos hasta que se le trastornó el entendimiento y hubieron de encerrarle en un manicomio. Finalmente se ahorcó con las retorcidas sábanas de su cama, y los que le habían seguido se convencieron de la falacia de sus enseñanzas.

Dignidad del trabajo

Dispuso Dios que los seres por él creados hubiesen de trabajar. De esto depende su dicha. En los vastos dominios de la creación del Señor, nadie había de ser zángano. Nuestra dicha aumenta y nuestras facultades se fortalecen cuando nos ocupamos en labores útiles.

La actividad acrecienta la fuerza. En el universo de Dios reina perfecta armonía.

Los seres celestiales están en constante actividad; y el Señor Jesús nos dió a todos ejemplo en la obra de su vida. Andaba "haciendo bienes." Dios ha establecido la ley de obediente acción. Todas las cosas creadas ejecutan callada pero incesantemente la obra que les fué señalada. El océano está en continuo movimiento. La naciente hierba que hoy es y mañana es arrojada en el horno, cumple su encargo vistiendo de hermosura los campos. Las hojas se mueven sin que mano alguna las toque. El sol, la luna y las estrellas cumplen útil y gloriosamente su misión.

A toda hora funciona el mecanismo del cuerpo. Día tras día late el corazón, haciendo su regular y señalada tarea e impeliendo incesantemente el carmíneo flujo por todas las partes del cuerpo. Se ve que la acción predomina en toda la maquinaria viviente. Y el hombre, con su mente y cuerpo creados a semejanza de Dios, debe estar activo para desempeñar la labor que tiene señalada. No ha de estar ocioso. La ociosidad es pecado.

Una dura prueba

En plena experiencia de mi lucha contra el fanatismo, me vi sujeta a una dura prueba. Si el Espíritu de Dios descendía sobre alguna persona en las reuniones, y ella glorificaba y ensalzaba a Dios, había quienes lo achacaban a mesmerismo; y si al Señor le placía mostrarme alguna visión en una reunión, también se figuraban que era excitación y mesmerismo.

Afligida y desalentada, solía retirarme a un lugar apartado para derramar la carga de mi alma ante Aquel que invita a todos los cansados y cargados a que acudan en busca de alivio. A medida que mi fe descansaba en las promesas, me parecía que Jesús estaba muy cerca. Me rodeaba la suave luz del cielo, y me veía circuída por los brazos de mi Salvador, transportada en visión. Pero cuando relataba lo que Dios me había revelado a solas, donde ninguna influencia terrena podía afectarme, me afligía y asombraba al oír a alguien decirme que quienes viven más cerca de Dios están mayormente expuestos a ser engañados por Satanás.

Algunos querían hacerme creer que no existe el Espíritu Santo, y que todo cuanto los santos varones de Dios experimentaron fué tan sólo efecto del mesmerismo o de los engaños de Satanás.

Quienes, exagerando textos de la Escritura, se abstenían de todo trabajo y rechazaban a cuantos no compartían sus ideas respecto de éste y otros puntos del deber religioso, me acusaban de conformarme al estilo mundano. Por otra parte, los adventistas nominales me inculpaban de fanatismo, y se me representaba falsamente como la cabecilla del fanatismo que me ocupaba sin cesar en combatir.

Se señalaron diferentes fechas para la venida del Señor y se hicieron insistentes esfuerzos para hacerlas adoptar por los hermanos. Pero el Señor me mostró que dichas fechas pasarían, porque el tiempo de angustia había de sobrevenir antes de la vuelta de Cristo, y que cada vez que se fijaba una fecha y ésta pasaba de largo, se debilitaba la fe del pueblo de Dios. Por esto me acusaron de ser el siervo malo que decía: "Mi Señor se tarda en venir." Mateo 24:48.

Todas estas cosas pesaban gravemente sobre mi ánimo, y en mi confusión estuve tentada varias veces a dudar acerca de lo que me sucedía.

Una mañana, durante las oraciones de familia, el poder de Dios descendió sobre mí, y acudióme a la mente el pensamiento de que era mesmerismo. Lo resistí e inmediatamente quedé muda, y por algunos momentos perdí de vista cuanto me rodeaba. Vi entonces mi pecado en dudar del poder de Dios y que por ello me había quedado muda, pero que antes de veinticuatro horas se desataría mi lengua. Se me mostró una tarjeta en que estaban escritos en letras de oro el capítulo y versículo de cincuenta pasajes de la Escritura.

Desvanecida la visión, hice señas de que me trajeran la pizarra y escribí en ella que estaba muda, y también lo que había visto, y que deseaba la Biblia grande. Tomé la Biblia y ávidamente busqué todos los textos que había visto en la tarjeta.

No pude hablar en todo el día. A la mañana siguiente temprano, llenóse mi alma de gozo, se desató mi lengua y prorrumpí en grandes alabanzas a Dios. Después de esto ya no me atreví a dudar, ni por un momento resistí al poder de Dios, aunque los demás pensaran de mí lo que quisieran.

Hasta entonces no me había sido posible escribir, y mi temblorosa mano era incapaz de sujetar firmemente la pluma. Mientras que estaba en visión, mandóme un ángel que la escribiera. Obedecí, y pude

Los Cincuenta Textos

escribir fácilmente. Mis nervios estaban fortalecidos, y desde entonces hasta hoy, he tenido la mano firme.

Exhortaciones a la fidelidad

Muy penoso me era decirles a los que andaban en error lo que respecto de ellos se me había mostrado. Me causaba mucha angustia ver a otros turbados o afligidos. Y cuando me veía obligada a declarar los mensajes, a menudo los suavizaba, y los hacía parecer tan favorables para las personas a quienes concerniesen como me era posible, y después me retiraba a la soledad para llorar en agonía de espíritu. Me fijaba en aquellos que parecían no tener que cuidar sino de sus almas y pensaba que, de hallarme yo en su situación, no me quejaría. Me era muy penoso referir los explícitos y terminantes testimonios recibidos de Dios. Anhelosamente aguardaba el resultado, y si los reprendidos se rebelaban contra la reprensión y después se oponían a la verdad, yo me preguntaba: ¿Habré dado debidamente el mensaje? ¿No podría haber algún medio de salvarlos? Y entonces se oprimía tan angustiosamente mi alma, que muchas veces la muerte habría sido para mí una mensajera bienvenida y la tumba, un dulce lugar de reposo.

No me daba cuenta de que, con estas dudas y preguntas, quebrantaba mi fidelidad, ni advertía el peligro y pecado de semejante conducta, hasta que fui transportada en visión a la presencia de Jesús. Me miró ceñudo y apartó de mí su rostro. No es posible describir el terror y la agonía que sentí entonces. Postré mi rostro en el suelo ante él sin poder articular ni una palabra. ¡Oh, cuánto anhelaba ocultarme y esconderme de aquel terrible ceño! Entonces pude percatarme en parte de lo que sentirán los perdidos cuando griten a las montañas y a las peñas: "Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero." Apocalipsis 6:16.

Al rato, un ángel me mandó que me levantara, y difícil es describir lo que vieron mis ojos. Ante mí había una hueste, de cabellos desgreñados y vestidos desgarrados, en cuyos semblantes se retrataban el horror y la desesperación. Se me acercaron y restregaron sus vestiduras contra las mías. Miré después mi vestido y lo vi manchado de

sangre. De nuevo caí como muerta a los pies del ángel que me acompañaba, y sin poder alegar ni una excusa, deseaba alejarme de aquel santo lugar.

El ángel me puso en pie y dijo:

No es éste ahora tu caso; pero has visto esta escena para que sepas cuál será tu situación si descuidas declarar a los demás lo que el Señor te ha revelado. Pero si eres fiel hasta el fin, comerás del árbol de la vida y beberás del agua del río de vida. Habrás de sufrir mucho; pero basta la gracia de Dios.

Entonces me sentí con ánimo para hacer cuanto el Señor exigiese de mí, a fin de lograr su aprobación y no experimentar su terrible enojo.

El sello de la aprobación divina

Fué aquélla una época de tribulaciones. De no mantenernos entonces firmes, hubiera naufragado nuestra fe. Algunos decían que éramos tercos; pero estábamos obligados a mantener nuestros rostros como de pedernal, sin volvernos ni a derecha ni a izquierda.

Durante años, nos esforzamos en combatir los prejuicios y vencer la oposición que a veces amenazaba con arrollar a los fieles portaestandartes de la verdad--los héroes y heroínas de la fe. Pero echamos de ver que quienes acudían a Dios con humildad y contrición de alma, podían discernir entre lo verdadero y lo falso. "Encaminaré a los humildes por el juicio, y enseñaré a los mansos su carrera." Salmos 25:9.

En aquellos días nos dió Dios una valiosa experiencia. Al vernos en estrecho conflicto con las potestades tenebrosas, como frecuentemente estábamos, confiamos por entero en el poderoso Protector. Repetidas veces oramos en demanda de fortaleza y sabiduría. No queríamos cejar en el empeño, convencidos de que íbamos a recibir auxilio. Y gracias a la fe, la artillería del enemigo se revolvió contra él, la causa de la verdad obtuvo gloriosas victorias, y comprendimos que Dios no nos daba su Espíritu por medidas. A no ser por aquellas apreciadas pruebas del amor de Dios, y si, por la manifestación de su Espíritu, no hubiese puesto él su sello a la verdad, acaso nos desalentáramos; pero aquellas pruebas de la dirección divina, aquellas vívidas experiencias en las cosas de Dios, nos fortalecieron para pelear varonilmente las batallas

del Señor. Los creyentes pudieron discernir con toda claridad cómo Dios les había señalado el camino, guiándolos entre pruebas, desengaños y terribles conflictos. Cobraban mayores bríos según iban encontrando y venciendo obstáculos, y adquirían valiosa experiencia en cada paso que daban hacia adelante.

Lecciones de lo pasado

En años ulteriores, se me mostró que todavía no están abandonadas las falsas teorías expuestas en lo pasado. Resurgirán en cuanto hallen circunstancias favorables. No olvidemos que se conmoverá todo cuanto pueda conmoverse. El enemigo logrará quebrantar la fe de algunos, pero quienes se mantengan fieles a los principios no serán conmovidos. Permanecerán firmes entre las pruebas y las tentaciones. El Señor ha señalado los errores, y quienes no discernan en dónde se ha introducido Satanás, continuarán extraviados por falsos senderos. Jesús nos manda velar y fortalecer las cosas que quedan y que están por morir.

No debemos entrar en controversia con quienes sustentan teorías falsas. La controversia es inútil. Cristo nunca entró en discusiones. El arma empleada por el Redentor del mundo fué: "Escrito está." Adhirámonos a la Palabra. Dejemos que den testimonio el Señor Jesús y sus mensajeros. Sabemos que su testimonio es verdadero.

Cristo preside todas las obras de su creación. Guió a los hijos de Israel en la columna de fuego, pues sus ojos ven lo pasado, lo presente y lo porvenir. Ha de ser reconocido y honrado por cuantos amen a Dios. Sus mandamientos han de ser la fuerza reguladora de la conducta de su pueblo.

El tentador nos viene con la suposición de que Cristo ha trasladado su sitial de honor y poder a alguna región desconocida, y que los hombres ya no necesitan molestarse por más tiempo en exaltar su carácter y obedecer a su ley. Añade que cada ser humano ha de ser su propia ley. Estos sofismas exaltan al yo y reducen a Dios a la nada. Destruyen el freno moral de la familia humana, y debilitan más y más la represión del vicio. El mundo no ama ni teme a Dios. Y quienes no temen ni aman a Dios pronto pierden el sentimiento del deber para con el prójimo. Están sin Dios y sin esperanza en el mundo.

En grave riesgo se hallan los instructores que no infunden la palabra de Dios en la

obra de su vida, pues no tienen un salvador conocimiento de Dios ni de Cristo. Quienes no viven la verdad son los más propensos a inventar sofismas para ocupar el tiempo y absorber la atención que debieran dedicarse al estudio de la palabra de Dios. Es para nosotros una terrible equivocación desdeñar el estudio de la Biblia para investigar teorías que extravían y apartan la mente de las palabras de Cristo para dirigirla a falacias de invención humana.

No necesitamos imaginarias enseñanzas respecto a la personalidad de Dios. Lo que Dios quiere que conozcamos de él está revelado en su palabra y en sus obras. Las bellezas de la naturaleza denotan su carácter y su poder como Creador. Son las bellezas naturales el don que hizo al género humano para manifestar su poder y demostrar que es un Dios de amor. Pero nadie está autorizado para decir que Dios en persona reside en una flor, en una hoja o en un árbol. Estas cosas son obra de Dios y revelan su amor a la humanidad.

Cristo es la perfecta revelación de Dios. Quienes deseen conocer a Dios han de estudiar la obra y enseñanza de Cristo. A quienes le reciban y crean en él, les da poder de llegar a ser hijos de Dios.

Capítulo 10

El sábado del señor

Durante mi visita a Nueva Bedford (Massachusetts), en 1846, conocí al pastor José Bates, que había abrazado la fe adventista desde el principio de su propagación, y era un activo obrero en la causa, un verdadero caballero cristiano, cortés y amable.

La primera vez que me oyó hablar, manifestó profundo interés, y al concluir yo mi discurso, se levantó diciendo: "Yo dudo como Tomás. No creo en las visiones. Pero si yo pudiese creer que el testimonio relatado esta noche por la Hna. Harmon es verdaderamente la voz de Dios para nosotros, sería el más feliz de los hombres. Mi corazón está hondamente conmovido. Creo en la sinceridad de la persona que acaba de hablar; pero no acierto a explicarme cómo se le han mostrado las maravillas que nos ha referido."

El pastor Bates guardaba el sábado, séptimo día de la semana, y nos lo presentó insistentemente como verdadero día de descanso. Por mi parte, no le daba a esto gran importancia, y me parecía que el pastor Bates se equivocaba al dedicar más consideración al cuarto mandamiento que a los otros nueve.

Pero el Señor me dió una visión del santuario celeste. El templo de Dios estaba abierto en el cielo, y se me mostró el arca de Dios cubierta con el propiciatorio. Había dos ángeles, uno a cada lado del arca, con las alas extendidas sobre el propiciatorio y el rostro vuelto hacia él. Esto, según me dijo el ángel que me acompañaba, era una representación de cómo todas las cohortes del cielo miran con reverente temor la ley divina que fué escrita por el dedo de Jehová.

Levantó Jesús la cubierta del arca y vi las tablas de piedra en que estaban escritos los diez mandamientos. Me asombré al ver el cuarto mandamiento en el mismo medio de los diez preceptos, con una aureola luminosa que lo circundaba. El ángel dijo: "Este es entre los diez mandamientos, el único que define al Dios vivo, que creó los cielos y la tierra y todas las cosas que en ellos hay."

Cuando Dios asentó los cimientos de la tierra, también asentó el cimiento del

sábado. Se me mostró que si se hubiese guardado el verdadero día de descanso, nunca hubiera habido incrédulos ni ateos. La observancia del sábado hubiera preservado al mundo de la idolatría.

El cuarto mandamiento ha sido pisoteado, y por lo tanto, estamos nosotros llamados a reparar la brecha abierta en la ley y a abogar por el profanado sábado. El hombre de pecado, que se exaltó sobre Dios y pensó mudar los tiempos y la ley, transfirió el descanso del séptimo al primer día de la semana. Al hacerlo así, abrió brecha en la ley de Dios. Poco antes del gran día de Dios, se ha de enviar un mensaje para exhortar a las gentes a que vuelvan a la obediencia de la ley de Dios quebrantada por el Anticristo. Por el precepto y el ejemplo, hemos de llamar la atención de las gentes hacia la brecha abierta en la ley.

Se me dijo que las valiosas promesas de (Isaías 58:12-14) se aplican a quienes trabajan por la restauración del verdadero sábado.

Se me mostró también que el tercer ángel, que proclama los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, representa a quienes reciben este mensaje y alzan la voz a fin de amonestar al mundo para que guarde los mandamientos de la ley de Dios como la niña de sus ojos; y que, en respuesta a esta amonestación, muchos abrazarían el sábado del Señor.

Capítulo 11

Matrimonio -- labor conyugal

El 30 de agosto de 1846, me uní en matrimonio con el pastor Jaime White, quien tenía profunda experiencia en el movimiento adventista y cuya labor en la proclamación de la verdad había bendecido Dios. Nuestros corazones se unieron en la magna obra y juntos viajamos y trabajamos por la salvación de las almas.

Confirmación de la fe

En noviembre de 1846, asistí con mi esposo a una reunión celebrada en Topsham (Maine), en la que estaba presente el pastor Bates, quien entonces no creía del todo que mis visiones fuesen de Dios. Aquella reunión revistió mucho interés. El Espíritu de Dios descendió sobre mí; tuve una visión de la gloria de Dios, y por vez primera se me mostraron otros planetas. Al salir de la visión, relaté lo que había visto. El pastor Bates me preguntó entonces si yo había estudiado astronomía, a lo que respondí que no recordaba haber mirado jamás un libro que tratase de esta ciencia. Entonces exclamó: "Esto es cosa del Señor." Su aspecto se iluminó con la luz del cielo y exhortó con poder a la iglesia.

Acerca de su actitud respecto a las visiones, declaró el pastor Bates:

"Aunque nada veía en ellas contrario a la Palabra, me sentía alarmado y muy probado, y durante largo tiempo no quise creer que las visiones fuesen algo más que un fenómeno resultante de la prolongada debilidad corporal de la visionaria.

"Por lo tanto busqué ocasiones de interrogarla y hacerle preguntas capciosas, a ella y a las amigas que la acompañaban, especialmente a su hermana mayor, y esto en presencia de otras personas y cuando su mente estaba libre de excitación (fuera de las reuniones), todo ello con intento de averiguar la verdad, si fuese posible. Durante las visitas que desde entonces hizo la Hna. Elena a Nueva Bedford, Fairhaven, y mientras asistiera a nuestras reuniones, la he visto yo en éxtasis unas cuantas veces, como también la vi en Topsham (Maine); y todos los que presenciaron algunas de aquellas emocionantes escenas, saben con cuán vivo interés y ahinco escuchaba yo cada palabra,

y vigilaba cada movimiento por si descubría alguna impostura o influencia mesmérica. Doy gracias a Dios por esta ocasión que me deparó de ser, juntamente con otras personas, testigo de estas cosas. Ahora puedo hablar con fiada por mí mismo. Creo que es obra de Dios para consolar y fortalecer a su 'pueblo tirado y repelado,' desde que terminó nuestra obra... en octubre de 1844."

Durante una reunión celebrada en Topsham, se me mostró que tendría mucha aflicción, y que se pondría a prueba nuestra fe después de regresar a Gorham donde residían mis padres.

Al regresar, caí muy enferma con intensos sufrimientos. Mis padres, mi esposo y mis hermanas se unieron en oración por mí, pero continué sufriendo durante tres semanas. A menudo desfallecía y quedaba como muerta, pero en respuesta a la oración, revivía. Mi agonía era tan grande que suplicaba a los que me rodeaban que no orasen por mí; porque pensaba que sus oraciones prolongaban tan sólo mis sufrimientos. Los vecinos creyeron que me moría. Y durante algún tiempo le plugo al Señor poner a prueba nuestra fe.

El Hno. Nichols y su esposa, de Dorchester (Massachusetts), se enteraron de mi aflicción, y su hijo Enrique vino a Gorham para traer algunas cosas con que aliviarme. Durante su visita, mis deudos volvieron a unirse en oración en demanda de mi restablecimiento. Después de orar los demás, el Hno. Enrique Nichols empezó a orar muy fervorosamente con el poder de Dios sobre él, y levantándose del suelo donde se había arrodillado, cruzó el aposento, y poniéndome las manos en la cabeza, dijo: "Hna. Elena, Jesucristo te sana." Dicho esto, cayó para atrás, postrado por el poder de Dios. Yo creí que la obra era de Dios y desapareció el dolor. Mi alma se llenó de gratitud y paz. En mi corazón decía: "Sólo tenemos auxilio en Dios. Sólo podemos estar en paz cuando descansamos en él y esperamos su salvación."

Labor en Massachusetts

Pocas semanas después, en nuestro viaje para ir a Boston, nos embarcamos en Portland. Sobrevino una violenta tempestad y corrimos grave riesgo. Pero por misericordia de Dios, desembarcamos todos en salvo.

A poco de nuestro regreso a casa, mi esposo escribió desde Gorham (Maine), el

14 de marzo de 1847, acerca de nuestra labor en Massachusetts durante el mes de febrero y la primera semana de marzo, lo que sigue:

"Mientras que hemos estado ausentes de nuestros amigos, desde hace casi siete semanas, Dios ha sido misericordioso con nosotros. Ha sido nuestra fortaleza en tierra y mar. Durante las últimas seis semanas, Elena ha disfrutado de mejor salud que en los seis últimos años pasados. Los dos gozamos de excelente salud. ... Desde que salimos de Topsham, hemos pasado algunas pruebas; pero también hemos tenido momentos celestiales y refrigerantes. En conjunto, ha sido una de las mejores visitas que hayamos hecho a Massachusetts. Nuestros hermanos de Nueva Bedford y Fairhaven han sido poderosamente fortalecidos y confirmados en la verdad y poder de Dios. También los hermanos de otros lugares han recibido muchas bendiciones."

Capítulo 12

El santuario celestial

En una reunión celebrada el sábado 3 de abril de 1847 en casa del Hno. Stockbridge Howland, sentimos un extraordinario espíritu de oración, y mientras orábamos descendió sobre mí el Espíritu Santo. Todos nos considerábamos muy felices. Pronto perdí el conocimiento de las cosas terrenas y quedé envuelta en la visión de la gloria de Dios.

Vi un ángel que con presteza volaba hacia mí. Me llevó rápidamente desde la tierra a la santa ciudad, donde vi un templo en el que entré. Antes de llegar al primer velo, pasé por una puerta. Levantóse el velo y entré en el lugar santo, donde vi el altar de los perfumes, el candelabro con las siete lámparas y la mesa con los panes de la proposición. Después de que hube contemplado la gloria del lugar santo, Jesús levantó el segundo velo y pasé al lugar santísimo.

En él vi un arca, cuya cubierta y lados estaban recubiertos de oro purísimo. En cada punta del arca, había un hermoso querube con las alas extendidas sobre el arca. Sus rostros estaban frente a frente uno de otro, pero miraban hacia abajo. Entre los dos ángeles, había un incensario de oro, y sobre el arca, donde estaban los ángeles, una gloria por todo extremo esplendorosa que semejava un trono en que moraba Dios. Junto al arca, estaba Jesús, y cuando las oraciones de los santos llegaban a él, humeaba el incienso del incensario, y Jesús ofrecía a su Padre aquellas oraciones con el humo del incienso.

Dentro del arca estaba el vaso de oro con el maná, la florida vara de Aarón y las tablas de piedra, que se plegaban como las hojas de un libro. Abriólas Jesús, y vi en ellas los diez mandamientos escritos por el dedo de Dios. En una tabla, había cuatro, y en la otra, seis. Los cuatro de la primera brillaban más que los otros seis. Pero el cuarto, el mandamiento del sábado, brillaba más que todos, porque el sábado fué puesto aparte para que se le guardase en honor del santo nombre de Dios. El santo sábado resplandecía, rodeado de un nimbo de gloria. Vi que el mandamiento del sábado no estaba clavado en la cruz, pues de haberlo estado, también lo hubieran estado los otros nueve, y así quedaríamos en albedrío de quebrantarlos todos, así como el cuarto. Vi que

Dios no había cambiado el día de descanso, porque Dios es inmutable; pero el papa lo había transferido del séptimo al primer día de la semana, pues había pensado cambiar los tiempos y la ley.

También vi que si Dios hubiese cambiado el día de reposo del séptimo al primer día, asimismo hubiera cambiado el texto del mandamiento del sábado escrito en las tablas de piedra que están en el arca del lugar santísimo del templo celeste, y diría así: "El primer día es el día de reposo de Jehová tu Dios." Pero vi que decía lo mismo que cuando el dedo de Dios lo escribió en las tablas de piedra, antes de entregarlas a Moisés en el Sinaí: "Mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios." Vi que el santo sábado es, y será, el muro separador entre el verdadero Israel de Dios y los incrédulos, así como la institución más adecuada para unir los corazones de los queridos y esperanzados santos de Dios.

Vi que Dios tenía hijos que no echan de ver ni guardan el sábado. No han rechazado la luz referente a él. Y al empezar el tiempo de angustia, fuimos llenos del Espíritu Santo, cuando salimos a proclamar más plenamente el sábado. Esto enfureció a las otras iglesias y a los adventistas nominales, pues no podían refutar la verdad sabática, y entonces todos los escogidos de Dios comprendieron claramente que nosotros poseíamos la verdad, salieron y sufrieron la persecución con nosotros. Vi guerra, hambre, pestilencia y grandísima confusión en la tierra. Los malvados pensaron que nosotros habíamos acarreado el castigo sobre ellos, y se reunieron en consejo para raernos de la tierra, creyendo que así cesarían los males.

En el tiempo de angustia, huímos todos de las ciudades y pueblos, pero los malvados nos perseguían y entraban a cuchillo en las casas de los santos; pero al levantar la espada para matarnos, se quebraba ésta y caía tan inútil como una brizna de paja. Entonces clamamos día y noche por la liberación, y el clamor llegó a Dios.

Levantóse el sol y la luna se paró. Cesaron de fluir las corrientes de aguas. Aparecieron negras y densas nubes que se entrechocaban unas con otras. Pero había un espacio de gloria fija, del que, cual estruendo de muchas aguas, salía la voz de Dios que estremecía cielos y tierra. El firmamento se abría y cerraba en honda conmoción. Las montañas temblaban como cañas agitadas por el viento y lanzaban peñascos en su alrededor. El mar hervía como una olla y despedía piedras sobre la tierra.

Y al anunciar Dios el día y la hora de la venida de Jesús, cuando dió el sempiterno pacto a su pueblo, pronunciaba una frase y se detenía de hablar mientras las palabras de la frase rodaban por toda la tierra. El Israel de Dios permanecía con los ojos en alto, escuchando las palabras según salían de labios de Jehová y retumbaban por la tierra como estruendo del trueno más potente. El espectáculo era pavorosamente solemne, y al terminar cada frase, los santos exclamaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" Su aspecto estaba iluminado con la gloria de Dios, y resplandecían sus rostros como el de Moisés al bajar del Sinaí. A causa de esta gloria, los malvados no podían mirarlos. Y cuando la bendición eterna se pronunció sobre quienes habían honrado a Dios santificando su sábado, resonó un potente grito por la victoria lograda sobre la bestia y su imagen.

Entonces comenzó el jubileo, durante el cual debía descansar la tierra. Vi al piadoso esclavo levantarse en triunfal victoria, y desligarse de las cadenas que le ataban, mientras que su malvado dueño quedaba confuso sin saber qué hacer; porque los malvados no podían comprender las palabras de la voz de Dios.

Pronto apareció la gran nube blanca. Parecióme mucho más hermosa que antes. Sentábase en ella el Hijo del hombre. Al principio no distinguimos a Jesús en la nube; pero al acercarse más a la tierra, pudimos contemplar su bellísima figura. Esta nube fué, en cuanto apareció, la señal del Hijo del hombre en el cielo.

La voz del Hijo de Dios despertó a los santos dormidos y los levantó revestidos de gloriosa inmortalidad. Los santos vivientes fueron transformados en un instante y arrebatados con aquéllos en el carro de nubes. Estaba éste en extremo resplandeciente mientras rodaba hacia las alturas. El carro tenía alas a uno y otro lado, y debajo, ruedas. Y cuando el carro ascendía, las ruedas exclamaban: "¡Santo!" y las alas, al batir, gritaban: "¡Santo!" y la comitiva de santos ángeles que rodeaba la nube exclamaba: "¡Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso!" Y los santos en la nube cantaban: "¡Gloria! ¡Aleluya!" El carro subió a la santa ciudad. Abrió Jesús las puertas de la ciudad de oro y nos condujo dentro. Fuimos bien recibidos, porque habíamos guardado "los mandamientos de Dios," y teníamos derecho al "árbol de la vida." Apocalipsis 14:12; 22:14.

Capítulo 13

El amor de Dios por su pueblo

Yo había visto el tierno amor de Dios por su pueblo. Es muy grande amor. Vi a los ángeles que extendían sus alas sobre los santos. Cada santo tenía su ángel custodio. Cuando los santos lloraban desalentados o estaban en peligro, los ángeles que sin cesar los asistían, volaban con presteza a llevar la noticia, y los ángeles de la ciudad cesaban de cantar. Entonces Jesús comisionaba a otro ángel para que bajase a alentarlos, vigilarlos y procurar que no se apartaran del sendero estrecho; pero si los santos desdeñaban el vigilante cuidado de aquellos ángeles, rechazaban su consuelo y seguían extraviados, los ángeles se entristecían y lloraban. Llevaban allá arriba la noticia, y todos los ángeles de la ciudad se echaban a llorar y en alta voz decían: "Amén." Pero si los santos fijaban los ojos en el premio que les aguardaba y glorificaban a Dios en alabanza, entonces los ángeles llevaban a la ciudad la grata nueva, y los ángeles de la ciudad tañían sus áureas arpas, cantaban en alta voz: "¡Aleluya!" y por las bóvedas celestes repercutían sus hermosos cánticos.

En la santa ciudad hay perfecto orden y armonía. Todos los ángeles comisionados para visitar la tierra, llevan una tarjeta de oro que, al salir o entrar en la ciudad, presentan a los ángeles de la puerta. El cielo es un lugar agradable. Yo anhele estar allí y contemplar a mi hermoso Jesús que por mí dió su vida, y ser transmutada en su gloriosa imagen. ¡Oh, quién me diera palabras para expresar la gloria del brillante mundo venidero! Estoy sedienta de las vivas corrientes que alegran la ciudad de nuestro Dios.

El Señor me mostró en visión otros mundos. Me fueron dadas alas, y un ángel me acompañó desde la ciudad a un brillante y glorioso lugar. La hierba era de un verde vivo y las aves gorjeaban un dulce canto. Los moradores de aquel lugar eran de todas estaturas, nobles, majestuosos y hermosos. Llevaban la manifiesta imagen de Jesús, y su semblante refulgía de santo júbilo como expresión de la libertad y dicha que en aquel lugar disfrutaban. Le pregunté a uno de ellos porqué eran mucho más bellos que los habitantes de la tierra, y me respondió:

Hemos vivido en estricta obediencia a los mandamientos de Dios, y no

incurrimos en desobediencia como los habitantes de la tierra.

Después vi dos árboles, uno de los cuales se parecía mucho al árbol de vida de la ciudad. El fruto de ambos era hermoso, pero no debían comer de uno de ellos. Hubieran podido comer de los dos, pero les estaba vedado comer de uno. Entonces el ángel que me acompañaba me dijo:

Nadie ha probado aquí la fruta del árbol prohibido, y si de ella comieran, caerían.

Después me transportaron a un mundo que tenía siete lunas; donde vi al anciano Enoc, que había sido trasladado. Vibraba en su brazo derecho una esplendente palma, en cada una de cuyas hojas se leía escrita la palabra: "Victoria." Ceñía sus sienes una brillante guirnalda blanca con hojas, en el centro de cada una de las cuales se leía: "Pureza." Alrededor de la guirnalda había piedras preciosas de diversos colores que fulguraban más vivamente que las estrellas, y reflejaban su fulgor en las letras y las magnificaban. En la parte posterior de la cabeza llevaba un arco en que remataba la guirnalda, y en el arco estaba escrita la palabra: "Santidad." Sobre la guirnalda ceñía una corona más brillante que el sol. Le pregunté a Enoc si aquel era el lugar adonde lo habían transportado desde la tierra. El me respondió:

No es éste. Mi morada es la ciudad, y he venido a visitar este sitio.

Andaba por allí como si estuviese en su hogar. Supliqué a mi ángel acompañante que me dejara permanecer en aquel sitio. No podía sufrir el pensamiento de volver de nuevo a este tenebroso mundo. El ángel me dijo entonces:

Debes volver, y si eres fiel, tendrás, con los ciento cuarenta y cuatro mil, el privilegio de visitar todos los mundos y ver la obra de las manos de Dios.

En algunos lugares el mensaje relativo a la observancia del sábado ha sido presentado con claridad y poder, mientras que otros lugares fueron dejados sin amonestar. ¿No se despertarán aquellos que conocen la verdad, para darse cuenta de las responsabilidades que recaen sobre ellos? Hermanos míos, no podéis sumiros en empresas e intereses mundanales. No podéis descuidar la comisión que os dió el Salvador. Todo lo que hay en el universo exige de aquellos que conocen la verdad que se consagren sin reserva a la proclamación de la verdad tal cual les ha sido revelada en

el mensaje del tercer ángel. Lo que vemos y oímos nos llama a nuestro deber.

Capítulo 14

El sellamiento

Al principiar el santo sábado, 5 de enero de 1849, nos pusimos en oración con la familia del Hno. Belden en Rocky Hill (Connecticut) y el Espíritu Santo descendió sobre nosotros. Fuí arrebatada en visión al lugar santísimo, en donde vi a Jesús intercediendo todavía por Israel. En los bajos de su ropaje llevaba una campanilla y una granada. Entonces vi que Jesús no dejaría el lugar santísimo hasta tanto que todo caso no estuviese decidido, ya para salvación, ya para destrucción, y que la ira de Dios no podía manifestarse mientras que Jesús no hubiese concluido su obra en el lugar santísimo y dejado sus vestiduras sacerdotales, para revestirse de ropaje de venganza.

Entonces Jesús saldrá de entre el Padre y los hombres, y Dios ya no callará, sino que derramará su ira sobre los que rechazaron su verdad. Vi que la cólera de las naciones, la ira de Dios, y el tiempo de juzgar a los muertos, eran cosas separadas y distintas, que se seguían una a otra. También vi que Miguel no se había levantado aún, y que el tiempo de angustia, cual no lo hubo nunca, no había comenzado todavía. Las naciones se están airando ahora, pero cuando nuestro Sumo Sacerdote termine su obra en el santuario, se levantará, se pondrá las vestiduras de venganza, y entonces se derramarán las siete postreras plagas.

Vi que los cuatro ángeles iban a retener los vientos hasta tanto que estuviese hecha la obra de Jesús en el santuario, y que entonces caerían las siete postreras plagas. Estas plagas enfurecieron a los malvados contra los justos; ellos pensaban que habíamos atraído sobre ellos los juicios de Dios, y que si podían librarnos de la tierra, las plagas se detendrían. Se promulgó un decreto para matar a los santos, lo cual los hizo clamar día y noche por su libramiento. Este fué el tiempo de la angustia de Jacob. Entonces todos los santos clamaron en angustia de ánimo, y fueron libertados por la voz de Dios. Los ciento cuarenta y cuatro mil triunfaron. Sus rostros quedaron iluminados por la gloria de Dios.

Entonces se me mostró una hueste que aullaba de agonía. Sobre sus vestiduras estaba escrito en grandes caracteres: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto." Pregunté acerca de quiénes formaban esta hueste. El ángel dijo: "Estos son los que una

vez guardaron el sábado, y lo abandonaron." Los oí clamar en alta voz: "Creímos en tu venida, y la proclamamos con energía." Y mientras hablaban, sus miradas caían sobre sus vestiduras y veían lo escrito, y entonces prorrumpían en llanto. Vi que habían bebido de las aguas profundas, y hollado el residuo con los pies--pisoteado el sábado--y que por esto habían sido pesados en la balanza y hallados faltos.

Entonces el ángel que me acompañaba me indicó de nuevo la ciudad, donde vi cuatro ángeles que volaban hacia la puerta. Estaban justamente presentando al ángel de la puerta la tarjeta de oro, cuando vi otro ángel que, volando raudamente, venía de la dirección de la excelente gloria, y gritaba en alta voz a los demás ángeles mientras tremolaba algo en su mano. Le pregunté a mi guía qué significaba aquello, y me respondió que por entonces no podía ver más, pero que muy pronto me explicaría el significado de todas aquellas cosas que veía.

El sábado por la tarde, enfermó uno de nuestros miembros, y solicitó oraciones para recobrar la salud. Todos nos unimos en súplica al Médico que no yerra en caso alguno, y mientras el curativo poder bajaba a sanar al enfermo, el Espíritu descendió sobre mí y fui arrebatada en visión.

Vi cuatro ángeles que habían de hacer una labor en la tierra y andaban en vías de realizarla. Jesús estaba revestido de sus vestiduras sacerdotales. Miró compasivamente al pueblo remanente, y alzando las manos exclamó con voz de profunda piedad: "Mi sangre, Padre, mi sangre, mi sangre, mi sangre." Entonces vi que de Dios, sentado en el gran trono blanco, salía una luz en extremo refulgente que derramaba sus rayos sobre Jesús. Después vi un ángel comisionado por Jesús para ir rápidamente a los cuatro ángeles que tenían determinada labor que cumplir en la tierra, y tremolando algo en su mano, clamó en alta voz: "¡Deteneos! ¡Deteneos! ¡Deteneos! hasta que los siervos de Dios estén sellados en la frente."

Le pregunté a mi ángel acompañante el significado de lo que oía y qué iban a hacer los cuatro ángeles. Me respondió que Dios era quien refrenaba todas las potestades del mundo y que encargaba a sus ángeles de todo lo relativo a la tierra; que los cuatro ángeles tenían poder de Dios para retener los cuatro vientos, y que estaban ya a punto de soltarlos, pero mientras aflojaban las manos y cuando los cuatro vientos iban a soplar, los misericordiosos ojos de Jesús vieron al pueblo remanente todavía sin sellar y alzando las manos hacia su Padre intercedió con él, recordándole que había derramado

su sangre por ellos. En consecuencia se le mandó a otro ángel que fuera velozmente a decir a los cuatro que retuvieran los vientos hasta que los siervos de Dios fuesen sellados en la frente con el sello del Dios vivo.

Capítulo 15

La prueba de nuestra fe

En Este tiempo de prueba, necesitamos alentarnos y consolarnos mutuamente. Las tentaciones de Satanás son ahora mucho más violentas que nunca, pues sabe que le queda poco tiempo y que muy luego van a decidirse todas las causas para vida eterna o para muerte también eterna. No es tiempo ahora de dejarse vencer por el desaliento ni de sucumbir bajo la prueba. Debemos sobreponernos a todas nuestras aflicciones y confiar plenamente en el todopoderoso Dios de Jacob. El Señor me ha mostrado que basta su gracia para resistir todas las pruebas, y aunque estas pruebas sean más duras que nunca, si tenemos absoluta confianza en Dios, podremos vencer todas las tentaciones y por su gracia salir victoriosos.

Si resistimos las pruebas y logramos el triunfo contra las tentaciones de Satanás, entonces soportaremos la prueba de nuestra fe, la cual es más preciosa que el oro, y quedaremos más fuertes y mejor preparados para sobrellevar ulteriores pruebas. Pero si nos acobardamos y cedemos a las tentaciones de Satanás, nos volveremos más débiles, no recibiremos recompensa por la prueba, y no estaremos preparados para resistir lo que nos sobrevenga después. Así nos iremos debilitando cada vez más, hasta que Satanás nos lleve cautivos a su antojo.

Debemos resguardarnos con la completa armadura de Dios, y estar dispuestos en todo momento a sostener el conflicto con las potestades tenebrosas. Cuando nos asalten las tentaciones y las pruebas, acudamos a Dios para luchar con él por la oración, pues no dejará que volvamos vacíos, sino que nos dará fortaleza y gracia para vencer y quebrantar el poderío del enemigo. ¡Oh! si todos viesan estas cosas en su verdadera luz y soportasen las fatigas como buenos soldados de Jesús, podría seguir Israel adelante, confortado en el Señor, y en la potencia de su fortaleza.

Se me ha mostrado que Dios dió a los suyos un cáliz de amargura que beber, para limpiarlos y purificarlos. Es un trago muy acerbo, pero ellos pueden amargarlo todavía más con sus murmuraciones, quejas y lamentos. Quienes no lo reciban, habrán de beber otro trago, porque el primero no hizo en su carácter el efecto asignado. Y si el segundo tampoco les aprovecha, habrán de ir bebiendo otro y otro, so pena de quedar sucios e

impuros de corazón. Vi que el amargo cáliz puede dulcificarse con la paciencia, resignación y oración, y que producirá en el corazón de quienes así lo reciban, el efecto que le fué asignado, con lo cual Dios quedará honrado y glorificado.

No es floja tarea el ser cristiano poseído y aprobado por Dios. El Señor me mostró algunos que dicen profesar la verdad presente y cuya conducta no está en armonía con su profesión. Tienen una norma de piedad por demás baja, y andan muy lejos de la santidad de la Biblia. Algunos siguen una conducta vana e inconveniente, y otros ceden al engreimiento. No esperemos reinar con Cristo en la gloria si satisfacemos nuestro gusto, vivimos y obramos según el mundo, disfrutamos de sus placeres y nos gozamos en la compañía de los mundanos.

Debemos participar aquí de los sufrimientos de Cristo, si queremos compartir después su gloria. Si buscamos nuestros propios y egoístas intereses y placeres en vez de hacer la voluntad de Dios y prosperar su valiosa causa, que sufre, deshonraremos a Dios y a la santa causa que nos ufanamos de amar. Sólo disponemos de muy corto tiempo para trabajar en el servicio de Dios. Nada debe parecernos sacrificio demasiado costoso para la salvación de las descarriadas y quebrantadas ovejas de Jesús. Quienes ahora pacten con Dios por medio del sacrificio, se reunirán pronto en la celeste patria para recibir una rica recompensa y poseer por siempre jamás el nuevo reino.

¡Oh! vivamos enteramente para el Señor y demostremos con nuestra ordenada conducta y pía conversación que estamos con Jesús y somos sus humildes y amantes discípulos. Debemos trabajar mientras dure el día, porque cuando llegue la tenebrosa noche de tribulaciones y angustias, será demasiado tarde para trabajar por Dios. Jesús está en su santo templo, y ahora aceptará nuestros sacrificios, nuestras oraciones y la confesión de nuestras faltas y pecados, y perdonará todas las transgresiones de Israel, de modo que queden borradas antes de salir él del santuario. Y entonces los santos y justos seguirán siendo santos y justos, porque todos sus pecados habrán quedado borrados y recibirán ellos el sello del Dios vivo; pero quienes sean injustos e impuros, seguirán también siendo injustos e impuros, porque ya no habrá en el santuario sacerdote que ofrezca ante el trono del Padre las oraciones, sacrificios y confesiones de ellos. Por lo tanto, lo que deba hacerse para salvar almas de la inminente tormenta de ira, ha de ser hecho antes de que Jesús salga del lugar santísimo del santuario celeste.

Capítulo 16

A la pequeña Grey

Queridos hermanos: Voy a referir una visión que me dió el Señor el 26 de enero de 1850. Vi que algunos de los hijos de Dios están amodorrados, soñolientos o despiertos tan sólo a medias, sin advertir en qué tiempo vivimos ... ni el peligro que corren algunos en cuanto a ser arrebatados. Le rogué a Jesús que los salvara, que les dejase un poco más de tiempo para que vieran el peligro y se prepararan antes de que fuese para siempre demasiado tarde. El ángel dijo: "La destrucción viene como un violento torbellino." Le supliqué al ángel que se compadeciese y salvase a quienes amaban al mundo y estaban apegados a sus bienes, sin voluntad para desprenderse de ellos, y sacrificarse con el fin de que pudiesen mandar veloces mensajeros que alimentaran a las hambrientas ovejas que perecían por falta de nutrición espiritual.

Me fué tan penoso el espectáculo de las pobres almas moribundas por falta de la verdad presente, y el de algunos que a pesar de profesar creerla, las dejaban morir por no proporcionar los medios necesarios para proseguir la obra de Dios, que le rogué al ángel que lo apartara de mi vista. Vi que cuando la causa de Dios exigía de algunos el sacrificio de sus haciendas, como el joven que se llegó a Jesús (Mateo 19:16-22), se volvían tristes; pero que muy luego el inminente azote se descargaría sobre ellos y les arrebataría todas sus posesiones, y entonces sería ya demasiado tarde para sacrificar los bienes terrenos y allegar un tesoro en el cielo.

Vi después al glorioso Redentor, incomparablemente bello, que dejando su reino de gloria vino a este oscuro y desolado mundo para dar su preciosa sangre y morir, él, justo, por los injustos. Mientras estuvo cargado con la pesadumbre de los pecados del mundo, soportó las befas, escarnios, la trenzada corona de espinas y sudó gotas de sangre en el huerto. El ángel me preguntó: "¿ Por quién esto?" ¡Oh! yo veía y comprendía que era por nosotros; que por nuestros pecados sufrió todo aquello; y que con su preciosa sangre podía redimirnos para Dios.

Después vi de nuevo a quienes repugnaba destinar sus bienes terrenales a la salvación de las perecientes almas, enviándoles la verdad mientras Jesús permanecía ante el Padre ofreciendo por ellas su sangre, sufrimientos y muerte, y mientras los

mensajeros de Dios aguardan dispuestos a llevarles la salvadora verdad a fin de que reciban el sello del Dios vivo. Es muy deplorable que a algunos de los que profesan la verdad presente, les duela un sacrificio tan leve como entregar a los mensajeros el propio dinero de Dios, que él les concedió para que lo administrasen.

Otra vez se me apareció en sus sufrimientos el paciente Jesús, cuyo profundo amor le movió a dar la vida por los hombres. También vi la conducta de quienes, diciéndose ser discípulos de él, prefieren guardar los bienes terrenos a auxiliar la causa de salvación. El ángel preguntó: "¿Pueden éstos entrar en el cielo?" Otro ángel respondió: "¡No! ¡nunca, nunca, nunca! Quienes no hayan mostrado interés por la causa de Dios en la tierra, no podrán jamás cantar en el cielo el himno de amor redentor." Vi que la rápida obra que Dios estaba haciendo en la tierra iba pronto a ser abreviada en justicia, y que los mensajeros deben correr velozmente en busca de las descarriadas ovejas.

El potente zarandeo ha comenzado y proseguirá de suerte que aventará a cuantos se nieguen a alzarse gallardamente en favor de la verdad y sacrificarse por Dios y su causa. El ángel dijo: "¿Acaso os figuráis que alguien será obligado al sacrificio? No, no. Debe ser una ofrenda de libre voluntad. Se ha de vender todo para comprar el campo." Yo clamé a Dios en súplica para que perdonara a su pueblo, entre el cual había algunos desfallecidos y moribundos, pues vi que llegaban rápidamente los juicios del Todopoderoso y le rogué al ángel que hablara en su propio lenguaje a las gentes. Pero él respondió: "Todos los truenos y relámpagos del Sinaí no conmoverían a los incapaces de conmoverse por las evidentes verdades de la palabra de Dios, ni tampoco los despertaría el mensaje de un ángel."

Entonces contemplé la pureza y hermosura de Jesús. Su ropaje era más blanco que el blanco más deslumbrante. No hay lengua alguna que pueda describir su gloria y ensalzada hermosura. Todos cuantos guarden los mandamientos de Dios entrarán por las puertas en la ciudad, y tendrán derecho al árbol de la vida y estarán siempre en presencia de Jesús.

Se me señaló el caso de Adán y Eva en el Edén. Comieron de la fruta prohibida y fueron arrojados del jardín; y después la flamígera espada guardó el árbol de vida para que no participasen de su fruto y fuesen inmortales pecadores. El árbol de vida daba perpetua inmortalidad. Oí que el ángel preguntaba: "¿Quién de la familia de Adán ha

traspasado el círculo de la flamígera espada y participado del árbol de vida?" Y oí a otro ángel que contestaba: "Ninguno de la familia de Adán ha traspasado aquella flamígera espada ni ha participado del árbol; de modo que no hay pecador inmortal. El alma que pecare, ésa morirá de muerte eterna, una muerte que durará para siempre sin esperanza de resurrección, y entonces se apaciguará la ira de Dios.

"Los santos permanecerán en la ciudad santa y reinarán como reyes y sacerdotes por mil años. Entonces descenderá Jesús con los santos sobre el monte de las Olivas y el monte se hendirá para convertirse en dilatada llanura donde se asiente el paraíso de Dios. El resto de la tierra no quedará purificado hasta pasados los mil años, cuando resuciten los impíos y se congreguen en torno de la ciudad. Los pies de los malvados nunca profanarán la renovada tierra. Caerá fuego del Dios del cielo para devorarlos y quemarlos de rama y raíz. Satanás es la raíz y sus hijos las ramas. El mismo fuego que devore a los malvados purificará la tierra."

Ruego a Dios que mis hermanos se den cuenta de que el mensaje del tercer ángel significa mucho para nosotros, y que la observancia del verdadero día de reposo ha de ser la señal que distingue a aquellos que sirven a Dios de aquellos que no le sirven. Despiértense los que se volvieron soñolientos e indiferentes. Somos llamados a ser santos, y debemos evitar cuidadosamente de dar la impresión de que es de poca importancia que conservemos o no los rasgos peculiares de nuestra fe. Sobre nosotros recae la áurea obligación de sostener más decisivamente la verdad y la justicia que en lo pasado. La línea de demarcación entre quienes guardan los mandamientos y quienes no los guardan, se ha de revelar con claridad inequívoca.

Capítulo 17

Conmoción de las potestades del cielo

El 16 de diciembre de 1848, el Señor me dió una visión de la conmoción de las potestades del cielo. Vi que cuando el Señor dijo "cielo" al dar las señales indicadas por Mateo, Marcos y Lucas, significaba cielo, y cuando dijo "tierra" significaba la tierra. Las potestades del cielo son el sol, la luna y las estrellas. Gobiernan en los cielos. Las potestades terrenas son las que gobiernan en la tierra. Las potestades del cielo se conmoverán a la voz de Dios. Entonces el sol, la luna y las estrellas se desquiciarán de su asiento. No se aniquilarán sino que se conmoverán a la voz de Dios.

Sobrevinieron sombrías y densas nubes que se entrechocaban unas con otras. La atmósfera se partió, arrollándose hacia atrás, y entonces pudimos mirar a través del espacio abierto de Orión de donde salió la voz de Dios. Por aquel espacio abierto descenderá la santa ciudad de Dios. Vi que ahora se están conmoviendo las potestades de la tierra, y que los acontecimientos ocurren en orden. Guerras, rumores de guerra, espada, hambre y peste conmueven primero las potestades de la tierra, y después la voz de Dios conmoverá el sol, la luna, las estrellas y también la tierra. Vi que la conmoción de las potencias europeas no es, como algunos enseñan, la conmoción de las potestades del cielo, sino la de las airadas naciones.

"Así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cercano, a las puertas. De cierto os digo, que no pasará esta generación, que todas estas cosas no acontezcan. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán." Mateo 24:33-35.

Capítulo 18

Preparación para el fin

El 14 de mayo de 1851, vi la hermosura y belleza de Jesús. Al contemplar su gloria, no se me ocurrió el pensamiento de que pudiera verme separada para siempre de su presencia. Vi una luz que irradiaba del resplandor que circuía al Padre, y al acercarse a mí la luz, se estremeció mi cuerpo y temblé como las hojas. Creí que si se me acercaba perdería la existencia; pero la luz pasó de largo. Entonces tuve algún concepto del grande y terrible Dios con quien hemos de tratar. Entonces comprendí cuán débil idea tienen algunos de la santidad de Dios, y cuán mucho toman su santo y venerado nombre en vano, sin advertir que hablan de Dios, del grande y terrible Dios. Mientras oran, emplean algunas expresiones irreverentes y descuidadas que agravian al tierno Espíritu del Señor y motivan que sus peticiones no lleguen al cielo.

También vi que muchos ignoran lo que deben ser a fin de vivir a la vista del Señor durante el tiempo de angustia, cuando no haya Sumo Sacerdote en el santuario. Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia deben reflejar plenamente la imagen de Jesús.

Vi que muchos descuidaban la preparación necesaria, esperando que el tiempo del "refrigerio" y la "lluvia tardía" los preparase para sostenerse en el día del Señor y vivir en su presencia. ¡Oh! ¡y a cuántos vi sin amparo en el tiempo de angustia! Descuidaron la necesaria preparación, y por lo tanto, no podían recibir el refrigerio indispensable de un Dios santo. Quienes se nieguen a ser tallados por los profetas y no obedezcan la entera verdad para purificar su corazón, y presuman ser de mucho mejor condición de la que son realmente, llegarán al tiempo de las plagas, y entonces echarán de ver que les hubiera sido necesario que los tallasen y escuadrasen para la edificación. Pero entonces no habrá ya tiempo para ello ni tampoco Mediador que abogue por ellos ante el Padre. Antes de este tiempo se ha promulgado la solemne declaración que dice: 'El que es injusto, sea injusto todavía: y el que es sucio, ensúciese todavía: y el que es justo, sea todavía justificado: y el santo sea santificado todavía.' Apocalipsis 22:11. Vi que nadie podía participar del "refrigerio" a menos de vencer todas las tentaciones y triunfar contra el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y toda palabra y obra mala. Por lo tanto, debemos nosotros acercarnos más y más al Señor y buscar anhelosamente la

preparación necesaria que nos habilite para permanecer firmes en la batalla, el día del Señor. Recuerden todos que Dios es santo y que únicamente seres santos podrán morar alguna vez en su presencia.

Capítulo 19

Lucha con la pobreza

El 26 de agosto de 1847, nació en Gorham (Maine) nuestro hijo primogénito Enrique Nicolás White. En el mes de octubre, el Hno. y la Hna. Howland, de Topsham, nos ofrecieron amablemente una parte de su casa que nosotros aceptamos gozosos, y nos instalamos con muebles prestados. Eramos pobres y preveíamos tiempos difíciles. Habíamos resuelto no depender de manos ajenas sino valernos por nosotros mismos, y tener algo con que ayudar al prójimo. Sin embargo, no prosperamos. Mi marido trabajaba penosamente en acarrear piedra para la vía férrea, pero no pudo obtener lo que se le debía por su labor. Los Hnos. Howland compartían generosamente con nosotros cuanto les era posible; pero también ellos pasaban penurias. Creían plenamente en el primer mensaje y en el segundo, y liberalmente contribuyeron con su hacienda al adelanto de la obra hasta verse precisados a vivir de su trabajo diario.

Mi esposo dejó de acarrear piedra y con su hacha se fué al bosque para cortar leña. Fatigosamente trabajaba desde el alba al obscurecer, ganando con ello unos cincuenta centavos diarios. No obstante, nos esforzamos en mantenernos de buen ánimo y en confiar en el Señor. Yo no murmuré. Por la mañana, daba gracias a Dios de que nos hubiese conservado la vida durante otra noche, y por la noche le agradecía que nos hubiese guardado durante otro día.

Un día en que no teníamos nada para comer, mi esposo se fué a pedirle al que le ocupaba, dinero o subsistencias. El día era tormentoso y hubo de andar tres millas (cinco kilómetros) de ida y otras tantas de vuelta bajo la lluvia. Vino a casa cargado con un saco de provisiones dividido en diferentes compartimientos, y así cruzó por el pueblo de Brunswick donde a menudo había dado conferencias. Al verle entrar en casa, muy fatigado, sentí desfallecer el corazón. Mi primera idea fué que Dios nos había desamparado. Le dije a mi esposo: "¿A esto hemos llegado? ¿Nos ha dejado el Señor?" No pude contener las lágrimas, y lloré amargamente largo rato hasta desmayarme. Oraron por mí. Pronto noté la placentera influencia del Espíritu de Dios y deploré haber cedido al desaliento. Nosotros deseamos seguir e imitar a Cristo, pero a veces desfallecemos bajo el peso de las pruebas y nos distanciamos de él. Los sufrimientos y las pruebas nos acercan a Jesús. El crisol consume las escorias y abrillanta el oro.

Por entonces se me mostró que el Señor nos había estado probando para nuestro bien, a fin de prepararnos para trabajar en favor del prójimo; que él había perturbado nuestra tranquilidad para que no nos asentáramos con desahogo en nuestro hogar. Nuestra labor había de emplearse en bien de las almas, y si hubiésemos prosperado, nos hubiera parecido tan agradable el hogar que no hubiéramos querido abandonarlo. Dios permitió las pruebas a fin de prepararnos para conflictos todavía más graves con que íbamos a tropezar en nuestros viajes. Pronto recibimos cartas de hermanos que vivían en diferentes estados y nos invitaban a visitarlos. Pero no teníamos recursos para salir del estado en que nos hallábamos. Contestamos que el camino no estaba abierto delante de nosotros. Me parecía imposible viajar con mi hijito, y además no queríamos depender de nadie, y cuidábamos de vivir según nuestros medios, resueltos a sufrir antes de contraer deudas.

Antes de mucho, nuestro pequeño Enrique cayó enfermo y empeoró tan rápidamente que nos alarmamos mucho. Yacía sin conocimiento; su respiración era agitada y penosa. Le dimos remedios, pero sin éxito. Llamamos entonces a una persona de experiencia en cuanto a enfermedades, y nos dijo que era dudoso que se restableciese. Habíamos orado por él, pero no había cambio. Habíamos hecho del niño una excusa para no viajar ni trabajar por el bien de otros, y temíamos que el Señor nos lo fuera a quitar. Una vez más acudimos al Señor para suplicarle que se compadeciese de nosotros y perdonase la vida al niño, comprometiéndonos solemnemente a salir confiados en Dios, para ir dondequiera que nos enviase.

Nuestras peticiones fueron hechas con fervor y en agonía mental. Por la fe nos acogimos a las promesas de Dios, y creímos que él oía nuestros clamores. La luz del cielo atravesó las nubes y resplandeció sobre nosotros. Nuestras oraciones recibieron misericordiosa respuesta. Desde aquella hora, el niño empezó a restablecerse.

Primera visita a Connecticut

Mientras estábamos en Topsham recibimos una carta del Hno. E. L. H. Chamberlain, de Middletown (Connecticut), en la que nos invitaba a asistir a una conferencia que iba a celebrarse en dicho estado en abril de 1848. Resolvimos ir si podíamos obtener los medios. Mi esposo ajustó cuentas con su patrón y resultó que acreditaba de éste diez dólares. Con cinco de ellos compré prendas de vestir, de que

estábamos muy necesitados, y después remendé el gabán de mi esposo, añadiendo pedazos hasta en los parches ya puestos, a tal punto que era difícil reconocer cual había sido el primitivo paño de las mangas. Con los otros cinco dólares nos costeamos el viaje hasta Dorchester (Massachusetts).

Nuestro baúl contenía casi todo cuanto poseíamos en la tierra; pero en cambio gozábamos de placidez de ánimo y tranquilidad de conciencia, cosas que apreciábamos mucho más que las comodidades mundanas.

En Dorchester fuimos a visitar al Hno. Otis Nichols, y al despedirnos, la Hna. Nichols le dió a mi esposo cinco dólares con los que costeamos el viaje hasta Middletown (Connecticut). En Middletown éramos forasteros, pues nunca habíamos visto a ninguno de los hermanos de Connecticut. Sólo nos quedaban cincuenta centavos de nuestro dinero. Mi esposo no se atrevió a gastarlos en alquilar un carruaje, por lo que, dejando el baúl sobre un montón de tablones que había en un depósito de madera cercano, nos fuimos en busca de alguien de nuestra fe. Pronto encontramos al Hno. Chamberlain, quien nos llevó a su casa.

La conferencia de Rocky Hill

La conferencia de Rocky Hill se celebró en un espacioso aposento desamueblado de la casa del Hno. Alberto Belden. En una carta dirigida por mi esposo al Hno. Stockbridge Howland le decía lo siguiente acerca de la reunión.

"El 20 de abril, el Hno. Belden envió su coche de dos caballos a Middletown para recogernos a nosotros y a los demás hermanos de la población. Llegamos a este lugar cerca de las cuatro de la tarde, y al cabo de pocos minutos llegaron los Hnos. Bates y Gurney. Aquella tarde tuvimos una reunión de unas quince personas. El viernes, sin embargo, llegaron más hermanos, hasta alcanzar el número a cincuenta, pero no todos habían aceptado por completo la verdad. Fué muy interesante la reunión de aquel día. El Hno. Bates explicó claramente los mandamientos, cuya importancia quedó señaladamente impresa en el corazón de los presentes por medio de valiosos testimonios. La predicación tuvo por efecto confirmar en la verdad a quienes ya la profesaban, y estimular a quienes aun no se habían resuelto por completo.

Conferencia de Volney (Nueva York)

Dos años antes se me había mostrado que algún día visitaríamos el occidente del Estado de Nueva York. Y ahora, poco después de concluída la conferencia de Rocky Hill, recibimos la invitación para asistir a la reunión general que en el mes de agosto debía celebrarse en Volney (Nueva York). El Hno. Hiram Edson nos escribió diciéndonos que la mayoría de los hermanos eran pobres, y en consecuencia no podía prometer que hicieran mucho para sufragarnos la estancia, pero que harían cuanto estuviera en su mano. Carecíamos de recursos para el viaje y mi esposo andaba mal de salud: pero se le deparó ocasión de trabajar en la siega del heno, y aceptó este trabajo.

Pareció entonces que debíamos vivir por fe. Al levantarnos cada mañana, nos arrodillábamos junto a la cama, rogando a Dios que nos diera fuerzas para trabajar durante el día, y no podíamos quedar satisfechos sin la seguridad de que Dios había oído nuestras oraciones. Después se iba mi esposo a manejar la guadaña con las fuerzas que le daba Dios. Al volver a casa por la noche, rogábamos de nuevo a Dios que le diera fortaleza para obtener recursos con que difundir la verdad. En una carta escrita al Hno. Howland con fecha 2 de julio de 1848, decía lo siguiente acerca de esta experiencia:

"Hoy está lloviendo, y, por lo tanto, no corto heno, ni tampoco escribiría. Siego cinco días para los incrédulos y el domingo para los creyentes, y descanso el séptimo día, por lo que me queda muy poco tiempo para escribir. ... Dios me da fuerzas para trabajar con firmeza todo el día. Los Hnos. Holt, Juan Belden y yo hemos contratado cien acres de hierba para segar (unas cuarenta hectáreas) al precio de ochenta y siete centavos y medio el acre (unos cuatro mil metros cuadrados), quedando a nuestro cargo la manutención. ¡Alabado sea Dios! Espero reunir unos cuantos dólares para emplearlos en la causa del Señor."

De su trabajo en la corta de heno obtuvo mi esposo cuarenta dólares, con los que, después de comprar alguna ropa, había lo suficiente para ir a la parte occidental del estado de Nueva York y regresar.

Estaba yo quebrantada de salud y me era imposible viajar y cuidar a mi pequeñuelo Enrique que entonces tenía diez meses. Así que lo dejamos en Middletown confiado a la Hna. Clarisa Bonfoey. Dura prueba era para mí separarme de mi hijo; pero no consentimos que nuestro cariño hacia él nos apartara de la senda del deber. Jesús dió su vida para salvarnos. ¡Cuán pequeño es cualquier sacrificio que podamos hacer

comparado con el suyo!

Nuestra primera reunión general en el occidente del estado de Nueva York, comenzó el 18 de agosto de 1848, en Volney, en la granja del Hno. David Arnold. Concurrieron unas treinta y cinco personas,--todos los amigos que pudieron reunirse en aquella parte del estado; pero de los treinta y cinco apenas había dos de la misma opinión, porque algunos sustentaban graves errores y cada cual defendía tenazmente su peculiar criterio diciendo que estaba de acuerdo con la Biblia.

Esta extraña diferencia de opinión me causó mucha pesadumbre, pues vi que se presentaban como verdades muchos errores. Me pareció que con ello quedaba Dios deshonrado. Apenóse grandemente mi ánimo y me desmayé bajo el pesar. Algunos me creyeron moribunda. Los Hnos. Bates, Chamberlain, Gurney, Edson y mi esposo oraron por mí. El Señor escuchó las oraciones de sus siervos y reviví.

Entonces me iluminó la luz del cielo y muy luego perdí de vista las cosas de la tierra. Mi ángel guiador me presentó algunos de los errores profesados por los concurrentes a la reunión, y también me presentó la verdad en contraste con sus errores. Los discordes criterios, que a ellos les parecían conformes con las Escrituras, eran tan sólo su opinión personal acerca de las enseñanzas bíblicas, y se me ordenó decirles que debían abandonar sus errores y unirse acerca de las verdades del mensaje del tercer ángel. Nuestra reunión terminó victoriosamente. Triunfó la verdad. Nuestros hermanos renunciaron a sus errores y se unieron en el mensaje del tercer ángel; y Dios los bendijo abundantemente y añadió muchos otros a su número.

De Volney pasamos a Port Gibson, distante veinte leguas, para estar allí, según compromiso anteriormente contraído, los días 27 y 28 de agosto. "En nuestro viaje--escribió mi esposo en una carta fechada el 26 de agosto y dirigida al Hno. Hastings,--nos detuvimos en casa del Hno. Snow en Hannibal. Hay allí ocho o diez preciosas almas. Los Hnos. Bates, Simmons y Edson con su esposa, se quedaron toda la noche con ellas. Por la mañana Elena fué arrebatada en visión, y mientras estaba en visión entraron todos los hermanos. Uno de ellos no estaba de acuerdo con nosotros acerca del sábado, pero era humilde y bueno. En su visión Elena se levantó, tomó la Biblia grande, la sostuvo ante el Señor, habló de ella, luego la llevó a ese humilde hermano, y se la puso en los brazos. El la tomó mientras le caían las lágrimas sobre el pecho. Luego, Elena vino y se sentó a mi lado. Estuvo en visión una hora y media, durante la cual no

respiró en absoluto. Fueron momentos conmovedores. Todos lloraron mucho de gozo. Dejamos al Hno. Bates con aquellas personas, y vinimos acá con el Hno. Edson."

Capítulo 20

Providencias alentadoras

Nuevamente se me exigió la abnegación personal en bien de las almas. Hubimos de sacrificar la compañía de nuestro pequeñuelo Enrique, y salir a entregarnos incondicionalmente a la obra. Mi salud estaba quebrantada, y de llevarme al niño, hubiera tenido que emplear en su cuidado mucha parte de mi tiempo. Ello era una prueba muy dura, pero no me atreví a que mi hijo fuera una dificultad en el camino del deber. Yo creía que el Señor nos lo había conservado cuando estuvo muy enfermo y que, si yo consentía en que me impidiese cumplir con mi deber, Dios me lo quitaría. Sola ante el Señor, con el corazón contristado, y deshecha en lágrimas, hice el sacrificio, y entregué al cuidado ajeno a mi único hijo.

Dejamos a Enrique con la familia del Hno. Howland, en quien teníamos absoluta confianza. Gustosos aceptaron la carga a fin de que nosotros quedáramos en la mayor libertad posible para trabajar por la causa de Dios. Comprendíamos que la familia Howland podría cuidar de Enrique mucho mejor que si nosotros nos lo llevásemos en nuestros viajes. Sabíamos que le sería beneficioso permanecer en un hogar honrado y sujeto a firme disciplina, para que no sufriese menoscabo su apacible temperamento.

Me fué penoso separarme de mi hijo. Día y noche se me representaba la tristeza de su carita cuando le dejé; pero con la fortaleza del Señor logré apartar aquel recuerdo de mi mente y procuré beneficiar al prójimo.

Durante cinco años estuvo Enrique al entero cuidado de la familia del Hno. Howland. Cuidaron de él sin recompensa alguna, proveyéndole también de ropas, excepto las que yo le regalaba una vez al año, como Ana hizo con Samuel.

Curación de Gilberto Collins

Una mañana de febrero de 1849, mientras la familia del Hno. Howland estaba en oración, se me mostró que debíamos ir a Darmouth (Massachusetts). Poco después, mi esposo fué a la oficina de correos y trajo una carta del Hno. Felipe Collins, quien nos instaba a ir a Darmouth, porque su hijo estaba muy enfermo. Fuimos inmediatamente y

encontramos que el muchacho, de trece años de edad, había estado nueve semanas con la tos convulsa y se había quedado como esqueleto. Los padres le creían atacado de tuberculosis y se desconsolaban muchísimo al pensar que pudiesen perder a su único hijo.

Nos unimos en oración por el muchacho, rogando fervorosamente al Señor que le conservase la vida. Creíamos que sanaría, aunque todas las apariencias eran de que no podría ponerse bueno. Mi marido lo levantó en brazos, y lo paseó por el aposento exclamando: "¡No morirás, sino que vivirás!" Creíamos que Dios sería glorificado por su curación.

Salimos de Darmouth y estuvimos ocho días ausentes. Al volver, vino a recibirnos el pequeño Gilberto, que había ganado cerca de dos kilos de peso. Encontramos a los padres muy regocijados en Dios por aquella manifestación del favor divino.

Curación de la Hna. Temple

Recibimos un requerimiento para visitar a la Hna. Hastings, de Nueva Ipswich (Nueva Hampshire). Dicha hermana estaba afligidísima, y luego de haber orado acerca del asunto, obtuvimos la prueba de que el Señor iría con nosotros. En el viaje, nos detuvimos en Dorchester, con la familia del Hno. Otis Nichol, quien nos informó de la aflicción de la Hna. Temple de Boston, la cual tenía en el brazo una llaga que le causaba viva ansiedad, pues se había extendido por el repliegue del codo, ocasionándole mucha angustia, sin que de nada valieran los remedios humanos a que había acudido. El último esfuerzo había hecho pasar la enfermedad a los pulmones, y la asaltaba el temor de que degenerase en tuberculosis, a menos que obtuviese inmediato remedio.

La Hna. Temple había encargado que se nos dijera que fuéramos a orar por ella. Fuimos temblorosos, pues en vano habíamos impetrado la seguridad de que Dios obraría en su beneficio. Entramos en el aposento de la enferma, confiando tan sólo en las patentes promesas de Dios. La Hna. Temple tenía el brazo en tal estado, que no pudimos tocárselo y hubimos de verter el aceite sobre él. Después nos unimos en oración y reivindicamos las promesas de Dios. Durante la oración, cesaron los dolores del brazo, y dejamos a la Hna. Temple muy alegre en el Señor. A nuestra vuelta, ocho días más tarde, la encontramos en buena salud y lavando de firme en la artesa.

La familia de Leonardo Hastings

Encontramos profundamente afligida a la familia del Hno. Leonardo Hastings, cuya esposa salió a recibirnos con lágrimas, exclamando: "El Señor os envía en un momento de grandísima necesidad." Tenía un pequeñuelo de ocho semanas que, cuando despierto, lloraba sin cesar; y esto extenuaba las fuerzas de la madre, pues, además, ella era de precaria salud.

Oramos fervientemente a Dios por la madre, siguiendo las instrucciones del apóstol Santiago y tuvimos la seguridad de que nuestras oraciones eran oídas. Jesús estaba en medio de nosotros para quebrantar el poder de Satanás y librar al cautivo. Pero también teníamos la seguridad de que la madre no recobraría muchas fuerzas hasta que cesaran los llantos de la criatura. Ungimos al niño con aceite y oramos por él, creyendo que el Señor concedería paz y sosiego a la madre y al niño. Así sucedió. Cesaron los llantos del niño y los dejamos a los dos en buena salud. La madre no sabía cómo expresar su agradecimiento.

Nuestro trato con aquella querida familia fué muy valioso. Nuestros corazones quedaron unidos y especialmente el de la Hna. Hastings con el mío como el de David con el de Jonatán. Nuestra unión no se perturbó en toda su vida.

Aguas vivas--Un sueño

Mi esposo asistió a ciertas reuniones en Nueva Hampshire y Maine. Durante su ausencia estaba yo muy conturbada por temor de que se contagiase del cólera, a la sazón prevaleciente. Pero una noche, soñé que mientras a nuestro alrededor morían muchos del cólera, mi marido propuso que fuéramos a dar un paseo. Durante el paseo, observé que él tenía los ojos inyectados de sangre, el rostro encendido y los labios pálidos. Le manifesté mis temores de que fuese fácil presa del cólera, y él me dijo: "Andemos un poco más, y te enseñaré un seguro remedio para el cólera."

Anduvimos algo más hasta llegar a un puente tendido sobre un río, y de pronto se arrojó mi esposo a las aguas y desapareció de mi vista. Quedé asustada; pero no tardó en resurgir con un vaso de centelleante agua en la mano. La bebió, diciendo: "Esta agua cura todas las enfermedades." Sumergióse de nuevo en el río y sacó otro vaso de

límpida agua, que alzó repitiendo las mismas palabras.

Me entristecí porque no me había ofrecido de aquella agua, y él me dijo:

En el fondo de este río hay un manantial secreto que cura toda clase de enfermedades, y quien de sus aguas quiera beber ha de sumergirse en persona. Nadie puede obtenerla por mano ajena."

Según bebía mi esposo el vaso de agua, le miraba el semblante. Su complexión era natural y gallarda. Denotaba salud y vigor. Al despertarme, se habían disipado todos mis temores, y confié a mi esposo al cuidado de un Dios misericordioso, creyendo firmemente que me lo devolvería sano y salvo.

En la edificación de su obra, el Señor no presenta siempre todo de un modo claro para sus siervos. Algunas veces pone a prueba la confianza de su pueblo, haciéndole adelantar por la fe. A menudo lo pone en estrecheces, invitándole a adelantar cuando sus pies parecen estar tocando las aguas del mar Rojo. En tales ocasiones, cuando las oraciones de sus siervos ascienden a él en ferviente fe, es cuando abre el camino delante de ellos, y los saca a un lugar espacioso.

El Señor quiere que en estos tiempos sus hijos crean que él hará para ellos tan grandes cosas como hizo para los israelitas en su viaje de Egipto a Canaán. Hemos de tener una fe educada que no vacilará en seguir sus instrucciones en las experiencias más difíciles. "Id adelante," es la orden de Dios a su pueblo. Y la fe y alegre obediencia son necesarias para que se verifiquen los designios del Señor.

Capítulo 21

Oración y fe

La verdadera fe demanda y recibe la prometida bendición antes de comprenderla y sentirla. Debemos enviar nuestras peticiones al lugar santísimo con tal fe que ésta dé por recibidos los prometidos beneficios y los considere ya suyos. Entonces hemos de creer que recibiremos la bendición, porque nuestra fe ya se la apropió, y, según la Palabra, es nuestra. "Por tanto, os digo que todo lo que orando pidiereis, creed que lo recibiréis, y os vendrá." Marcos 11:24. Esto es fe, fe desnuda, fe pura; creer que recibiremos la bendición aun antes de efectivamente recibirla. Cuando la prometida bendición se siente y disfruta, la fe queda anonadada. Pero algunos suponen que tienen mucha fe cuando participan grandemente del Espíritu Santo, y que no pueden tener fe a menos que sientan el poder del Espíritu. Estos confunden la fe con la bendición dimanante de la fe.

Precisamente el tiempo más a propósito para ejercer fe es cuando nos sentimos privados del Espíritu. Cuando densas y tenebrosas nubes obscurecen la mente, entonces es hora de dejar que la fe viva atraviese las tinieblas y disipe las nubes.

La verdadera fe descansa en las promesas contenidas en la palabra de Dios y únicamente quienes obedezcan a esta Palabra pueden pretender sus gloriosas promesas. "Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiereis, y os será hecho." Juan 15:7. "Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él." 1 Juan 3:22.

Debemos orar mucho en secreto. Cristo es la vid, y nosotros los sarmientos. Para creer y fructificar, hemos de absorber continuamente nutritiva savia de la viviente Vid, porque separados de la vid no tendremos fuerza.

Le pregunté al ángel por qué no había más fe y poder en Israel. Me respondió: "Soltáis demasiado pronto el brazo del Señor. Asediad al trono con peticiones, y persistid en ellas con firme fe. Las promesas son ciertas. Creed que vais a recibir lo que pidáis y lo recibiréis." Se me presentó, entonces, el caso de Elías, quien estaba sujeto a

las mismas pasiones que nosotros y oraba fevorosamente. Su fe soportó la prueba. Siete veces oró al Señor y por fin vió la nubecilla.

Vi que habíamos dudado de la seguridad de la promesa y ofendido al Salvador con nuestra falta de fe. El ángel dijo: "Cíñete la armadura y, sobre todo, toma el escudo de la fe que resguardará tu corazón, tu vida toda, de los furiosos dardos de los malvados." Si el enemigo logra que los abatidos aparten sus ojos de Jesús, se miren a sí mismos y fijen sus pensamientos en su indignidad en vez de fijarlos en los méritos, amor y compasión de Jesús, él los despojará del escudo de la fe; y ellos quedarán expuestos a violentas tentaciones. Por lo tanto, los débiles han de volver los ojos hacia Jesús y creer en él. Entonces ejercitarán la fe.

Capítulo 22

Principios de la obra de publicación

En una asamblea celebrada en Dorchester (Massachusetts), en noviembre de 1848, se me había mostrado la proclamación del mensaje del sellamiento, y el deber en que estaban los hermanos de difundir la luz que alumbraba nuestro sendero.

Después de la visión, le dije a mi esposo: "Tengo un mensaje para ti. Has de imprimir un pequeño periódico y repartirlo entre las gentes. Aunque al principio sea pequeño, cuando las gentes lo lean, te enviarán recursos para imprimirlo y tendrá éxito desde el principio. Se me ha mostrado que de este modesto comienzo brotarán raudales de luz que han de circuir el globo."

Mientras estábamos en Connecticut, en el verano de 1849, mi esposo sintió el profundo convencimiento de que le había llegado la hora de escribir y publicar la verdad presente. Recibió mucho aliento y bendición al resolverse a ello. Pero cayó de nuevo en duda y perplejidad al considerar que no tenía dinero. Quienes contaban con recursos preferían guardárselos. Por fin, desalentado, renunció a la empresa y resolvióse a ir en busca de un campo de heno para comprometerse a cortarlo con la guadaña.

Al marchar mi esposo de casa, sentí que me sobrecogía un gran peso, y quedé desvanecida. Oraron por mí y Dios me bendijo, arrebatándome en visión. Vi que el Señor había bendecido y dado fuerzas a mi esposo para trabajar en el campo un año antes; que había empleado provechosamente los recursos obtenidos de su trabajo; que recibiría el ciento por uno en esta vida, y, si era fiel, una copiosa recompensa en el reino de Dios; pero que el Señor no quería ahora darle fuerzas para trabajar en el campo, porque lo tenía destinado a otra labor, y que si se aventuraba a ir a cortar heno, habría de dejarlo porque caería enfermo, pues debía escribir, escribir y avanzar por fe. Inmediatamente se puso a escribir, y cuando llegaba a un pasaje difícil, nos uníamos en oración a Dios para comprender el verdadero significado de su Palabra.

"La verdad presente"

Un día de julio, mi esposo trajo a casa desde Middletown mil ejemplares del

primer número de su periódico. Mientras se compusiera el original, había recorrido varias veces a pie, ida y vuelta, la distancia de trece kilómetros que nos separaba de Middletown; pero aquel día le pidió prestado al Hno. Belden un cochecito con su caballo para llevar a casa los ejemplares del periódico.

Traídas a la casa las valiosas hojas impresas, las pusimos en el suelo, y luego se reunió alrededor un pequeño grupo de personas interesadas. Nos arrodillamos junto a los periódicos y, con humilde corazón y muchas lágrimas, suplicamos al Señor que otorgase su bendición a aquellos impresos mensajeros de la verdad.

Después que hubimos plegado los periódicos, mi esposo los envolvió en fajas dirigidas a cuantas personas él pensaba que los leerían, puso el conjunto en un maletín, y a pie se los llevó a la administración de correos de Middletown.

Durante los meses de julio, agosto y septiembre, se imprimieron en Middletown cuatro Números del periódico, de ocho páginas cada uno. Antes de mandar los ejemplares al correo, los extendíamos siempre ante el Señor y ofrecíamos a Dios fervorosas oraciones mezcladas con lágrimas para que derramase sus bendiciones sobre los callados mensajeros. Pero después de publicar el primer número, recibimos cartas con recursos destinados a continuar publicando el periódico, así como también recibimos las buenas noticias de que muchas almas abrazaban la verdad.

El comienzo de esta obra de publicaciones no nos estorbó en nuestra tarea de predicar la verdad, sino que íbamos de población en población, proclamando las doctrinas que tanta luz y gozo nos habían dado, alentando a los creyentes, corrigiendo errores y poniendo en orden las cosas de la iglesia. A fin de llevar adelante la empresa de publicaciones y al propio tiempo proseguir nuestra labor en diferentes partes del campo, el periódico se trasladaba de cuando en cuando a distintas poblaciones.

Visita al Maine

El 28 de julio de 1849, nació mi segundo hijo, Jaime Edson White. Cuando contaba seis semanas fuimos al estado del Maine, y el 14 de septiembre asistimos a una reunión en París. Estaban presentes los Hnos. Bates, Chamberlain, Ralph y otros hermanos y hermanas de Topsham. El poder de Dios descendió a la manera del día de Pentecostés, y cinco o seis de los que por engaño se habían extraviado en el error y

fanatismo, cayeron postrados en el suelo. Los padres se confesaron con sus hijos, los hijos con los padres, y cada uno con otro. El Hno. J. N. Andrews exclamó con profundo sentimiento: "Yo cambiaría mil errores por una verdad." Raras veces habíamos presenciado una tal escena de confesión y de súplica a Dios en demanda de perdón. Aquella reunión fué para los hijos de Dios residentes en París el comienzo de mejores días y como un oasis en el desierto. El Señor colocaba al Hno. Andrews en condiciones de ser útil en el porvenir, y le daba una experiencia que había de valerle mucho en sus futuras tareas.

Adelantando por fe

En una reunión celebrada en Topsham, algunos de los hermanos allí presentes manifestaron su deseo de que volviéramos a visitar el estado de Nueva York; pero mi salud quebrantada oprimía tanto mi ánimo que les respondí que no me aventuraría al viaje a menos que el Señor me diese fuerzas para cumplir la tarea. Oraron por mí, y se disiparon las nubes, aunque no cobré las fuerzas que tanto deseaba. Sin embargo, resolví peregrinar por fe y aferrarme a la promesa: "Bástate mi gracia."

Durante el viaje a Nueva York nuestra fe fué puesta a prueba, pero obtuvimos la victoria. Creció mi fortaleza, y me regocijé en Dios. Muchos habían abrazado la verdad desde nuestra primera visita, mas aun quedaba no poco que hacer por ellos, siendo necesaria toda nuestra energía para la obra según se iba abriendo ante nosotros.

Labores en Oswego

En los meses de octubre y noviembre de 1849, mientras viajábamos, había quedado en suspenso la publicación del periódico, aunque mi esposo todavía experimentaba el deber de redactarlo y publicarlo. Alquilamos una casa en Oswego (Nueva York), con muebles prestados de nuestros hermanos y nos instalamos en ella. Allí mi esposo escribía, publicaba y predicaba.

Capítulo 23

Visitando a los hermanos

Mientras estábamos en Oswego (Nueva York), a principios del año 1850, se nos invitó a ir a Camden (Nueva York), población situada a unos sesenta y cuatro kilómetros más al este. Antes de emprender el viaje, se me mostró la pequeña compañía de creyentes que allí había, y entre ellos vi a una mujer que aparentaba hipócritamente mucha piedad y engañaba al pueblo de Dios.

La asamblea de Camden

El sábado por la mañana se reunieron unos cuantos para el culto, pero la engañosa mujer no estaba presente. Le pregunté a una hermana si todos los creyentes estaban presentes y me respondió que sí. La mujer a quien yo había visto en visión vivía a casi siete kilómetros del lugar y la hermana no pensó en ella. Pero muy luego vino, e inmediatamente reconocí en ella a la mujer cuyo verdadero carácter me había mostrado el Señor.

Durante la asamblea, habló la mujer largo rato, diciendo que tenía perfecto amor y gozaba santidad de corazón, que no tenía pruebas ni tentaciones, sino que disfrutaba de perfecta paz y se sometía a la voluntad de Dios.

Al salir de la asamblea, volví a casa del Hno. Preston muy entristecida. Aquella noche soñé que un gabinete secreto lleno de inmundicia se abría ante mis ojos, y se me dijo que había de limpiarlo. A la luz de una lámpara quité la inmundicia, y les dije a quienes estaban conmigo que el gabinete había de llenarse con objetos más valiosos.

El domingo por la mañana nos reunimos con los hermanos, y mi esposo se levantó a predicar sobre la parábola de las diez vírgenes. No tenía facilidad de palabra y propuso que orásemos un rato. Nos inclinamos ante el Señor y nos pusimos a orar fervorosamente. Desvaneciósese la negra nube y fuí arrebatada en visión, y otra vez se me mostró el caso de aquella mujer. La veía en completas tinieblas. Jesús miraba ceñudamente hacia ella y su esposo. Aquel temible ceño me hizo temblar. Vi que la mujer obraba hipócritamente, pues fingía santidad mientras que su corazón estaba del

todo corrompido.

Al salir de la visión, relaté temblorosa, pero fielmente, lo que había visto. La mujer dijo sin turbarse: "Me alegro de que el Señor conoce mi corazón y sabe que le amo. Si Vds. pudieran escudriñar en mi corazón, verían que es puro y limpio."

Algunos de los presentes vacilaban en su ánimo. No sabían si creer lo que el Señor me había mostrado, o si dejar que las apariencias venciesen al testimonio que yo había dado.

Poco después de esto, la mujer se sintió sobrecogida de un miedo terrible. Llena de horror, empezó a confesar. Fué de casa en casa entre sus incrédulos vecinos confesando que el hombre con quien vivía desde muchos años hacía no era su marido, sino que había huido de Inglaterra abandonando a su verdadero esposo y a un hijo. Confesó muchas otras maldades. Su arrepentimiento parecía sincero y en varias ocasiones restituyó lo que había tomado injustamente.

Esta experiencia tuvo por efecto que nuestros hermanos de Camden y sus vecinos, creyeran firmemente que Dios me había revelado cuanto dije, y que por amor y misericordia se les había dado el mensaje para salvarlos de la decepción y de nocivo error.

En Vermont

En la primavera de 1850 resolvimos visitar Vermont y Maine. Dejé a mi pequeño Edson, a la sazón de nueve meses de edad, al cuidado de la Hna. Bonfoey, mientras seguíamos adelante para cumplir la voluntad de Dios. Trabajamos de firme, sufriendo muchas privaciones para lograr muy poco. Hallamos a los hermanos y hermanas en confusa dispersión. Casi todos estaban contaminados de algún error y todos se mostraban celosos por sus opiniones personales. A menudo sufríamos intensa angustia de ánimo al ver cuán pocos eran los dispuestos a escuchar la verdad bíblica, mientras que se encariñaban ardientemente con el error y el fanatismo. Hubimos de hacer un molesto viaje de sesenta y cinco kilómetros en diligencia hasta Sutton, lugar de nuestra cita.

Sobreponiendose al desaliento

La primera noche después de llegar al lugar de la reunión, el desaliento sobrecogió mi ánimo. Traté de vencerlo, pero me parecía imposible dominar mis pensamientos. Me apesadumbraba el recuerdo de mis pequeñuelos. Habíamos tenido que dejar en el estado de Maine a uno de dos años y ocho meses, y en Nueva York a otro de nueve meses. Acabábamos de efectuar con gran fatiga un molesto viaje, y pensaba en las madres que en sus tranquilos hogares disfrutaban de la compañía de sus hijos. Recordaba nuestra vida pasada y me acudían a la mente las frases de una hermana que algunos días antes me había dicho que debía ser muy agradable viajar por el país sin nada que me estorbase. Seguramente en esto debía ella complacerse. En ese momento preciso, mi corazón se sentía anhelante por mis hijos, especialmente por el pequeñuelo de Nueva York, y acababa de salir de mi dormitorio, donde había estado batallando con mis sentimientos, y, anegada en lágrimas, había buscado al Señor en demanda de fuerzas para acallar toda queja, de modo que alegremente pudiese negarme a mí misma por causa de Jesús.

En este estado de ánimo me quedé dormida, y soñé que un ángel se ponía a mi lado preguntándome por qué estaba triste. Le referí los pensamientos que me habían conturbado, y dije: "Yo hago tan poco bien, ¿por qué no podemos estar con nuestros pequeñuelos y disfrutar de su compañía?" El ángel respondió: "Has dado al Señor dos hermosas flores cuya fragancia le es tan grata como suave incienso, y más valiosa a sus ojos que el oro y la plata, porque es ofrenda del corazón. Como ningún otro sacrificio sería capaz, conmueve todas las fibras del corazón. No debes mirar las presentes apariencias, sino atender únicamente a tu deber, a la sola gloria de Dios, y según sus manifiestas providencias. De este modo el sendero se iluminará ante tus pasos. Toda abnegación, todo sacrificio se anota fielmente y tendrá su recompensa."

Labor en Canada

La bendición del Señor acompañó nuestra conferencia de Sutton, y una vez terminada la reunión, proseguimos nuestro viaje al oriente de Canadá. Me molestaba mucho la garganta y no podía hablar en voz alta ni aun cuchichear sin sufrimiento. Durante el viaje oramos en súplica de fortaleza para soportar las fatigas del camino.

Así continuamos hasta llegar a Melbourne, donde esperábamos encontrar

oposición. Muchos de los que decían creer en el próximo advenimiento de nuestro Salvador combatían la ley de Dios. Sentíamos la necesidad de que Dios nos fortaleciese, y orábamos para que el Señor se manifestara en nosotros. Mi más fervorosa oración era para que se me curase la garganta y se me devolviese la voz. Tuve la prueba de que la mano del Señor me tocó, porque al punto desapareció el malestar y se me aclaró la voz. La lámpara del Señor brilló sobre nosotros durante la reunión y gozamos de gran libertad. Los hijos de Dios quedaron humanamente fortalecidos y alentados.

Reunión en Johnson

Pronto volvimos a Vermont y celebramos una notable reunión en Johnson. Durante el viaje nos detuvimos varios días en casa del Hno. E. P. Butler. Supimos que él y otros hermanos del norte de Vermont habían sufrido triste perplejidad y pruebas a causa de las falsas enseñanzas y el áspero fanatismo de unas cuantas personas que pretendían estar completamente santificados y, so capa de santidad, llevaban un género de vida que deshonraba el nombre de cristiano.

Los dos cabecillas del fanatismo eran en conducta y carácter muy semejantes a los que cuatro años antes habíamos encontrado en Claremont (Nueva Hampshire). Enseñaban la doctrina de la extrema santificación, pretendiendo que no podían pecar y que estaban dispuestos para que Jesús los llevase consigo. Practicaban el mesmerismo y aseguraban que recibían iluminación divina mientras estaban en una especie de éxtasis.

No ejecutaban labor regular, sino que en compañía de dos mujeres que no eran sus esposas, iban de pueblo en pueblo, abusando de la hospitalidad de las gentes. Al amparo de su sutil influencia mesmérica, se habían aquistado muchas simpatías entre los hijos mayores de nuestros hermanos.

El Hno. Butler era un hombre de rígida integridad. Se manifestó resueltamente en contra de la maligna influencia de aquellas fanáticas teorías, y era muy activo en su oposición a las falsas enseñanzas y arrogantes pretensiones de aquellos hombres. Además nos declaró explícitamente que no creía en visiones de ninguna clase.

Aunque de mala gana, el Hno. Butler consintió en asistir a la reunión que habíamos de celebrar en Johnson. Los dos caudillos del fanatismo que tanto habían engañado y oprimido a los hijos de Dios, llegaron a la reunión en compañía de las dos

mujeres que iban vestidas con trajes de hilo blanco, con la negra cabellera caída y suelta sobre los hombros. Los trajes de hilo blanco querían representar la justicia de los santos.

Yo tenía un mensaje de reprobación para ellos, y mientras yo hablaba, aquel de los dos hombres que estaba más adelante mantuvo fija la vista en mí como habían hecho otros mesmerizadores. Pero yo no temía su mesmérica influencia. El cielo me daba fuerzas para sobreponerme a su poder satánico. Los hijos de Dios que habían estado en esclavitud principiaban a respirar libremente y a regocijarse en el Señor.

Según proseguía la reunión, los dos fanáticos trataban de levantarse a hablar, pero no encontraban ocasión para ello. Se les dió a conocer que su presencia allí no era grata y sin embargo quisieron quedarse. Entonces el Hno. Samuel Rhodes, agarrando por detrás la silla en que estaba sentada una de las dos mujeres, la sacó del local, arrastrándola a través de la galería hasta el césped. Después hizo lo propio con la otra mujer. Los dos hombres abandonaron el local, pero intentaron volver.

Al concluir la reunión, mientras estábamos orando, uno de los dos hombres se acercó a la puerta y comenzó a hablar. Le cerraron la puerta sin dejarle entrar; pero él la abrió de nuevo y se puso a hablar otra vez. Entonces descendió el poder de Dios sobre mi esposo, quien levantándose pálido, extendió las manos ante aquel hombre exclamando: "El Señor no necesita aquí de tu testimonio. El Señor no quiere que vengáis a distraer y molestar aquí a su pueblo."

El poder de Dios llenó el local. El hombre aquel, aterrado y confundido, retrocedió a través del vestíbulo hacia otro aposento, dando traspiés y tropezando contra la pared, hasta que, recobrando el equilibrio encontró la puerta y salió de la casa. La presencia del Señor, tan penosa para los fanáticos pecadores, impresionó con reverente solemnidad a los circunstantes; pero en cuanto se hubieron marchado los hijos de las tinieblas, la dulce paz del Señor descansó sobre nuestra compañía. Después de aquella reunión, los falsos y ruines presumidos de perfecta santidad no fueron nunca capaces de recobrar su influencia en nuestros hermanos.

Las experiencias de esta reunión nos adquirieron la confianza y compañerismo del Hno. Butler.

Recordad que en obrar con Cristo como Salvador personal vuestro reside vuestra

fuerza y victoria. Tal es la parte que todos han de desempeñar. Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Declara: "Sin mí nada podéis hacer." Juan 15:5. Y el alma que se arrepiente y cree, responde: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece." Filipenses 4:13. A los que esto hagan, se les asegura: "A todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre." Juan 1:12.

Capítulo 24

De nuevo a la obra de publicación

De Oswego fuimos a Centerport (Nueva York), en compañía de los esposos Edson, y nos hospedamos en la casa del Hno. Harris, donde publicamos una revista mensual titulada: Advent Review.

La "Review and Herald"

En noviembre de 1850, se publicó el periódico en París (Maine). Era de mayor tamaño, con el nuevo título que todavía lleva: Advent Review and Sabbath Herald. Nos albergamos en casa del Hno. A. Queríamos vivir con economía a fin de sostener el periódico. Los amigos de la causa eran pocos y pobres en riquezas mundanas, por lo que aun hubimos de luchar contra la pobreza y el mucho desaliento. Teníamos suma solicitud por el periódico y a veces nos quedábamos hasta media noche o hasta las dos o tres de la madrugada corrigiendo pruebas de imprenta.

El excesivo trabajo, los cuidados, ansiedades y la falta de adecuada y nutritiva alimentación, aparte de la exposición al frío en nuestros largos viajes de invierno, eran demasiado para mi esposo, quien se rindió a la fatiga. Llegó a ser tanta su debilidad que apenas podía ir a la imprenta. Nuestra fe quedó probada hasta el último extremo. Gustosos, habíamos sufrido privaciones, fatigas y penalidades, y sin embargo, se tomaban a mala parte nuestros motivos, y se nos miraba con desconfianza y celos. Pocos de aquellos por cuyo bien habíamos sufrido parecían estimar nuestros esfuerzos.

Nos veíamos demasiado afligidos para dormir o descansar. Las horas que hubiéramos podido recobrar con el sueño, las solíamos emplear en responder a largas cartas dictadas por la envidia. Muchas horas en que los demás dormían, las pasábamos nosotros en angustioso llanto, lamentándonos ante el Señor. Al fin dijo mi esposo: "Mujer, es inútil que intentemos luchar por más tiempo. Todas estas cosas me están quebrantando, y pronto me han de llevar al sepulcro. No puedo ir más lejos. He redactado una nota para el periódico diciendo que me es imposible continuar publicándolo." En el momento en que mi esposo cruzaba la puerta para llevar la nota a la imprenta, me desmayé. El volvió atrás y oró por mí. Su oración fué oída y me repuse.

A la mañana siguiente, mientras orábamos en familia, fuí arrebatada en visión y se me instruyó respecto de estos asuntos. Vi que mi esposo no debía desistir de la publicación del periódico, porque Satanás trataba de moverle a dar semejante paso y se valía de varios agentes para lograrlo. Se me mostró que debíamos continuar publicándolo, pues el Señor nos sostendría.

No tardamos en recibir urgentes invitaciones para celebrar conferencias en diferentes estados, y resolvimos asistir a las reuniones generales de Boston (Massachusetts); Rocky Hill (Connecticut); Camden y West Milton (Nueva York). Todas estas reuniones fueron de mucha labor, pero sumamente provechosas para nuestros diseminados hermanos.

Traslado a Saratoga Springs

Permanecimos en Ballston Spa algunas semanas, hasta instalarnos en Saratoga Springs, con el objeto de proceder a la publicación del periódico. Alquilamos una casa y mandamos que viniesen los esposos Esteban Belden y la Hna. Bonfoey, quien a la sazón estaba en el estado de Maine cuidando del pequeño Edson. Con enseres prestados nos instalamos en la casa. Allí publicó mi esposo el segundo volumen de la *Advent Review and Sabbath Herald*.

La Hna. Anita Smith, que ya duerme en Jesús, vino a vivir con nosotros y nos ayudaba en nuestras tareas. Su ayuda era necesaria. Por entonces, mi esposo manifestó como sigue sus sentimientos en una carta escrita al Hno. Stockbridge Howland con fecha 20 de febrero de 1852: "Todos estamos perfectamente, menos yo. No puedo resistir por más tiempo el doble trabajo de viajar y dirigir el periódico. El miércoles pasado trabajamos por la noche hasta las dos de la madrugada, plegando y envolviendo el No 12 de la *Review and Herald*. Después estuve en la cama tosiendo hasta el amanecer. Rogad por mí. La causa prospera gloriosamente. Quizás el Señor ya no tendrá necesidad de mí y me dejará descansar en el sepulcro. Espero quedar libre del periódico. Lo sostuve en circunstancias por todo extremo adversas y ahora que tiene muchos protectores, lo dejaré voluntariamente con tal que se encuentre quien lo dirija. Espero que se me desembarazará el camino. Que el Señor lo guíe todo."

En Rochester (Nueva York)

En abril de 1852, nos trasladamos a Rochester (Nueva York) en las más desalentadoras circunstancias. A cada paso nos veíamos precisados a seguir adelante por fe. Todavía estábamos impedidos por la pobreza, y habíamos de practicar la más rígida economía y abnegación. Daré un breve extracto de la carta escrita a la familia del Hno. Howland con fecha 16 de abril de 1852.

"Acabamos de instalarnos en Rochester. Hemos alquilado una casa vieja por ciento setenta y cinco dólares al año. Tenemos la prensa en casa, pues de no ser así hubiéramos tenido que pagar cincuenta dólares al año por un local para oficina. Si pudierais ver nuestro ajuar os habrías de sonreír. Hemos comprado dos camas viejas por veinticinco centavos cada una. Mi esposo me trajo seis sillas viejas, en las que no había dos iguales, que le costaron un dólar, y después me regaló otras cuatro, también viejas, y sin asiento, por las que había pagado sesenta y dos centavos. Pero el armazón era fuerte y con un pedazo de dril remedíé la falta de asiento. La manteca está tan cara que no podemos comprarla, ni tampoco las patatas. Gastamos salsas en vez de manteca y nabos en lugar de patatas. Tomamos nuestras primeras comidas en un bastidor de chimenea colocado entre dos barriles vacíos que habían contenido harina. Nada nos importan las privaciones con tal que adelante la obra de Dios. Creemos que la mano del Señor nos guió en llegar a esta población. Hay un dilatado campo de labor, pero pocos obreros. El sábado pasado tuvimos una excelente reunión. El Señor nos refrigeró con su presencia."

Adelantando

Seguimos llevando nuestra obra a cabo en Rochester entre perplejidades y desalientos. El cólera visitó la ciudad, y durante la epidemia, se oía toda la noche por las calles el rodar de los coches fúnebres que conducían los cadáveres al cementerio de Mount Hope. La epidemia no se cebó únicamente en los pobres, sino que hizo víctimas en todas las clases de la sociedad. Los más hábiles médicos murieron y fueron llevados a Mount Hope. Al pasar nosotros por las calles de Rochester, encontrábamos casi en cada esquina furgones con ataúdes de pino basto en los que transportaban los cadáveres. Nuestro pequeñuelo Edson cayó enfermo, y lo llevamos al gran Médico. Lo tomé en mis manos, y en el nombre de Jesús conjuré la enfermedad. En seguida encontró alivio, y al comenzar una hermana a orar al Señor para que lo curase, el pequeñuelo, que sólo tenía

tres años, la miró asombrado, diciendo: "No hay necesidad de que oréis por mí, porque el Señor me ha sanado." Estaba muy débil, pero la enfermedad no siguió adelante. Sin embargo, no cobraba fuerzas. Todavía iba a ponerse a prueba nuestra fe. En tres días Edson no probó alimento.

Escribiendo y viajando

Teníamos compromisos de asistir a diversas reuniones durante un período de dos meses, y en diferentes lugares entre Rochester (Nueva York) y Bangor (Maine). Habíamos de realizar este viaje en nuestro carruaje cubierto, y con nuestro buen caballo Charlie, que nos habían regalado los hermanos de Vermont. No nos atrevíamos a dejar al niño en tan crítico estado; pero resolvimos marcharnos, a menos que empeorase. Debíamos emprender el viaje a los dos días, si queríamos llegar a tiempo a nuestra primera cita ya señalada. Presentamos el caso ante el Señor, aceptando que si el niño recobraba el apetito, era prueba de que podíamos emprender el viaje. El primer día no se notó mejoría ni quiso Edson tomar alimento; pero al día siguiente pidió caldo, y le sentó bien.

Aquella misma tarde emprendimos el viaje a eso de las cuatro. Puse al pequeñuelo sobre una almohada y anduvimos como seis leguas. Se mostró muy nervioso por la noche, sin poder dormir, y hube de tenerlo casi constantemente en brazos.

A la mañana siguiente, consultamos sobre si convendría regresar a Rochester o proseguir el viaje. La familia que nos había hospedado dijo que si seguíamos adelante enterráramos al niño por el camino, pues todas las señas así lo indicaban. Pero yo no osaba regresar a Rochester. Creíamos que el malestar del niño era obra de Satanás para estorbar nuestro viaje y no queríamos ceder. Le dije a mi esposo: "Si nos volvemos atrás, temo que se muera el niño. Si seguimos adelante, lo peor que puede ocurrir es que muera. Continuemos el viaje confiando en el Señor."

Habíamos de recorrer en dos días cerca de ciento sesenta kilómetros, y sin embargo, creíamos que el Señor nos protegería en aquellas angustiosas circunstancias. Yo estaba agotada y temía que al dormirme dejaría caer al niño de los brazos, por lo que me lo puse en la falda, atándolo a mi jubón, y así pudimos dormir los dos aquel día durante largo trecho del camino. El niño se reanimó y fué ganando fuerzas en el trayecto

hasta que al llegar de regreso a nuestro hogar se hallaba ya robustecido.

El Señor nos favoreció grandemente en nuestro largo viaje. Mi esposo tuvo muchos cuidados y trabajo. En las diferentes conferencias hizo la mayor parte de la obra de predicar, vendía libros y se esforzaba en extender la circulación del periódico. Cuando terminaba una conferencia, nos apresurábamos para ir a celebrar la siguiente. Al mediodía dejábamos pacer al caballo a orillas del camino y nosotros almorzábamos. Después, mi esposo escribía artículos para la Review y el Instructor, con las cuartillas apoyadas en la tapa del cesto de provisiones o en la copa de su sombrero.

En el verano de 1853, visitamos por vez primera Míchigan. Poco después de regresar a Rochester, mi esposo se puso a escribir el libro titulado: "Señales de los Tiempos." Estaba todavía débil y podía dormir muy poco, pero el Señor fué su sostén. Cuando la mente se le ponía en confusión y sufrimiento, nos postrábamos ante Dios clamando a él en nuestra angustia. El escuchaba nuestras fervorosas plegarias y a menudo bendecía a mi esposo de suerte que con renovado ánimo reanudaba el trabajo. Muchas veces al día nos postrábamos así ante el Señor en ferviente oración. Aquel libro no lo escribió mi esposo con sus propias fuerzas.

Visita a Míchigan y Wisconsin

En la primavera de 1854, volvimos a visitar Míchigan, y aunque hubimos de recorrer caminos escabrosos y atravesar cenagosos lodazales, no desfalleció mi fortaleza. Sentíamos que era deseo del Señor que visitáramos Wisconsin, y en Jackson nos dispusimos a emprender el viaje y tomar el tren a última hora de la noche.

Mientras nos estábamos preparando para ir a tomar el tren, sentimos honda y solemne emoción y convinimos en orar un rato; y al entregarnos de nuevo a Dios, no pudimos reprimir el llanto. Fuimos a la estación con un sentimiento de profunda solemnidad. Al ir a subir al tren quisimos acomodarnos en un coche delantero que tenía asientos con altos respaldos, esperando así poder dormir algo aquella noche; pero el coche ya estaba lleno y pasamos al siguiente en el cual encontramos asiento. No me quité el sombrero como solía hacer cuando viajaba de noche, sino que me guardé el maletín en la mano como si esperase algo. Y mi esposo y yo nos comunicamos nuestros singulares sentimientos.

Se habría alejado el tren unos cinco kilómetros de Jackson cuando empezó a dar violentas sacudidas de avance y retroceso, hasta que al fin se detuvo. Abrí la ventanilla y vi que uno de los coches se había enderezado casi completamente y de él salían agonizantes gemidos en medio de una gran confusión. La máquina había descarrilado, pero el coche en que íbamos nosotros se había quedado en los rieles separado unos treinta metros de los demás. El eslabón no estaba roto, sino que nuestro coche se había desenganchado del precedente como por mano de algún ángel. El furgón de equipajes no sufrió mucho daño y nuestro voluminoso baúl lleno de libros quedó indemne. El coche de segunda clase resultó por completo destrozado, y sus astillas, con los viajeros, se esparcieron por ambos lados de la vía. El coche en que nosotros habíamos tratado de conseguir asiento quedó muy mal parado, y uno de sus extremos se elevaba sobre el montón de ruinas. De la catástrofe resultaron cuatro pasajeros muertos o mortalmente heridos, y muchos otros heridos de gravedad. Tuvimos la seguridad de que Dios había enviado a un ángel para salvarnos la vida.

Regresamos a casa del hermano Cirineo Smith, cerca de Jackson, y al día siguiente tomamos el tren para Wisconsin. Dios bendijo nuestra visita a este estado. A consecuencia de nuestros esfuerzos se convirtieron muchas almas. El Señor me fortaleció para soportar el fatigoso viaje.

Regreso a Rochester

Volvimos de Wisconsin muy fatigados, deseosos de descansar, aunque muy tristes de encontrar enferma a la Hna. Ana, que estaba muy débil. Las pruebas se multiplicaban a nuestro alrededor. Teníamos muchas congojas. Los empleados de la oficina se hospedaban en nuestra casa, y éramos de quince a veinte en familia. Las reuniones del sábado y las conferencias se celebraban en nuestra casa. No teníamos sábado tranquilo, porque algunas hermanas solían quedarse todo el día con sus chiquillos, y generalmente no consideraban nuestros hermanos y hermanas las incomodidades, cuidados y gastos suplementarios que con ello nos traían. Y como los empleados de la oficina cayeron enfermos uno tras otro y necesitaban especial cuidado, yo temía que al fin nos rendiría la ansiedad con el excesivo trabajo. A menudo pensaba que ya no podíamos resistir más. Sin embargo, las dificultades aumentaban y vi con sorpresa que no nos vencían. Aprendimos la lección de que era posible sobrellevar más pruebas y sufrimientos de lo que habíamos imaginado en un principio. El vigilante ojo del Señor estaba fijo en nosotros para evitar nuestra destrucción.

El 29 de agosto de 1854, el nacimiento de Guillermo añadió nueva responsabilidad a nuestra familia, y me distrajo de algunas de las tribulaciones que me rodeaban. Por entonces recibimos el primer número del periódico falsamente titulado: El Mensajero de la Verdad. Los que en este periódico nos calumniaban habían sido reprobados por sus vicios y errores. No soportaron la reprobación, y secretamente al principio, y abiertamente después, emplearon su influencia contra nosotros.

El Señor me había mostrado el carácter y el resultado final de este grupo. El enojo del Señor se dirigía contra cuantos estaban relacionados con dicho periódico y su mano se alzaba contra ellos, de suerte que aunque durante algún tiempo pudiesen prosperar, y engañar algunas personas sinceras, la verdad triunfaría con el tiempo, y todas las almas honradas se librarían del engaño que las había aprisionado, y se apartarían de la influencia de aquellos malvados contra quienes estaba la mano de Dios, y por lo tanto, habían de hundirse.

Capítulo 25

Traslado a Michigan

En 1855 los hermanos de Michigan abrieron el camino para trasladar a Battle Creek la obra de publicaciones. Por entonces mi esposo debía entre dos y tres mil dólares, sin que para saldar la deuda contara con otra cosa que una reducida cantidad de libros y varias facturas de venta, entre ellas algunas de dudoso cobro. Parecía como si la causa se hubiese paralizado. Los pedidos de publicaciones eran pocos y de escasa importancia. Mi esposo andaba mal de salud. Le aquejaba una fuerte tos con irritación de los pulmones, y tenía abatido el sistema nervioso. Temíamos que muriera antes de poder librarse de la deuda.

Seguridades consoladoras

Fueron muy tristes aquellos días. Ya veía huérfanos a mis tres pequeñuelos, y me asaltaban dudas, diciéndome: Si mi esposo muere por haber trabajado con exceso en la causa de la verdad presente, ¿quién reconocerá lo que ha sufrido? ¿Quién sabrá cuánta carga sobrellevó durante años, los extremos cuidados que apesadumbraron su ánimo y quebrantaron su salud, arrastrándole prematuramente al sepulcro y dejando a su familia miserable y desvalida? Yo solía preguntarme: ¿No cuidará Dios de estas cosas? ¿Le pasarán inadvertidas? Yo me consolaba al saber que hay un Ser que juzga rectamente, y que todo sacrificio, toda abnegación, todo llanto de angustia sufrido por su causa, queda fielmente registrado en el cielo y ha de obtener su recompensa. El día del Señor declarará y esclarecerá cosas que todavía no han sido descubiertas.

Se me mostró que Dios se proponía restablecer gradualmente a mi esposo, y que nosotros debíamos ejercitar firmemente nuestra fe, pues Satanás nos embestiría con furia a cada esfuerzo que hiciésemos, y así habíamos de prescindir de las apariencias y creer. Tres veces por día nos postrábamos solos ante el Señor, y orábamos fervorosamente por el restablecimiento de la salud de mi esposo. El Señor se dignó escuchar nuestras ardientes súplicas y mi esposo empezó a mejorar de salud. Y no puedo expresar los sentimientos que entonces me embargaban mejor que por la transcripción de los siguientes extractos de una carta que escribí a la Hna. Howland:

"Me siento agradecida por tener ahora a mis hijos conmigo, bajo mi propio cuidado. Durante unas cuantas semanas he venido sintiendo hambre y sed de salvación, y hemos gozado casi sin interrupción de la comunión con Dios. ¿Por qué quedarnos alejados del manantial cuando podemos ir a él y beber? ¿Por qué morirnos por falta de pan, cuando hay un granero lleno, abundante y gratuito? ¡Oh! alma mía, sáciate en él, y bebe diariamente de los goces celestiales! No callaré. La alabanza a Dios está en mi corazón y sobre mis labios. Podemos regocijarnos en la plenitud del amor de nuestro Salvador. Podemos regalarnos de su excelente gloria. Mi alma lo atestigua. Mi lobreguez ha sido dispersada por esta preciosa luz, y nunca podré olvidarlo. Señor, ayúdame a tenerlo en vivo recuerdo. ¡Despertaos, todas las energías de mi alma! ¡Despierta, oh alma, y adora a tu Redentor por su prodigioso amor!

"Puede ser que nuestros enemigos triunfen. Pueden decir palabras acerbas, y fraguar con la lengua calumnias, engaños y mentiras; no nos conmoveremos. Sabemos en quién creímos. No hemos corrido en vano, ni trabajado en vano. Llegará un día de ajuste de cuentas, en que todos serán juzgados según las obras hechas en el cuerpo. Es cierto que el mundo es oscuro. Puede fortalecerse la oposición. Pueden envalentonarse en su iniquidad el burlador y el escarnecedor. Sin embargo, por ninguna de estas cosas seremos conmovidos, sino que para obtener fuerza nos apoyaremos en el brazo del Omnipotente."

Cambio de condiciones

Desde que nos trasladamos a Battle Creek, el Señor volvió en favorables nuestras adversas condiciones. En Míchigan encontramos cariñosos amigos dispuestos a compartir nuestras cargas y proveer a nuestras necesidades. Antiguos y probados amigos del centro de Nueva York y Nueva Inglaterra, y especialmente de Vermont, simpatizaron con nosotros en nuestras aflicciones y estaban prontos a ayudarnos en tiempo de angustia. En noviembre de 1856, en el congreso celebrado en Battle Creek, Dios obró por nosotros. La causa recibió nueva vida y tuvo éxito la labor de nuestros predicadores.

Aumentó el pedido de las publicaciones, que demostraron ser precisamente lo que necesitaba la causa. El Mensajero de la Verdad no tardó en desaparecer, y se dispersaron los espíritus discordantes que habían hablado por su medio. Mi esposo pudo pagar todas sus deudas. Desapareció su tos, cesó la irritación de los pulmones y

garganta, y fué recobrando gradualmente la salud, de modo que pudo predicar sin fatiga tres veces en sábado y en el primer día de la semana. De Dios fué esta admirable obra de restablecimiento de mi esposo, y a Dios se ha de tributar toda su gloria.

Capítulo 26

Los dos caminos

En la conferencia celebrada en Battle Creek (Míchigan), el 27 de mayo de 1856, se me mostraron en visión algunas cosas correspondientes a la iglesia en general. Pasaron ante mí la gloria y majestad de Dios. Dijo el ángel: "Dios es terrible en su majestad; y sin embargo, vosotros no lo advertís. Es terrible en su cólera; y no obstante le ofendéis diariamente. Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y anchuroso el camino que conduce a la destrucción y muchos son los que andan por él; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida y pocos lo encuentran."

Estos caminos son distintos, están separados y van por opuestas direcciones. Uno conduce a la vida eterna y el otro a la muerte. Vi la distinción entre ambos caminos y también la distinción entre quienes por ellos andaban. Los caminos estaban opuestos. Uno era ancho y llano; el otro áspero y estrecho. Así, quienes por ellos iban eran opuestos en carácter, conducta, porte y conversación.

Los que van por el camino estrecho hablan de la alegría y felicidad que les aguardan al fin de la jornada. Su aspecto es a menudo triste, pero a veces brilla con sagrado y santo gozo. No visten como los que van por el camino anchuroso ni hablan ni obran como ellos. Se les ha dado una norma de conducta. Un "varón de dolores, experimentado en quebranto," les abrió el camino y por él anduvo. Sus seguidores ven sus huellas y al verlas se consuelan y animan. El llegó en salvo al destino, y también ellos podrán llegar en salvo si siguen sus huellas.

En el anchuroso sendero, todos andan ocupados en su persona y sus trajes, halagados por los placeres del camino. Se entregan libremente a la risa y algazara sin pensar en el término de la jornada donde les aguarda segura destrucción, a la que se acercan más cada día, y sin embargo, cada vez se apresuran más hacia ella con locura. ¡Oh, cuán terrible me pareció aquel espectáculo!

Vi que muchos de los que iban por el anchuroso sendero llevaban escritas sobre sí estas palabras: "Muerto para el mundo. El fin de todas las cosas está cerca. Preparaos

también." Su aspecto era el mismo que el de todos los demás frívolos seres que los rodeaban, excepto cierto aire de tristeza que se advertía en sus semblantes. Su conversación era igual a la de las alegres y atolondradas gentes que con ellos iban, aunque de cuando en cuando se detenían a señalar con mucha satisfacción el letrado de sus vestidos, y exhortaban a los demás a que también se lo pusiesen en los suyos. Iban por el camino anchuroso, y sin embargo, decían que andaban por el estrecho; pero sus compañeros les replicaban: "No hay distinción entre nosotros. Somos iguales. Vestimos, hablamos y obramos lo mismo."

Luego, me fueron señalados los años 1843 y 1844. Entonces reinaba un espíritu de consagración ahora ausente. ¿Qué ha sobrevenido al pueblo que profesa ser el pueblo peculiar de Dios? Vi la conformidad al mundo, la falta de voluntad para sufrir por la verdad. Vi una gran falta de sumisión a la voluntad de Dios. Me fué mostrado el ejemplo de los hijos de Israel después que salieron de Egipto. Dios, en su misericordia, los sacó de entre los egipcios, para que pudiesen adorarle sin impedimento ni restricción. En el camino, él obró por ellos con milagros, y los probó con apreturas. Después que Dios obrara tan maravillosamente con ellos, y los librara tantas veces, murmuraban cuando se sentían probados por él. Sus palabras eran: "¡Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto!" Codiciaban los puerros y cebollas de allí.

Vi que muchos de los que se jactaban de creer la verdad referente a los últimos días, encontraban extraño que los hijos de Israel murmurasen en su camino, y después de lo maravillosamente que Dios les había tratado, fuesen tan ingratos que olvidaran cuanto Dios hiciera por ellos. El ángel dijo: "Peor que ellos habéis hecho vosotros." Vi que Dios les ha dado a sus siervos la verdad tan clara, tan explícita que es imposible negarla. Por doquiera que vayan, logran segura victoria. Sus enemigos no pueden rebatir la convincente verdad. La luz derramada es tan clara que los siervos de Dios pueden alzarse en todas partes y dejar que la verdad, evidente y unida, consiga el triunfo; y sin embargo, aun no han estimado ni comprendido esta tan grandiosa bendición. Si sobreviene una prueba, algunos miran hacia atrás y creen que pasan por grandes dificultades, porque, a pesar de llamarse siervos de Dios, no conocen la purificadora eficacia de las pruebas. A veces se forjan pruebas ellos mismos, se las imaginan y se desalientan con tanta facilidad y sienten luego tan herido su amor propio, que se perjudican a sí mismos, a los demás y a la causa de Dios. Satanás agranda sus tribulaciones y pone en sus mentes pensamientos que, si los siguen, destruirán toda su

influencia y eficacia personal.

Algunos se han sentido tentados a retirarse de la obra y seguir trabajando por su propia cuenta; pero vi que si Dios aparta de ellos su mano y quedan sujetos a las enfermedades y la muerte, sabrán entonces lo que son tribulaciones. Es muy terrible cosa murmurar contra Dios. No reparan en que el camino por donde van es áspero, de abnegación, de crucifixión, y que no han de esperar de cuanto les suceda la misma cómoda facilidad que quienes andan por el camine anchuroso.

Vi que algunos siervos de Dios, aun de entre los predicadores, se desaniman tan fácilmente y es tan quisquillosa su personalidad, que se creen rebajados y perjudicados cuando en realidad no es así. Se lamentan de su penosa suerte. No echan de ver lo que les sucedería ni las angustias que pasarían, si Dios apartase de ellos su mano, pues entonces fuera su suerte diez veces más dura que antes, mientras estaban empleados en la obra de Dios, sufriendo pruebas y privaciones, pero con la aprobación del Señor.

Algunos de los que trabajan en la causa de Dios no conocen cuando tienen una temporada de bienestar. Han sufrido tan pocas privaciones y conocen tan poco la necesidad, las fatigas de la labor o la pesadumbre del alma, que cuando se encuentran bien y se ven favorecidos de Dios y casi enteramente libres de angustia de espíritu, no lo comprenden y se figuran que son grandes sus tribulaciones. Yo vi que a éstos los despedirá Dios de su servicio, a menos que manifiesten espíritu de abnegación y estén dispuestos a trabajar gozosamente sin escatimar su persona. Dios no los reconocerá por abnegados siervos, sino que suscitará quienes trabajen ardiente y no perezosamente y conozcan cuando disfrutan de bienestar. Los siervos de Dios deben sentir responsabilidad por las almas y llorar entre el pórtico y el altar, exclamando: "Perdona, oh Jehová, a tu pueblo."

Algunos siervos de Dios han entregado sus vidas para gastar y ser gastados en la causa de Dios, a tal punto que su salud se quebrantó casi por completo, y ellos están agobiados a consecuencia de su labor mental, incesantes inquietudes, trabajo y privaciones. Otros no lo hicieron así ni quisieron tomar la carga sobre sí, y sin embargo, se consideran muy atribulados, porque nunca experimentaron penalidades ni han sido bautizados en el sufrimiento, ni lo serán mientras manifiesten tanta debilidad y tan poca fortaleza y sean tan amantes de su comodidad.

Según lo que Dios me ha mostrado es necesario hacer una trilla entre los predicadores a fin de eliminar a los perezosos, tardíos y egoístas, para que quede una compañía pura, fiel y abnegada, que no busque su bienestar personal, sino que ministre fielmente en palabra y doctrina, con voluntad de sufrirlo y llevarlo todo por causa de Cristo y salvar a los que él redimió con su muerte. Sientan sobre sí estos siervos el ay que se les aplica si no predicán el evangelio, y esto bastará; pero no todos lo sienten.

¿De qué valor es la incontable riqueza, si se halla amontonada en costosas mansiones o en títulos bancarios? ¿Qué peso tienen estas cosas cuando se las compara con la salvación de un alma por la cual murió el Hijo del Dios infinito? ...

El Señor nos ordena: "Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que nunca falta; donde ladrón no llega, ni polilla corrompe. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón. Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras antorchas encendidas; y vosotros semejantes a hombres que esperan cuando su señor ha de volver de las bodas; para que cuando viniere y llamare, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos, a los cuales cuando el Señor viniere, hallare velando: de cierto os digo, que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y pasando les servirá. Y aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, y los hallare así, bienaventurados son los tales siervos." Lucas 12:33-38.

Capítulo 27

Las dos coronas

Debajo de esa corona había otro cetro y sobre él otra corona, en cuyo centro había joyas, oro y plata, que reflejaban algo de luz. La inscripción de esta corona era: "Tesoros terrenos. La riqueza es poder. Todos los que me ganen tendrán honor y fama." Vi una grande multitud que porfiaba por obtener esta corona. Todos clamaban por ella, y algunos, con tal ahinco que parecían desprovistos de razón. Se herían unos a otros, echaban para atrás a los más débiles y pisoteaban a quienes caían en su apresuramiento. Algunos agarraban ansiosamente las preseas de la corona y las retenían con vigoroso empeño. Otros tenían los cabellos blancos como la plata y sus rostros estaban surcados de arrugas causadas por la inquietud y la ansiedad. No hacían caso ni de sus propios parientes, carne de su carne y hueso de sus huesos, y cuando alguno de ellos los miraba con mucho anhelo, se asían más firmemente a sus tesoros como si temieran que en un momento de descuido perdieran parte de ellos, o se les obligara a compartirlos con los reclamantes. Sus ansiosos ojos se clavaban en la corona terrenal, y contaban y recontaban sus tesoros.

Aparecieron entre la multitud figuras que personificaban la penuria y la miseria, y miraban anhelosamente los tesoros y se volvían desesperanzados porque el fuerte se sobreponía y rechazaba al débil. Sin embargo, no cejaban en su empeño y con una multitud de contrahechos, enfermizos y viejos, trataban de abrirse paso hacia la corona terrenal. Algunos morían mientras intentaban alcanzarla. Otros sucumbían en el momento de asirla, y otros, después de tenerla un instante en las manos. El suelo estaba sembrado de cadáveres, y no obstante, la multitud se apretujaba y avanzaba pisoteando los cadáveres de sus compañeros. Todos los que alcanzaban la corona poseían parte de ella y eran aplaudidos calurosamente por la interesada compañía que con anhelo rodeaba la corona.

Una numerosa hueste de ángeles malos estaba muy atareada. Satanás permanecía en medio de ellos, y todos miraban con extremada satisfacción a la multitud que luchaba por la corona. Satanás parecía lanzar un peculiar ensalmo sobre quienes más afanosamente la apetecían.

Muchos de los que buscaban esta corona terrenal eran cristianos de nombre y algunos parecían tener un poco de luz; pero, si bien miraban deseosos la corona celeste y a veces parecían encantados de su hermosura, no tenían verdadero concepto de su valía y belleza. Mientras con una lánguida mano trataban de alcanzar la celeste, con la otra se esforzaban con afán en lograr la terrenal, determinados a poseerla, y perdían de vista la celeste. Quedaban en tinieblas; y sin embargo, iban a tientas ansiosos de asegurarse la corona terrenal.

Otros se disgustaban de seguir con quienes tan afanosamente la buscaban, y, denotando cierto recelo de sus peligros, se apartaban de ella para ir en busca de la celeste. El aspecto de éstos se transmutaba muy luego de tinieblas a luz, de melancolía a placidez y santo júbilo.

Después vi una hueste que, con la vista intencionadamente fija en la corona celeste, se abría paso a través de la multitud. Y mientras se apresuraba por entre la desordenada muchedumbre, los ángeles la asistían y le daban espacio para avanzar. Al acercarse a la corona celeste, la luz que ésta despedía brilló sobre los miembros de dicha compañía y alrededor de ellos disipó las tinieblas, y fué aumentando su fulgor hasta transformarlos a semejanza de los ángeles. No echaron ni una sola mirada para atrás, sobre la corona terrenal. Los que iban en busca de ésta se mofaban de ellos y les arrojaban pelotillas negras que por cierto no les inferían daño alguno mientras sus ojos estuviesen fijos en la corona celeste; pero quienes volvían su atención a la pelotillas negras quedaban manchados por ellas. Entonces se me representó a la vista el siguiente pasaje de la Escritura:

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde estuviere vuestro tesoro allí estará vuestro corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo: así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso: mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón." Mateo 6:19-24.

Después todo lo que yo había visto se me explicó como sigue:

La multitud que tan afanosamente porfiaba por la corona terrenal estaba compuesta por los que aman los tesoros de este mundo y se dejan engañar y lisonjear por sus efímeras atracciones. Vi algunos que, a pesar de llamarse discípulos de Jesús, son tan ambiciosos de tesoros terrenales que pierden el amor a los celestes, obran según el mundo y Dios los tiene por mundanos. Dicen que buscan una corona inmortal, un tesoro en los cielos; pero su interés y su principal tesoro está en adquirir tesoros terrenales. Quienes tienen sus tesoros en este mundo y aman sus riquezas, no pueden amar a Jesús. Podrán pensar que son justos, y aunque se aferran miserablemente a sus posesiones, no se les puede convencer de ello; no son capaces de reconocer que aman más el dinero que la causa de la verdad o los tesoros celestes.

"Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?" En la experiencia de los tales llega un punto en que, por no cuidar de la luz que se les dió, ésta se convierte en tinieblas. El ángel dijo: "No podéis amar y adorar los tesoros de la tierra y al propio tiempo poseer verdaderas riquezas."

Cuando vino a Jesús el joven que le dijo: "Maestro bueno, ¿qué haré para poseer la vida eterna?" Jesús le dió a elegir entre dos cosas: o se separaba de sus posesiones y obtenía la vida eterna, o guardaba aquéllas y perdía ésta. El apreció sus riquezas más que el tesoro celestial. La condición de separarse de sus tesoros y darlos a los pobres, a fin de hacerse seguidor de Cristo y tener la vida eterna, ahogó su buen deseo, y se fué triste.

Aquellos que me fueron mostrados afanosos de la corona terrenal eran los que recurren a toda clase de medios para adquirir posesiones. En este punto llegan hasta la locura. Todos sus pensamientos y energías se enfocan en el logro de riquezas terrenas. Pisotean el derecho ajeno, oprimen al pobre y al jornalero en su salario. Si pueden, se prevalecen de los que son más pobres y menos astutos que ellos, para acrecentar sus riquezas, sin vacilar un momento en oprimirlos aunque los arrastren a la mendicidad.

Los de canos cabellos y semblante arrugado por la inquietud, eran los ancianos que, a pesar de quedarles pocos años de vida, se afanaban en asegurar sus tesoros terrenales. Cuanto más cerca estaban del sepulcro, tanto mayor era su afán de aferrarse a ellos.

Sus propios parientes no recibían beneficio alguno. Para ahorrar algo de dinero, dejaban a los miembros de sus familias que trabajasen más allá de sus fuerzas. Y no empleaban ese dinero para el bien ajeno ni para el propio. Les bastaba saber que lo poseían. Cuando se les presenta su deber en cuanto a aliviar las necesidades de los pobres y sostener la causa de Dios, se entristecen. Aceptarían gustosos el don de la vida eterna, pero no quieren que les cueste algo. Las condiciones son demasiado duras. Pero Abrahán no retuvo a su unigénito hijo. En obediencia a Dios podía sacrificar a este hijo de la promesa más fácilmente de lo que muchos sacrificarían algunos de sus bienes terrenos.

Era penoso ver a quienes hubieran podido madurar gloriosamente y disponerse día por día a la inmortalidad, emplear todas sus fuerzas en retener sus tesoros terrenales. Vi que no eran capaces de estimar el tesoro celeste. Su intenso afecto a lo terreno, les impelía a demostrar en sus actos que no estimaban lo bastante la celeste herencia para sacrificarse por ella.

El "joven" manifestaba disposición a guardar los mandamientos, y sin embargo, nuestro Señor le dijo que una cosa le faltaba. Deseaba la vida eterna, pero amaba más sus bienes. Muchos se engañan a sí mismos. No han buscado la verdad como a tesoro escondido. No sacan el mejor partido posible de sus facultades. Su mente, que podría ser iluminada por la luz celestial, está perturbada y perpleja. "Los cuidados de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias que hay en las otras cosas, entrando ahogan la palabra, y se hace infructuosa," "Los tales--dijo el ángel,--están sin excusa." Vi que la luz se apartaba de ellos. No deseaban comprender las solemnes e importantes verdades para este tiempo, y pensaban que estaban bien sin comprenderlas. Su luz se apagó y quedaron andando a tientas en las tinieblas.

La multitud de contrahechos y enfermizos que porfiaban por la corona terrenal eran aquellos que tienen sus intereses y tesoros en este mundo. Aunque por todas partes les hiera el desengaño, no pondrán sus afectos en el cielo para asegurarse allí una morada y un tesoro. Por más que fracasan en la tierra, prosiguen adheridos a ella y pierden lo celeste. No obstante los desengaños y la desdichada vida y muerte de quienes pusieron todo su empeño en el logro de riquezas materiales, otros siguen el mismo camino. Se precipitan intensamente, sin reparar en el miserable fin de aquellos cuyo ejemplo siguen.

Aquellos que alcanzaban la corona y lograban una participación en ella y eran aplaudidos, son los que obtienen el único anhelo de su vida: las riquezas materiales. Reciben aquel honor que el mundo otorga a los ricos. Tienen influencia en el mundo. Satanás y sus malignos ángeles quedan satisfechos, porque conocen que los tales son seguramente suyos, y que, mientras vivan en rebelión contra Dios, son poderosos agentes de Satanás.

Los que acaban por disgustarse con quienes se afanan por la corona terrenal, son los que han reparado en la vida y muerte de quienes luchan por las riquezas terrenas, pues ven que éstos nunca están satisfechos sino que son desgraciados. Por esto se ponen en guardia y, apartándose de los egoístas, buscan las verdaderas y perdurables riquezas.

Se me mostró que quienes, asistidos por los santos ángeles, se abren paso a través de la multitud en busca de la corona celeste son los del fiel pueblo de Dios. Los ángeles los guían y les infunden celo para ir adelante en demanda de los tesoros celestes.

Las pelotillas negras que se arrojaban contra los santos eran las maledicencias y falsedades difundidas contra el pueblo de Dios por quienes mienten y gustan de la mentira. Hemos de tener mucho cuidado en observar irreprochable conducta y abstenernos de toda apariencia de mal, a fin de marchar airoso hacia adelante sin hacer caso de los falsos vituperios de los malvados. Cuando la vista de los justos se fija en los inestimables tesoros del cielo, se acrecienta más y más su semejanza con Cristo, con lo que quedarán así transformados y dispuestos para la traslación al cielo.

Capítulo 28

El espiritismo moderno

El 24 de agosto de 1850 vi que los "misteriosos golpes" eran efectos del poder de Satanás. Algunos procedían directamente de él, y otros indirectamente por medio de sus agentes; pero todos dimanaban de Satanás, quien cumplía su obra de distintos modos. Sin embargo, en las iglesias y en el mundo, había muchos tan sumidos en densas tinieblas que se figuraban que los fenómenos espiritistas eran obra del poder de Dios.

Dijo el ángel: "¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Apelará por los vivos a los muertos?" ¿Han de ir los vivos a aprender de los muertos? Los muertos nada saben. En vez de acudir al Dios vivo ¿recurriréis a los muertos? Se han apartado del Dios vivo para conversar con los muertos que nada saben. Véase Isaías 8:19, 20.

Vi que no tardaría en calificarse de blasfemia todo cuanto se dijera en contra de los fenómenos espiritistas, los cuales se irían extendiendo más y más, con incremento del poder de Satanás, y que algunos de sus adeptos tendrían poder para obrar milagros, y hasta para hacer bajar fuego del cielo a la vista de los hombres. Se me mostró que por los golpes y el mesmerismo, estos magos modernos explicarían aún todos los milagros hechos por nuestro Señor Jesucristo, y que muchos creerían que todas las poderosas obras que hizo el Hijo de Dios cuando estuvo en la tierra, fueron hechas por este mismo poder.

Se me recordó el tiempo de Moisés, y vi las señales y prodigios que Dios obró por su medio delante de Faraón, la mayoría de los cuales fueron imitados por los magos de Egipto; y se me mostró que, precisamente antes de la liberación final de los santos, Dios obraría poderosamente para su pueblo, y que a estos magos modernos se les permitiría que imitasen la obra de Dios.

Pronto llegará este tiempo, y habremos de asirnos firmemente del robusto brazo de Jehová, porque todos los prodigios y grandes señales del demonio tienen por finalidad engañar y vencer al pueblo de Dios. Nuestra mente debe estar fija en Dios, y no hemos de tener el temor que tienen los malvados, es decir, no hemos de temer lo que ellos temen ni reverenciar lo que ellos reverencian sino ser esforzados y valientes en pro

de la verdad. Si nuestros ojos se abrieran veríamos en nuestro derredor a los ángeles malignos tramando alguna nueva traza con que dañarnos y destruirnos; pero también veríamos a los ángeles de Dios que con su poder nos amparan, porque el vigilante ojo de Dios está siempre sobre Israel para el bien, y él protegerá y salvará a su pueblo si confía en él. Cuando el enemigo irrumpa como una inundación, el Espíritu del Señor enarbolará un estandarte contra él.

Dijo el ángel: "Acuérdate de que estás en terreno encantado." Vi que debemos vigilar y ponernos la completa armadura, abrazando el escudo de la fe para permanecer en pie y para que no nos dañen los ígneos dardos del maligno.

Capítulo 29

Los lazos de Satanás

Vi que Satanás ordenaba a sus ángeles que tendieran sus lazos especialmente contra quienes esperaban el segundo advenimiento de Jesús y guardaban todos los mandamientos de Dios. Les dijo Satanás a sus ángeles que las iglesias dormían, y que iba a acrecentar su poder con mentirosos prodigios, y que podría retenerlas. Dijo además: "Pero nosotros odiamos a la secta de los que observan el sábado, que sin cesar están obrando contra nosotros y arrebatándonos súbditos para que guarden la odiada ley de Dios. Id y embriagad de inquietudes a los dueños de tierras y dinero. Si lográis que pongan su afecto en estas cosas, serán nuestros. Digan y crean lo que quieran, procuraremos que cobren más afición al dinero que al éxito del reino de Cristo o a la difusión de las verdades que odiamos. Presentémosles el mundo en la más halagüeña luz, para que lo amen e idolatren.

"Debemos retener en nuestras filas todos los recursos que podamos llegar a regir. Cuanto más recursos destinen los discípulos de Cristo a su servicio, mayor daño ocasionarán a nuestro reino arrebatándonos nuestros súbditos. Cuando celebran reuniones en diferentes lugares, estamos en peligro. Por lo tanto, vigilad atentamente. Provocad disturbios y confusiones si os es posible. Destruid el mutuo amor. Desalentad y abatid a sus predicadores; porque los odiamos. Imbuíd plausibles excusas a los que disponen de recursos para que no los entreguen. Intervenid si podéis en los asuntos de dinero y sumid a los predicadores en la necesidad y penuria, porque así se debilitarán su valor y celo. Disputad el terreno palmo a palmo. Haced que la avaricia y el amor a los bienes terrenos sean los dominantes rasgos de su carácter, pues mientras así sea, quedarán atrás la salvación y la gracia.

"Acumulad en su alrededor los incentivos y seguramente serán nuestros. Pero no tan sólo nos adueñaremos de ellos, sino que no ejercerán su odiosa influencia para guiar a otros al cielo. Cuando alguien intente dar, infundidle una disposición de mezquindad, para que sea escaso el donativo."

Vi que Satanás conduce bien su plan. Cuando los siervos de Dios celebran reuniones, Satanás está con sus ángeles en aquel lugar para entorpecer la obra.

Constantemente imbuje insinuaciones en el ánimo del pueblo de Dios. Empuja a unos por un lado y a otros por otro, aprovechándose siempre de las flaquezas de los hermanos y hermanas, cuyas tentaciones naturales excita y conmueve. Si propenden al egoísmo y la codicia, Satanás se coloca a su lado y con todas sus fuerzas, los incita a ceder a los pecados que habitualmente los asedian. La gracia de Dios y la luz de la verdad podrán amortiguar o desvanecer por algún tiempo sus avariciosos y egoístas sentimientos; pero si no logran completa victoria, vendrá Satanás cuando no estén bajo una salvadora influencia, y marchitará todo noble y generoso principio, de suerte que se figuren que se exige demasiado de ellos. Se cansarán de obrar bien y olvidarán el grandioso sacrificio que hizo Jesús para rescatarlos del poder de Satanás y de irremediable miseria.

Aprovechó Satanás se de la avarienta y egoísta inclinación de Judas, y lo movió a murmurar cuando María derramó sobre Jesús el costoso ungüento. Judas consideró aquello como un despilfarro, diciendo que podía haberse vendido el ungüento para repartir el dinero entre los pobres. Nada le importaban a Judas los pobres, pero calificaba de dispendiosa la ofrenda hecha a Jesús. Justipreció Judas a su Señor en lo bastante para venderle por unas cuantas monedas de plata. Y vi que había algunos semejantes a Judas entre los que decían que esperaban a su Señor. Satanás los gobernaba sin que ellos se dieran cuenta.

Dios no puede aprobar ni el más mínimo grado de avaricia o egoísmo, y aborrece las oraciones y súplicas de quienes ceden a estos abominables vicios. Como quiera que Satanás sabe que le queda poco tiempo, induce a los hombres a que cada vez sean más codiciosos y egoístas, y se regocija después al verlos encerrados en su avaricia tacaña y egoísta. Si los tales abrieran los ojos, verían a Satanás alegrándose por ellos con infernal victoria y riéndose de la insensatez de cuantos ceden a sus insinuaciones y caen en sus lazos.

Satanás y sus ángeles señalan todas las ruines y codiciosas acciones de estos individuos, y las presentan a Jesús y sus santos ángeles, diciendo oprobiosamente: "¡Estos son los discípulos de Cristo! ¡Los que se preparan para ser transmutados!" Satanás compara la conducta de estos individuos con pasajes de la Escritura que abiertamente la condenan, y después vitupera a los ángeles celestes, diciendo: "¡Estos siguen a Cristo!" Los ángeles se apartan disgustados de aquella escena.

Dios requiere constante acción por parte de su pueblo; y si el pueblo se cansa de

bien obrar, también se cansa Dios de su pueblo. Vi que a Dios le desagrade profundamente la más mínima muestra de egoísmo por parte de su confeso pueblo en cuyo beneficio no escatimó Jesús su preciosa vida. Todos los egoístas y codiciosos caerán por el camino. Como Judas vendió a su Señor, venderán ellos los sanos principios y las nobles inclinaciones por una corta ganancia terrena. Todos ellos serán eliminados del pueblo de Dios. Quienes deseen el cielo deben practicar con toda su energía los principios del cielo. En vez de marchitar sus almas con el egoísmo, han de ensancharlas con la benevolencia. Deben aprovechar toda ocasión de hacerse bien unos a otros, para de este modo mantener los principios del cielo. Se me representó a Jesús como el Modelo perfecto. Ni huella de interés egoísta hubo en su vida, que por el contrario estuvo siempre señalada por la benevolencia y el desinterés.

Capítulo 30

El zarandeo

Vi que algunos, con robusta fe y acongojados gritos, clamaban ante Dios. Estaban pálidos y su rostro demostraba la profunda ansiedad resultante de su lucha interna. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente; pero con todo, su aspecto manifestaba firmeza y gravedad. De cuando en cuando brillaba en sus semblantes la señal de la aprobación de Dios, y después volvían a quedar en severa, grave y anhelante actitud.

Los ángeles malos los rodeaban, oprimiéndolos con tinieblas para ocultarles la vista de Jesús y para que sus ojos se fijaran en la obscuridad que los rodeaba, a fin de inducirlos a desconfiar de Dios y murmurar contra él. Su única salvaguardia estaba en mantener los ojos alzados al cielo, pues los ángeles de Dios estaban encargados del pueblo escogido, y, mientras que la ponzoñosa atmósfera de los malos ángeles circundaba y oprimía a las ansiosas almas, los ángeles celestiales batían sin cesar las alas para disipar las densas tinieblas.

De cuando en cuando Jesús enviaba un rayo de luz a los que angustiosamente clamaban, para iluminar su rostro y alentar su corazón. Vi que algunos no participaban en esta obra de acongojada demanda, sino que se mostraban indiferentes y negligentes, sin cuidarse de resistir a las tinieblas que los envolvían, y éstas los encerraban como una espesa nube. Los ángeles de Dios se apartaron de ellos y acudieron en auxilio de los que anhelosamente oraban. Vi ángeles de Dios que se apresuraban en auxiliar a cuantos se empeñaban en resistir con todas sus fuerzas a los ángeles malos y procuraban ayudarse a sí mismos, clamando perseverantemente a Dios. Pero los ángeles nada hicieron por quienes no procuraban ayudarse a sí mismos y los perdí de vista.

Pregunté cuál era el significado del zarandeo que yo había visto, y se me respondió que lo motivaría el directo testimonio que exige el consejo que el Testigo fiel dió a la iglesia de Laodicea. Moverá este consejo el corazón de quien lo reciba y le conducirá a ensalzar el estandarte de la recta verdad y a difundirla. Algunos no soportarán este testimonio directo, sino que se levantarán contra él, y esto es lo que causará un zarandeo en el pueblo de Dios.

Vi que el testimonio del Testigo fiel apenas había sido escuchado. El solemne testimonio, del cual depende el destino de la iglesia, se tiene en poca estima, cuando no está por completo menospreciado. Este testimonio ha de mover a profundo arrepentimiento. Todos los que sinceramente lo reciban, lo obedecerán y quedarán purificados.

Dijo el ángel: "Escuchad." Oí una voz que resonaba dulce y armoniosa como concertada sinfonía. Era incomparablemente más melodiosa que cuantas músicas oyera hasta entonces y parecía henchida de misericordia, compasión y gozo santo y enaltecido. Conmovió todo mi ser. El ángel dijo: "Mirad." Mi atención se fijó entonces en la hueste que antes había visto y que estaba fuertemente sacudida. Vi a los que antes gemían y oraban con aflicción de espíritu. Doble número de ángeles custodios los rodeaba, y los cubría de pies a cabeza una armadura. Marchaban en perfecto orden como una compañía de soldados. En su semblante expresaban el tremendo conflicto que habían sobrellevado y la congojosa batalla que acababan de reñir; pero los rostros antes arrugados por la angustia, resplandecían ahora, iluminados por la gloriosa luz del cielo. Habían logrado la victoria, y esto despertaba en ellos profunda gratitud y un gozo santo y sagrado.

El número de esta hueste había disminuido. En el zarandeo, algunos se quedaron fuera del camino. Los descuidados e indiferentes que no se unieron con quienes apreciaban la victoria y la salvación lo bastante para perseverar en anhelarlas clamando angustiosamente por ellas, no las obtuvieron y quedaron rezagados en tinieblas, y sus sitios fueron ocupados en seguida por otros, que se afiliaron a la hueste que había aceptado la verdad. Los ángeles malignos todavía se agrupaban a su alrededor pero ningún poder tenían sobre ellos.

Oí que los revestidos de la armadura proclamaban poderosamente la verdad, con fructuosos resultados. Muchas personas habían estado ligadas; algunas esposas por sus consortes, y algunos hijos por sus padres. Las gentes sinceras, que hasta entonces habían sido impedidas de oír la verdad, se adhirieron ardientemente a ella. Desvaneciése todo temor a los parientes y la verdad tan sólo les parecía sublime. Habían tenido hambre y sed de verdad, y ésta les era más preciosa que la vida. Pregunté por la causa de tan profunda mudanza y un ángel me respondió: "Es la lluvia tardía; el refrigerio de la presencia del Señor; el potente pregón del tercer ángel."

Formidable poder tenían aquellos escogidos. Dijo el ángel: "Mirad." Vi a los impíos, malvados e incrédulos. Estaban todos en gran excitación. El celo y potencia del pueblo de Dios los había enfurecido. Por doquiera dominaba en ellos la confusión. Vi que tomaban medidas contra la hueste que tenía la luz y el poder de Dios. Pero esta hueste, aunque rodeada por densas tinieblas, se mantenía firme con la aprobación de Dios y su confianza en él. Los vi perplejos; luego los oí clamar a Dios ardientemente, sin cesar día y noche en su angustioso grito: "¡Hágase Señor tu voluntad! Si ha de servir para gloria de tu nombre, dale a tu pueblo el medio de escapar. Líbranos de los paganos que nos rodean. Nos han sentenciado a muerte; pero tu brazo puede salvarnos." Tales son las palabras que puedo recordar. Todos mostraban honda convicción de su insuficiencia y manifestaban completa sumisión a la voluntad de Dios. Sin embargo, todos sin excepción, como Jacob, oraban y luchaban fervorosamente por su liberación.

Poco después de haber comenzado estos humanos su anhelante clamor, los ángeles, movidos a compasión, quisieron ir a librarlos; pero un ángel mayor, que a los otros mandaba, no lo consintió, y dijo: "Todavía no está cumplida la voluntad de Dios. Han de beber del cáliz. Han de ser bautizados con el bautismo."

Después oí la voz de Dios que estremecía cielos y tierra. Sobrevino un horrendo terremoto. Por doquiera se derrumbaban los edificios. Entonces oí un triunfante cántico de victoria, un cántico potente, armonioso y claro. Miré a la hueste que poco antes estaba en tan angustiosa esclavitud y vi que su cautividad había cesado. Los iluminaba una refulgente luz. ¡Cuán hermosos parecían entonces! Se había desvanecido toda muestra de inquietud y fatiga, y cada rostro rebosaba de salud y belleza. Sus enemigos, los paganos que los rodeaban, cayeron como muertos, porque no les era posible resistir la luz que iluminaba a los redimidos santos. Esta luz y gloria permanecieron sobre ellos hasta aparecer Jesús en las nubes del cielo, y la fiel y probada hueste fué transformada en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, de gloria a gloria. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los santos, revestidos de inmortalidad, exclamando: "¡Victoria sobre la muerte y el sepulcro!" Y junto con los santos vivientes, fueron arrebatados para encontrar a su Señor en el aire, mientras que hermosos y armónicos gritos de gloria y victoria salían de todo labio inmortal.

Capítulo 31

Por el camino angosto

Mientras estaba en Battle Creek (Míchigan), en agosto de 1868, soñé que me hallaba con gran número de gentes, dispuestas en su mayor parte a emprender un viaje. Ibamos en unos carros pesadamente cargados, y el camino se extendía en subida, con un precipicio a un lado y al otro una pared alta, lisa y llana.

A medida que marchábamos, el camino se hacía más estrecho y escarpado. En algunos trechos era tan angosto que nos pareció imposible seguir con los pesados carros, así que desenganchamos los caballos para montar en ellos con parte de la carga y proseguir el viaje; pero cada vez era más estrecho el camino y nos vimos obligados a arrimarnos contra la pared para no caer en el precipicio que se abría al otro lado del camino. Al hacer esto, el equipaje que los caballos llevaban tocaba la pared, y nos hacía desviar hacia el precipicio. Temíamos caer en él y quedar destrozados contra las rocas. Entonces libramos a los caballos del bagaje, que cayó al precipicio, y continuamos marchando a caballo, con grandísimo temor de que al llegar a uno de los trechos más angostos del camino perdiéramos el equilibrio y cayéramos; pero en estos casos, parecía como si una mano invisible tomara las riendas y nos guiara por el peligroso camino.

Sin embargo, llegó a ser tal la estrechez, que comprendimos la imposibilidad de ir seguros a caballo, por lo que nos apeamos y seguimos la marcha a pie, en fila, hollando cada cual los pasos del delantero. En este punto, desde el borde superior de la blanca pared nos echaron unas cuerdas a las que nos asimos anhelosamente, y nos ayudaron a mantenernos en equilibrio en el sendero. Según marchábamos, las cuerdas se movían al compás de nuestros pasos. Finalmente se volvió tan sumamente estrecho el camino que para andar con mayor seguridad nos descalzamos y continuamos la marcha sin zapatos. Luego comprendimos que mejor todavía caminaríamos sin calcetines, y nos los quitamos para seguir andando a pie completamente descalzos.

Entonces nos acordamos de quienes no estaban acostumbrados a privaciones y penalidades. ¿En dónde se hallaban? No los veíamos en nuestra compañía. A cada mudanza del camino, se rezagaban algunos y sólo quedaban los que se habían habituado a soportar las penalidades. Las privaciones del camino no tenían otro efecto sino

estimularlos a mayor esfuerzo para llegar al fin.

Crecía nuestro peligro de caer en el precipicio, y nos arrimábamos con más presión a la pared blanca; pero no podíamos asentar plenamente los pies en el sendero porque era demasiado estrecho. Entonces, suspendiéndonos casi por entero de las cuerdas, exclamábamos: "¡Nos sostienen desde arriba! ¡Nos sostienen desde arriba!" Y estas mismas palabras pronunciaban todos cuantos recorrían el angosto sendero.

Nos estremecíamos al oír la algazara y las orgías que venían de abajo del precipicio. Oíamos blasfemias, juramentos, burlas y chanzas ruines y canciones obscenas. Oíamos cantos de guerra y cantos de orgía. Oíamos el son de instrumentos músicos y ruidosas risas entremezcladas con maldiciones y gritos de angustia y amargos gemidos, por lo que se avivaba nuestro deseo de mantenernos en el angosto y áspero camino. Muchas veces nos veíamos en la precisión de suspendernos enteramente de las cuerdas, cuyo tamaño iba siendo mayor a medida que adelantábamos en la marcha.

Advertí que la hermosa pared blanca estaba salpicada de sangre, y causaba pena el verla así manchada. Sin embargo, este penoso sentimiento duró sólo un instante, pues al punto comprendí que eran necesarias las cruentas salpicaduras, a fin de que cuantos vayan por el angosto sendero sepan que otros les precedieron y que, por lo tanto, también ellos pueden seguirlo, de modo que, si brota sangre de sus doloridos pies, no se desanimen ni desfallezcan, sino que, al ver las manchas de sangre en la pared, conozcan que otros sufrieron el mismo dolor.

Por fin llegamos a un anchuroso barranco en donde terminaba nuestro sendero. No había puente sobre que posar los pies ni vereda para guiarlos. Hubimos de poner entonces toda nuestra confianza en las cuerdas, cuyo tamaño era ya igual al de nuestros cuerpos. Durante algún tiempo permanecemos allí perplejos y angustiados, preguntándonos con temeroso susurro: "¿En dónde están prendidas estas cuerdas?" Mi esposo estaba precisamente delante de mí. Le chorreaba sudor de la frente, y tenía hinchadas a doble calibre del normal las venas del cuello y de las sienes, y prorrumpía en entrecortados y angustiosos sollozos. También chorreaba el sudor de mi rostro y sentía una angustia como nunca hasta entonces había sentido. Nos aguardaba una tremenda lucha y si allí sucumbíamos, todas las dificultades sufridas en el camino eran en vano.

Ante nosotros, al otro lado del barranco, se extendía un amenísimo campo de verde hierba, de unas seis pulgadas de alto. Yo no podía ver el sol, pero brillantes y suaves rayos de luz, semejantes a fino polvillo de oro y plata, bañaban el campo. Nada había visto yo en la tierra comparable a la gloria y hermosura de este campo. Pero ¿nos sería posible llegar a él? Esto nos preguntábamos anhelosamente. Si se rompía la cuerda, pereceríamos. De nuevo, murmuramos con angustia: "¿Qué sostiene la cuerda?"

Por un momento titubeamos; pero luego dijimos: "Nuestra única esperanza está en confiar enteramente en la cuerda, que ha sido nuestro sostén durante las dificultades del camino. No habrá de fallarnos." Sin embargo, todavía vacilábamos con desaliento; y entonces se oyeron estas palabras: "Dios sostiene la cuerda. No hay porqué temer." Estas mismas palabras repitieron cuantos tras de nosotros venían, añadiendo: "Dios no ha de faltarnos, pues nos trajo hasta aquí en seguridad."

Mi esposo saltó entonces por encima del abismal barranco, y puso los pies en el hermoso campo que al otro lado se extendía. Yo le seguí inmediatamente, y ¡oh, cuán profundo consuelo y gratitud hacia Dios sentimos! Oí voces que en triunfo alababan a Dios. Yo era feliz, completamente feliz.

Desperté y vi que de resultas de la ansiedad experimentada al cruzar el abismo, parecían temblar todos mis nervios. Este sueño no necesita comentario. Me impresionó de tal manera que, sin duda, todas sus vicisitudes estarán vívidamente representadas ante mí mientras conserve la memoria.

En todo tiempo, los elegidos del Señor han sido educados y disciplinados en la escuela de la prueba. Anduvieron en los angostos senderos de la tierra; fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús sufrieron la oposición, el odio y la calumnia. Le siguieron al través de luchas dolorosas; soportaron el sacrificio de sí mismos y experimentaron amargos desengaños. Por su propia dolorosa experiencia conocieron los males del pecado, su poder, la responsabilidad que envuelve, su maldición; y le miran con horror. Al darse cuenta de la magnitud del sacrificio hecho para curarlo, se sienten humillados ante sí mismos, y sus corazones se llenan de una gratitud y alabanza que no pueden apreciar los que nunca han caído. Aman mucho porque se les ha perdonado mucho. Habiendo participado de los sufrimientos de Cristo, están en condición de participar de su gloria.

Capítulo 32

Preparación para la hora del juicio

"Y clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Los visitantes de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir."

"Y llamó Jehová al varón vestido de lienzo, que tenía a su cintura la escribanía de escribano. Y díjole Jehová: Pasa por medio de la ciudad, por medio de Jerusalén, y pon una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo a mis oídos: Pasad por la ciudad en pos de él, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad viejos, mozos y vírgenes; niños y mujeres, hasta que no quede ninguno: mas a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no llegaréis; y habéis de comenzar desde mi santuario. Comenzaron pues desde los varones ancianos que estaban delante del templo." Ezequiel 9:1, 3-6.

Jesús está a punto de dejar el propiciatorio del santuario celeste para revestirse de la túnica de venganza y derramar la ira de su juicio sobre quienes no han respondido a la luz que les dió Dios. "Porque no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos lleno para hacer mal." Eclesiastés 8:11. Los que no temen a Dios ni aman la verdad endurecen su corazón en su mala conducta, en vez de ablandarlo al ver la paciencia y longanimidad que el Señor tiene para con ellos. Pero aun la longanimidad divina tiene límites y muchos los exceden. Propasaron los límites de la gracia, y por lo tanto, Dios debe intervenir y vindicar su honor.

Hablando de los amorreos, el Señor dijo: "En la cuarta generación volverán acá: porque aun no está cumplida la maldad del amorreo hasta aquí." Aunque esta nación se distinguía por su idolatría y corrupción, no había llenado todavía la copa de su iniquidad, y Dios no quería ordenar su completa destrucción. Aquel pueblo había de ver el poder divino manifestado de señalada manera, a fin de quedar sin excusa. El compasivo Creador estaba dispuesto a soportar su iniquidad hasta la cuarta generación. Entonces, sino se veía mejoría, caerían los juicios divinos.

Con infalible exactitud, lleva aún el Ser infinito, una cuenta con todas las

naciones. Mientras su misericordia se revela con llamamientos al arrepentimiento, esta cuenta permanece abierta; pero cuando las cifras llegan a cierta cantidad que Dios fijó, comienza el ministerio de su ira. Se cierra la cuenta. Cesa la paciencia divina. Ya no hay más intercesión en favor de dichas naciones. ...

La crisis se acerca rápidamente. Se aproxima el tiempo de la visitación de Dios. Aunque le repugna castigar, castigará, no obstante, y muy pronto. Quienes anden en la luz verán las señales del inminente peligro; pero no se han de quedar tranquilamente sentados en espera de la ruina que no ha de alcanzarlos, consolándose con la creencia de que Dios resguardará a su pueblo en el día de la visitación. Muy lejos de esto. Deben darse cuenta de que están obligados a trabajar diligentemente por la salvación de los demás, impetrando con firmísima fe el auxilio de Dios. "La oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho."

La levadura de piedad no ha perdido del todo su potencia. Cuando mayores sean el peligro y la depresión de la iglesia, la pequeña hueste de los que permanezcan en la luz gemirá y se lamentará de las abominaciones cometidas en la tierra; pero sus oraciones se levantarán más especialmente en favor de la iglesia porque sus miembros se conducen a la manera del mundo.

Las fervorosas oraciones de estos pocos fieles no serán baldías. Cuando el Señor llegue con vengativo brazo, llegará también como protector de quienes hayan conservado pura la fe y no se hayan contaminado con el mundo. Para aquel entonces prometió Dios vengar a sus elegidos que claman a él día y noche, aunque sea longánime para con ellos.

El día de la venganza del Señor se acerca. El sello de Dios sólo marcará la fuerte fe de quienes gimen y se lamenten de las abominaciones cometidas en la tierra. Los que simpaticen con el mundo y coman y beban con los beodos, serán seguramente destruídos con los inicuos. "Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos"; pero "la ira de Jehová contra los que mal hacen." Salmos 34:15, 16.

Nuestra propia conducta determinará si hemos de recibir el sello del Dios vivo, o hemos de ser arrebatados por las destructoras armas. Ya han caído sobre la tierra unas cuantas gotas de la ira de Dios: pero cuando se derramen las siete últimas plagas, sin

mezcla, en la copa de su indignación, entonces será demasiado tarde para arrepentirse y encontrar refugio. No habrá entonces sangre expiadora que lave la mancha del pecado.

"Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro." Daniel 12:1. Cuando llegue este tiempo de angustia, ya estarán decididas todas las causas. Ya no habrá probación ni misericordia para el impenitente. El sello del Dios vivo estará sobre su pueblo.

Este pequeño residuo, incapaz de defenderse en el mortífero conflicto con las potestades de la tierra organizadas por las huestes del dragón, cifra su defensa en Dios. La autoridad terrena más elevada promulgó el decreto que les impone la adoración de la bestia y la recepción de su marca, so pena de persecución y muerte. ¡Dios ayude a su pueblo en ese momento! Porque, sin su ayuda, ¿qué podrá hacer este pueblo en tan terrible conflicto?

El valor, la fortaleza, fe e implícita confianza en el poder de Dios para salvar, no se adquieren en un momento. Estas gracias celestiales se obtienen por la experiencia de los años. Por una vida de esfuerzo santo y firme adherencia a lo recto, los hijos de Dios estuvieron sellando su destino. Asediados por innumerables tentaciones, sabían que habían de resistir con firmeza o ser vencidos. Se daban cuenta de que tenían una gran obra que hacer, y que a cualquier hora se les podía llamar a deponer la armadura, y que, si llegaban al término de la vida sin haber terminado su obra, esto significaría una pérdida eterna. Aceptaban ávidamente la luz del cielo, como la aceptaron de labios de Jesús los primeros discípulos. Cuando a estos cristianos de la iglesia primitiva se les desterraba a las montañas y desiertos, cuando se les arrojaba a las mazmorras para que allí muriesen de hambre, frío y torturas, cuando el martirio parecía ser la única vía para salir de su angustia, ellos se regocijaban de ser tenidos por dignos de sufrir por Cristo, quien fué crucificado en su favor. Su digno ejemplo será un consuelo y estímulo para el pueblo de Dios que habrá de pasar por el tiempo de angustia cual no lo hubo nunca.

No quedarán sellados todos los que profesan guardar el sábado. Muchos de los que enseñan la verdad a otros no recibirán el sello de Dios en sus frentes. Tuvieron la luz de la verdad, conocieron la voluntad de su Maestro, comprendieron todos los puntos de nuestra fe, pero sus obras no correspondieron a su conocimiento. Los que tan

familiarizados estuvieron con las profecías y los tesoros de la divina sabiduría, debieron obrar según su fe. Estaban obligados a influir en sus casas de suerte que, por el ejemplo de una bien ordenada familia, hubiesen presentado al mundo la eficacia de la verdad en el corazón humano.

Ninguno de nosotros recibirá el sello de Dios mientras en nuestro carácter haya una mancha o suciedad. A nosotros nos incumbe enmendar los defectos de nuestro carácter y limpiar de toda contaminación el templo del alma. Entonces caerá sobre nosotros la lluvia tardía, como la temprana cayó sobre los discípulos el día de Pentecostés.

Estamos demasiado satisfechos con lo que hasta ahora hemos conseguido. Nos sentimos ricos en abundancia de bienes, y no sabemos que somos cuitados y miserables y pobres y ciegos y desnudos. Apocalipsis 3:17. Ahora es tiempo de escuchar la amonestación del Testigo fiel: "Yo te amonesto que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas hecho rico, y seas vestido de vestiduras blancas, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio para que veas." Vers. 18.

En esta vida debemos arrostrar terribles pruebas y hacer costosos sacrificios, pero la paz de Cristo es la recompensa. Ha habido tan poca abnegación, tan poco sufrimiento por Cristo, que la cruz está casi enteramente olvidada. Debemos ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, si queremos sentarnos triunfantes con él en su trono. Mientras prefiramos la senda fácil de la complacencia propia, y nos asustemos de la abnegación, nunca se afirmará nuestra fe, ni podremos conocer la paz de Jesús ni el gozo que proviene del sentimiento de la victoria. Los más encumbrados de los redimidos que estarán ante el trono de Dios y del Cordero, vestidos de blanco, conocerán el conflicto de la victoria, porque habrán atravesado gran tribulación. Aquellos que hayan cedido a las circunstancias en vez de empeñar sus fuerzas en este conflicto, no sabrán resistir en aquel día en que la angustia acongojará toda alma, cuando, si Noé, Job y Daniel estuviesen en la tierra, no salvarían ni hijo ni hija, porque cada uno debe librar su alma por su propia justicia.

Nadie ha de decir que su caso es desesperado y que le es imposible vivir como cristiano. La muerte de Cristo hizo amplia provisión para toda alma. Jesús es nuestra permanente ayuda en tiempo de necesidad. Si acudimos a él con fe, ha prometido

escuchar y responder a nuestras peticiones.

¡Oh, cuán necesitados estamos de vívida y activa fe! Debemos tenerla so pena de desmayar y caer en el día de la prueba. No ha de desalentarnos la obscuridad de nuestro sendero ni ha de llevarnos a la desesperación, porque es el velo con que Dios oculta su gloria cuando quiere distribuir valiosos beneficios. Debemos saber esto por nuestra pasada experiencia, que será una fuente de consuelo y esperanza en el día en que Dios haya de contender con su pueblo.

Ahora es cuando debemos mantenernos, nosotros y nuestros hijos, sin mancha del mundo. Ahora hemos de lavar las ropas de nuestro carácter y emblanquecerlas en la sangre del Cordero. Ahora debemos vencer el orgullo, la pasión y la pereza espiritual. Ahora debemos despertar y hacer especiales esfuerzos para hacer simétrico nuestro carácter. "Si oyeres su voz hoy, no endurezcáis vuestros corazones. Hebreos 4:7. Estamos en situación de gravísima prueba, velando y esperando la aparición de nuestro Señor. El mundo está en tinieblas. Dice Pablo: "Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas para que aquel día os sobrecoja como ladrón." 1 Tesalonicenses 5:4. Siempre ha sido el propósito de Dios sacar luz de las tinieblas, alegría de la tristeza y descanso de la fatiga para el alma anhelosa y expectante.

¿Qué estáis haciendo, hermanos, en la gran obra de preparación? Los que están unidos al mundo reciben el molde mundano y se preparan para la marca de la bestia; pero los que han perdido toda confianza en su egoísmo y se humillan ante Dios y purifican sus almas obedeciendo a la verdad, reciben el molde celeste y se aparejan para recibir el sello de Dios en sus frentes. Cuando se promulgue el decreto, y quede estampado el sello, el carácter de quienes lo reciban permanecerá puro y sin mancha para toda la eternidad.

Ahora es tiempo de prepararnos. El sello de Dios no señalará jamás una frente impura. Nunca será estampado en la frente de los ambiciosos y mundanos, de los mentirosos e hipócritas. Todos cuantos reciban el sello deberán comparecer sin mancha ante Dios, como candidatos al cielo. Escudriñad por vosotros mismos las Escrituras, a fin de comprender la pavorosa solemnidad de la hora presente.

Los pecados que no hayan inspirado arrepentimiento y que no hayan sido abandonados, no serán perdonados ni borrados de los libros de memoria, sino que

permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios. Puede el pecador haber cometido sus malas acciones a la luz del día o en la obscuridad de la noche; siempre quedaban descubiertas y de manifiesto ante Aquel a quien tenemos que dar cuenta de todo. Hubo siempre ángeles de Dios que fueron testigos de cada pecado, y que lo registraron en los libros infalibles. El pecado puede ser ocultado, negado, encubierto por un padre, una madre, una esposa, por los niños y los amigos; nadie fuera de los mismos culpables tendrá tal vez la más mínima sospecha del mal: no dejará por eso de quedar al descubierto ante las inteligencias del cielo. La obscuridad de la noche más sombría, el misterio de todas las artes engañosas, no alcanzan a velar un solo pensamiento al conocimiento del Eterno. Dios lleva un registro exacto de todo acto injusto e ilícito.

Capítulo 33

Organización y desarrollo

Hace ya cuarenta años que se introdujo la organización entre nosotros como colectividad. Yo me conté entre el número de quienes tuvieron experiencias en establecerla desde un principio. Conozco las dificultades con que tropezamos, los males que la organización había de corregir, y he visto su influencia en relación con el adelanto de la causa. En los comienzos de la obra, nos dió Dios luz especial acerca de este punto, y esta luz, unida a las lecciones que la experiencia nos ha enseñado, debería tenerse en cuidadosa consideración.

Desde un principio, tuvo nuestra obra carácter de acometividad. Nuestros miembros eran pocos y la mayor parte pertenecía a las clases más pobres de la sociedad. Nuestras ideas eran casi desconocidas del mundo. Carecíamos de locales para el culto, y sólo contábamos con unas cuantas publicaciones y limitadísimas facilidades para llevar adelante nuestra obra. Las ovejas estaban esparcidas por caminos y veredas, en ciudades, villas y bosques. Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús eran el tema de nuestro mensaje.

Mi esposo, con el pastor José Bates, los Hnos. Pierce, Hiram Edson y otros hombres fervientes, nobles y fieles, militaba entre los que después de la época de 1844, buscaron la verdad como escondido tesoro.

Solíamos reunirnos sintiendo gran peso en el alma y orábamos para que pudiésemos coincidir en fe y doctrina; porque sabíamos que Cristo no está dividido. Cada vez tomábamos un punto por objeto de investigación. Con reverente emoción, abríamos las Escrituras. Solíamos ayunar para ponernos en mejor disposición de comprender la verdad. Después de orar fervorosamente, si no entendíamos algún punto, lo discutíamos y cada cual exponía libremente su opinión. Luego volvíamos a inclinarnos en oración, y ardientes súplicas se elevaban al cielo para que Dios nos ayudase a tener un sentir unánime y a ser uno, como Cristo y el Padre son uno. Derramábamos muchas lágrimas.

De esta manera pasábamos largas horas. A veces empleábamos toda la noche en

solemne investigación de las Escrituras, para comprender la verdad señalada a nuestra época. En algunas ocasiones, descendía sobre mí el Espíritu de Dios que esclarecía los puntos difíciles estableciendo entre nosotros perfecto acuerdo. Todos estábamos unánimes en pensamiento y espíritu.

Procurábamos anhelosamente que las Escrituras no fuesen interpretadas torcidamente para adaptarse a alguna opinión humana. Tratábamos de aminorar en lo posible nuestras diferencias no deteniéndonos en puntos de poca importancia sobre los cuales hubiese diversidad de criterio, sino que el empeño de cada alma era poner a los hermanos en condiciones de satisfacer la oración de Cristo cuando pedía que sus discípulos fuesen uno, como uno era él con su Padre.

Algunas veces, uno o dos hermanos porfiaban tenazmente contra la opinión presentada, y seguían la natural tendencia de su ánimo; pero en estos casos, suspendíamos las investigaciones y aplazábamos la reunión para que cada cual orase a Dios y, sin comunicarse con los demás, estudiase el punto controvertido, buscando la luz del cielo. Nos separábamos amistosamente para volvernos a reunir tan pronto como fuese posible para ulteriores investigaciones. A veces, el poder de Dios descendía sobre nosotros de señalada manera, y cuando la clara luz revelaba los puntos de la verdad, nos regocijábamos mutuamente con lágrimas de alegría. Amábamos a Jesús y nos amábamos unos a otros.

Introducción del orden en la iglesia

El número de miembros crecía gradualmente. Dios regaba la semilla sembrada y la hacía prosperar. Al principio nos reuníamos para el culto, y exponíamos la verdad a cuantos venían a oírnos en casas particulares, en amplios huertos, en granjas y arboledas y en edificios escolares; pero no pasó mucho tiempo antes que pudiéramos levantar modestos locales de culto.

Y a medida que aumentaba el número de miembros, era evidente que, sin una u otra forma de organización, hubiera sobrevenido una gran confusión y no hubiera sido posible llevar adelante la obra con éxito. La organización era indispensable para proveer al sostén del ministerio, dilatar la obra a nuevos campos, proteger a la iglesia y a los predicadores contra los miembros indignos, conservar los bienes de la iglesia, difundir la verdad por medio de la prensa y para muchos otros fines.

Sin embargo, había en nuestro pueblo violenta animosidad contra la organización. A ella se oponían los adventistas del primer día, y en la misma actitud estaba la mayor parte de los adventistas del séptimo día. En fervorosa oración recurrimos al Señor para que nos diese a entender su voluntad, y su Espíritu nos iluminó mostrándonos que la iglesia había de estar ordenada con entera disciplina, y que era esencial la organización. Todas las obras de Dios en el universo manifiestan orden y sistema. El orden es la ley del cielo y debe ser la ley del pueblo de Dios en la tierra.

Comienzo de nuevas empresas

Hubimos de sostener dura lucha para instituir la organización. A pesar de que el Señor daba testimonio acerca de este punto, la oposición era violenta y habíamos de resistirla repetidas veces. Pero sabíamos que el Señor Dios de Israel nos conducía y guiaba con su providencia. Acometimos la obra de organización, y prosperó señaladamente este movimiento progresivo.

En vista de que el desarrollo de la obra nos impelía a nuevas empresas, nos dispusimos a comenzarlas. El Señor dirigió nuestras mentes hacia la importancia de la obra educativa. Advertimos la necesidad de escuelas donde nuestros hijos pudieran recibir instrucción libre de los errores de falsas filosofías, a fin de que su educación estuviese en armonía con los principios de la palabra de Dios. Se nos había mostrado con insistencia la necesidad de una institución de higiene, tanto para ayudar e instruir a nuestro propio pueblo como para favorecer e iluminar a las gentes. Se llevaron, pues, adelante estas empresas. Todo ello era obra misionera de orden superior.

Resultado de la unión de esfuerzos

No estaba sostenida nuestra obra por pingües donativos ni legados, porque había pocos ricos entre nosotros. ¿Cuál es el secreto de nuestra prosperidad? Nos hemos movido bajo las órdenes del Capitán de nuestra salvación. Dios bendijo nuestros esfuerzos unidos. La verdad se ha diseminado y ha florecido. Las instituciones se han multiplicado. El grano de mostaza se ha desarrollado en un árbol gigantesco. El sistema de la organización ha obtenido gran éxito. Se ha adoptado la benevolencia sistemática según el plan bíblico. Ha quedado "todo el cuerpo compuesto y bien ligado entre sí por todas las junturas de su alimento." A medida que hemos venido avanzando, nuestro

sistema de organización ha resultado más eficaz.

Evitando los peligros del desorden

No se figure nadie que es posible prescindir de la organización. El erigir este edificio nos ha costado mucho estudio y muchas oraciones en súplica de sabiduría, a las cuales sabemos que Dios ha respondido. Ha sido levantado bajo la dirección del Señor, a costa de muchos sacrificios y contrariedades. Ningún hermano se engañe a tal punto que intente destruir la organización, porque os pondría en un estado que nadie es capaz de sospechar. En el nombre del Señor declaro que la organización ha de ser firmemente establecida, robustecida y consolidada.

Al mandato de Dios: "Seguid adelante," proseguimos cuando las dificultades que habían de vencerse, imposibilitaban, al parecer, todo adelanto. Sabemos lo mucho que en lo pasado costó realizar el plan de Dios para hacernos lo que somos como pueblo. Por lo tanto, todos han de tener sumo cuidado en no conturbar las mentes respecto a cuanto Dios ha ordenado para nuestra prosperidad y el éxito en el adelanto de la causa.

Los ángeles obran armoniosamente. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más imitemos la armonía y orden de las huestes angélicas, tanto más éxito tendrán los esfuerzos que hacen en nuestro favor estos agentes celestiales. Si nosotros no vemos la necesidad de una acción armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorganizados en nuestro curso de acción, los ángeles, quienes están perfectamente organizados y andan en perfecto orden, no pueden trabajar con éxito para nosotros, y se apartarán entonces con pesar, porque no están autorizados para bendecir la confusión, distracción y desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales, deben trabajar en armonía con ellos. Los que recibieron la unción de lo alto fomentarán con todos sus esfuerzos el orden, la disciplina y la unión de acción, y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca darán estos mensajes celestiales su apoyo a la irregularidad, desorganización y desorden. Todos estos males son resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, destruir nuestro valor e impedir toda acción de éxito.

Satanás sabe muy bien que el éxito únicamente puede acompañar al orden y la acción armoniosa. El sabe muy bien que todo lo relacionado con el cielo está en perfecto orden, que la sujeción y la disciplina perfecta señalan los movimientos de la

hueste angélica. El estudia y hace esfuerzos para apartar tanto como pueda a los cristianos del orden celeste; por lo tanto, engaña hasta a los que profesan ser hijos de Dios, y les hace creer que el orden y la disciplina son enemigos de la espiritualidad; que la única seguridad para ellos consiste en dejar a cada uno que siga su propio curso de acción, y en permanecer especialmente separados de los cuerpos de cristianos que están unidos y trabajan para establecer la disciplina y armonía de acción. Todos los esfuerzos hechos para establecer el orden son tenidos por peligrosos, por restricciones de la legítima libertad, y por esto, son temidos como el papismo. Aquellas almas tienen por virtud el jactarse de su libertad de pensar y obrar independientemente. No quieren aceptar ningún decir humano. No se tienen por responsables ante hombre alguno. Me fué mostrado que es la obra especial de Satanás inducir a los hombres a creer que Dios les ordena que obren de por sí, y elijan su propio curso de acción, independientemente de sus hermanos.

Responsabilidad individual y unidad cristiana

Dios está conduciendo a un pueblo al que lleva desde el mundo a la excelsa plataforma de eterna verdad: los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Dios disciplinará y capacitará a su pueblo, y quienes formen parte de este pueblo no tendrán divergencias, creyendo uno una cosa y teniendo otro un criterio diferente y una fe enteramente opuesta, moviéndose independientemente de la comunidad. Por los diversos dones y gobiernos que Dios ha colocado en la iglesia, llegarán todos a la unidad de fe. Si alguien forma su concepto de la verdad bíblica sin consideración a las opiniones de sus hermanos y justifica su proceder alegando que tiene derecho a pensar libremente, y después trata de imponer sus ideas a los demás, ¿cómo podrá cumplir la oración de Cristo? Y si otro y aun otro se levantan afirmando su derecho a creer y decir lo que les parezca sin referencia a la fe común, ¿en dónde estará la concordia que existía entre Cristo y su Padre, y la cual rogaba Cristo que pudiese existir entre sus hermanos?

Aunque tenemos una labor individual y una responsabilidad individual ante Dios, no hemos de aferrarnos a nuestro propio criterio sin consideración a las opiniones y sentimientos de nuestros hermanos, pues semejante proceder acarrearía el desorden en la iglesia. Los predicadores tienen el deber de respetar el criterio de sus hermanos; pero sus relaciones entre unos y otros, así como las doctrinas que enseñen, deben estar comprobadas en la piedra de toque de la ley y el testimonio. Por lo tanto, si los corazones están dispuestos a recibir enseñanza, no habrá divisiones entre nosotros.

Algunos propenden al desorden y se apartan de los grandes lindes de la fe; pero Dios mueve a sus ministros para que tengan unidad de espíritu y doctrina.

Es necesario que nuestra unidad sea hoy de tal carácter, que aguante las pruebas. ... Tenemos que aprender muchas lecciones y muchas más son las que hemos de desaprender. Únicamente Dios y el cielo son infalibles. Quienes se figuran que nunca habrán de renunciar a una idea con la que estén encariñados, ni que tendrán ocasión de mudar de criterio, quedarán desengañados. Mientras nos aferremos con determinada persistencia a nuestras propias ideas y opiniones, no podremos tener la unidad por la cual oraba Cristo.

Cuando cualquier hermano reciba nueva luz sobre las Escrituras, debe exponer francamente su parecer, y cada predicador debe escudriñar las Escrituras ingenuamente para ver si los puntos expuestos pueden fundamentarse en la inspirada Palabra. "El siervo del Señor no debe ser litigioso, sino manso para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen; si quizá Dios les dé que se arrepientan para conocer la verdad." 2 Timoteo 2:24, 25.

Lo que ha obrado Dios

Al revisar nuestra pasada historia y recorrer cada paso de adelanto hasta nuestra presente situación, puedo decir: ¡Alabado sea Dios! Al ver lo que ha realizado el Señor, me lleno de asombro y de confianza en Cristo nuestro guía. Nada hemos de temer respecto del porvenir, a menos que olvidemos el modo como el Señor nos ha conducido.

Ahora somos un pueblo fuerte, con tal que pongamos nuestra confianza en Dios, pues estamos propagando las potentes verdades de la palabra de Dios. Hemos de sentir agradecimiento por todo. Si andamos en la luz que brota de los vívidos oráculos de Dios, tenemos graves responsabilidades correspondientes a la brillante luz que nos da Dios. Hemos de cumplir muchos deberes porque se nos ha hecho depositarios de la sagrada verdad que ha de comunicarse al mundo en toda su gloria y hermosura. Estamos en deuda con Dios para emplear cuantas ventajas nos ha concedido, en embellecer la verdad con la santidad de nuestro carácter, y en comunicar el mensaje de amonestación, consuelo, esperanza y amor a quienes se hallan envueltos en las tinieblas del error y del pecado.

Demos gracias a Dios por lo que ya ha sido hecho para proporcionar a nuestra juventud facilidades de educación intelectual y religiosa. Muchos han sido educados para desempeñar una parte en las diversas modalidades de la obra, no sólo en su respectiva patria sino también en campos extranjeros. La prensa ha proporcionado publicaciones que difunden por doquiera el conocimiento de la verdad. Todos los dones, que como riachuelos han acrecido el caudal de benevolencia, deben ser para nosotros justo motivo de gratitud hacia Dios.

Tenemos hoy una hueste de jóvenes que puede hacer mucho si se la educa y alienta acertadamente. Queremos que nuestros hijos crean la verdad. Queremos que Dios los bendiga. Queremos que tomen parte en bien organizados planes para ayudar a otros jóvenes. Eduquémoslos de modo que puedan exponer dignamente la verdad, dando razón de la esperanza que en su interior alientan y honrando a Dios en la rama de la obra para la cual estén preparados. ...

Como discípulos de Cristo, es nuestro deber difundir la luz de que sabemos carece el mundo. Hagamos de modo que los hijos de Dios "sean ricos en buenas obras, dadivosos, que con facilidad comuniquen; atesorando para sí buen fundamento para lo porvenir, que echen mano a la vida eterna." 1 Timoteo 6:18, 19.

Capítulo 34

El amor de Dios por la iglesia

Estimados hermanos de la Asociación General, Testifico a mis hermanos y hermanas que la iglesia de Cristo, por débil e imperfecta que sea, es, en la tierra, el único objeto al cual concede su consideración suprema. Aunque ofrezca a todo el mundo la invitación de venir a él para ser salvo, comisiona a sus ángeles para que presten ayuda divina a cada alma que a él se allegue por arrepentimiento y contrición, y personalmente está en medio de su iglesia por medio de su Espíritu Santo. "Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Empero hay perdón cerca de ti, para que seas temido. Esperaré yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová; porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él. Y él redimirá a Israel de todos sus pecados."

Pastores y todos los miembros de la iglesia, sea éste nuestro lenguaje, que brote de corazones que responden a la gran bondad y amor de Dios para con nosotros, colectiva e individualmente. "Espera, oh Israel, en Jehová desde ahora y para siempre." "Los que estáis en la casa de Jehová, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alabad a Jah, porque es bueno Jehová: cantad salmos a su nombre, porque es suave. Porque Jah ha escogido a Jacob para sí, a Israel por posesión suya. Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses."

Considerad, hermanos y hermanas, que el Señor tiene un pueblo, un pueblo escogido, su iglesia, que es suya, su propia fortaleza, a la cual defiende en un mundo sublevado y maldito de pecado; y quiso que ninguna autoridad se conociera en ella, y ninguna ley se acatara en ella, sino las suyas.

Satanás tiene una gran confederación, la cual es su iglesia. Cristo la llama sinagoga de Satanás, porque sus miembros son los miembros del pecado. Estos miembros han estado trabajando siempre para desechar la ley divina, y confundir la diferencia entre el bien y el mal. Satanás está trabajando con mucho poder en los hijos de desobediencia y por medio de ellos, para exaltar la traición y la apostasía en lugar de la verdad y lealtad. Y en este tiempo, el poder de su inspiración satánica está instigando

a las agencias humanas a que lleven a cabo la grande rebelión contra Dios, la cual empezó en el cielo.

En este tiempo, la iglesia tiene que vestirse de sus vestiduras hermosas--"Cristo nuestra Justicia." Hay divisiones claras y distintas que se han de restaurar y ejemplificar ante el mundo levantando en alto los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.

La hermosura de la santidad tiene que mostrarse en su brillo natural, en contraste con la deformidad y las tinieblas de los desleales, los que se han rebelado contra la ley de Dios. De esta manera reconocemos a Dios y a su ley, fundamento de su gobierno en el cielo y en todos los dominios terrestres. Su autoridad debiera presentarse bien clara y distinta ante el mundo; y no deben reconocerse leyes que se opongan a las leyes de Jehová. Si es que, desafiando los arreglos de Dios, permitimos que el mundo influya en nuestras decisiones y acciones, entonces el plan de Dios se desbarata. Por especioso que sea el pretexto, si la iglesia es inconstante aquí, se anota en su contra en los libros del cielo, una traición para con el más santo de los cometidos, una traición hecha al reino de Cristo. La iglesia tiene que sostener sus principios delante de todo el universo celestial y los reinos del mundo; la fidelidad constante en mantener el honor y santidad de la ley de Dios atraerá la atención y admiración del mundo, y por causa de las buenas obras que vean, muchos glorificarán a nuestro Padre celestial. Los fieles y verdaderos llevan las credenciales del cielo, y no las de potentados terrenales. Todos los hombres sabrán quiénes son los fieles y escogidos discípulos de Cristo, y los conocerán cuando sean coronados y glorificados como quienes honraron a Dios y a quienes él honró, haciéndolos poseedores de un peso eterno de gloria.

El Señor ha provisto a su iglesia de capacidades y bendiciones, para que refleje ante el mundo una imagen de su propia suficiencia, y para que su iglesia sea completa en él, y de continuo represente otro mundo, el mundo eterno, cuyas leyes son más altas que las leyes terrenales. Su iglesia debe ser un templo edificado según la similitud divina, y el arquitecto angélico ha bajado del cielo con su áurea vara de medir, a fin de que cada piedra sea tallada y puesta a escuadra según medidas divinas, y pulida para que brille como emblema del cielo, que irradie en todas direcciones los refulgentes y claros rayos del Sol de Justicia. La iglesia ha de ser alimentada con maná del cielo, y ha de ser guardada bajo la sola tutela de su gracia. Vestida de la armadura completa de luz y justicia, entra en su lucha final. La escoria y lo inútil serán consumidos, y la influencia de la verdad da testimonio al mundo acerca de su carácter santificador y ennoblecedor.

...

El Señor Jesús está probando a los corazones humanos por la exposición de una misericordia y gracia abundantes. Está haciendo transformaciones tan sorprendentes que Satanás, con toda su jactancia triunfante, con todo su ejército del mal, unido en contra de Dios y sus leyes, se queda mirándolas como fortalezas inexpugnables para sus sofismas y engaños. Para él son un misterio incomprensible. Los ángeles de Dios, los serafines y querubines, las potestades comisionadas para cooperar con los agentes humanos, contemplan con admiración y gozo el hecho de que los hombres caídos, una vez hijos de la ira, puedan, por las enseñanzas de Cristo, desarrollar ahora caracteres conformes al modelo divino, para ser hijos e hijas de Dios, y desempeñar un papel importante en las ocupaciones y placeres del cielo.

Cristo dió grandes facilidades a su iglesia, a fin de recibir gran tributo de gloria de su heredad redimida y comprada. Su iglesia, revestida de la justicia de Cristo, es su depositaria, en la cual se han de revelar plena y finalmente las riquezas de su misericordia. La declaración hecha en su plegaria de intercesión, de que el amor del Padre es tan grande hacia nosotros como hacia él mismo, el unigénito Hijo de Dios, y de que seremos uno con Cristo y el Padre, es una maravilla para la hueste celestial, y es su gran gozo. El don de su Espíritu Santo, precioso, pleno y abundante, ha de ser para la iglesia como una muralla de fuego que la rodee, y contra la cual no podrán prevalecer las potestades infernales. En su inmaculada pureza y perfección sin tacha, Cristo considera a su pueblo como recompensa de todo su sufrimiento, humillación y amor, y como suplemento de su gloria--la gloria de Cristo, el gran centro de donde irradia toda gloria. "Bienaventurados los que son llamados a la cena del Cordero."

Capítulo 35

La obra misionera

El 10 de diciembre de 1871 se me mostró que Dios quería realizar una gran obra por medio de la verdad, con tal que hombres consagrados y abnegados se entregasen incondicionalmente a la labor de predicar la verdad a las gentes sumidas en tinieblas. Quienes conozcan la preciosa verdad y estén consagrados a Dios, deben aprovechar cuantas ocasiones se les deparen de comunicarla. Los ángeles de Dios mueven el corazón y la conciencia de las gentes de otras naciones, y las almas sinceras se conturban al presenciar las señales de los tiempos en el vacilante estado de las naciones. preguntándose para sí: "¿Como acabará todo esto?" Al paso que Dios y los ángeles mueven el corazón de las gentes, los siervos de Cristo parecen dormir. Pocos trabajan en perfecto acuerdo con los mensajeros celestes.

Si los predicadores y el pueblo de Dios estuvieran lo suficientemente despiertos, no permanecerían tan indiferentes, ya que Dios los ha honrado haciéndolos depositarios de su ley, imprimiéndola en sus mentes y grabándola en sus corazones. Estas verdades de vital importancia han de poner al mundo a prueba; y sin embargo, en nuestro propio país hay ciudades, villas y aldeas que jamás oyeron el mensaje amonestador. Los jóvenes que se sienten conmovidos por los llamamientos hechos para favorecer esta magna obra del adelanto de la causa de Dios, dan algunos pasos adelante, pero no se preocupan de la obra lo suficiente para lograr lo que podrían hacer.

Si los jóvenes que empiezan a trabajar en esta causa tuviesen espíritu misionero, darían pruebas de que Dios los ha llamado efectivamente a la obra. Pero al no ir a lugares nuevos, sino que se contentan con ir de iglesia en iglesia, dan pruebas de que no sienten sobre sus hombros el peso de la obra. Las ideas de nuestros jóvenes predicadores no son bastante amplias. Su celo es demasiado débil. Si los jóvenes estuvieran despiertos y fuesen consagrados al Señor, serían diligentes en todo momento y procurarían hacerse idóneos para llegar a ser obreros en los campos misioneros.

Los jóvenes han de estudiar idiomas extranjeros para que Dios pueda emplearlos como instrumentos en comunicar su salvadora verdad a los pueblos de otras naciones. El aprendizaje de los idiomas extraños puede efectuarse mientras se trabaja en beneficio

de los pecadores. Si los jóvenes saben aprovechar el tiempo, mejorarán su mente y se capacitarán para más amplios servicios. Si las jóvenes, que hasta ahora apenas han tenido responsabilidad alguna, se entregasen a Dios, podrían capacitarse para el servicio estudiando idiomas extranjeros, y ocuparse en traducir.

Nuestras publicaciones deben imprimirse en diversos idiomas para que lleguen a las naciones extranjeras.

Mucho puede conseguirse por medio de la prensa, pero todavía más puede lograrse si la influencia de la labor de los predicadores acompaña a nuestras publicaciones. Se necesitan misioneros que vayan a otros países a predicar cuidadosa y escrupulosamente la verdad. El esfuerzo personal puede ensanchar grandemente la causa de la verdad presente.

Cuando las iglesias vean jóvenes celosos de capacitarse para ampliar su labor y dedicarla a las ciudades, villas y aldeas que nunca escucharon la verdad; cuando vean que hay misioneros deseosos de ir voluntariamente a llevar la verdad a otras naciones, entonces cobrarán las iglesias mucho más aliento y fuerza que si se limitasen a recibir el servicio de jóvenes inexpertos. Las iglesias revivirán cuando el corazón de sus pastores se inflame de amor y celo por la verdad, con el deseo de ganar almas. Por lo general, las iglesias tienen de por sí dones y poder para su propio beneficio y robustecimiento, así como para atraer y conservar las ovejas y corderos en el redil. Sin embargo, es preciso que queden reducidas a sus propios recursos, a fin de actualizar para el servicio los dones que están ahora latentes y dormidos.

El Señor ha tocado el corazón de hombres de idioma extranjero trayéndolos bajo la influencia de la verdad a fin de capacitarlos para trabajar en su causa. Dios los puso al alcance de la oficina de publicaciones, para que sus administradores aprovecharan sus servicios, si echaban de ver las necesidades de la causa. Es preciso publicar literatura en otros idiomas con objeto de despertar el interés y el espíritu de indagación en las gentes de otros países.

Así como la predicación de Noé amonestó, atestiguó y puso en prueba a los habitantes del mundo antes de que el diluvio de las aguas los aniquilase y rayese de la haz de la tierra, así la verdad señalada por Dios para estos últimos días, está realizando análoga obra de amonestar, atestiguar y probar al mundo. Las publicaciones editadas

por la oficina llevan el sello del Eterno. Se difunden por todos los ámbitos del país y deciden el destino de las almas. Hay ahora mucha necesidad de quienes traduzcan y dispongan nuestras publicaciones en otros idiomas, para que el mensaje de amonestación llegue a todas las naciones y las pruebe con la luz de la verdad, a fin de que cuantos vean esta luz puedan convertirse de la transgresión a la obediencia de la ley de Dios.

Deben aprovecharse todas las ocasiones para extender la verdad a otras naciones. A este objeto será necesario hacer muchos gastos; pero en ningún caso ha de estorbar el temor de los gastos el cumplimiento de la obra misionera. Los recursos sólo tienen valor cuando sirven para el adelanto de los intereses del reino de Dios. El Señor ha prestado a los hombres los medios para este objeto, y deben emplearlos en comunicar la verdad a sus prójimos.

Ahora es tiempo a propósito para invertir los recursos en la obra de Dios. Ahora es tiempo de enriquecerse en buenas obras, atesorándonos un buen fundamento para el porvenir, de modo que logremos la vida eterna. Un alma ganada para el reino de Dios vale más que todas las riquezas terrenas. Somos responsables ante Dios, de las almas con las que nos ponemos en contacto, y cuanto más íntima sea nuestra relación con nuestros prójimos, tanto mayor será nuestra responsabilidad. Todos constituímos una gran fraternidad y debemos interesarnos grandemente por el bien del prójimo. No debemos perder ni un momento. Si hasta ahora hemos descuidado este asunto, hora es ya de que redimamos el tiempo, no sea que nuestras ropas queden manchadas con sangre de almas. Como hijos de Dios, ninguno de nosotros está eximido de tomar parte en la gran obra de Cristo en la salvación de nuestros prójimos.

Muy difícil será extirpar prejuicios y convencer a los incrédulos de que son desinteresados nuestros esfuerzos para ayudarles. Pero esto no ha de entorpecer nuestra labor. No hay en la palabra de Dios precepto alguno que nos obligue a beneficiar tan sólo a quienes aprecian y corresponden a nuestros esfuerzos ni favorecer únicamente a quienes agradecen los favores. Dios nos ha enviado a trabajar en su viña. Nuestra obligación es hacer todo cuanto podamos. "Por la mañana siembra tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano: porque tú no sabes cuál es lo mejor, si esto o lo otro." Eclesiastés 11:6.

Nuestra fe es demasiado poca. Limitamos al Santo de Israel. Debemos

congratularnos de que Dios se digne emplear a algunos de nosotros por instrumentos. Toda fervorosa oración elevada con fe en súplica de algo, recibirá respuesta. Acaso no llegue la respuesta tal como la esperábamos ni según nuestro designio, pero llegará a su debido tiempo, cuando mayormente la necesitemos. Pero ¡oh cuán pecaminosa es nuestra incredulidad! "Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiereis, y os será hecho." Juan 15:7.

La conversión de las almas a Dios es la obra mayor y más noble en que puedan participar los seres humanos. En esta obra, se revela el poder de Dios, su santidad, su tolerancia, y su amor ilimitado. Cada verdadera conversión le glorifica, y hace que los ángeles entonen cantos de alabanza.

Se nos avecina el fin de la historia de esta tierra, y los diferentes ramos de la obra de Dios se han de llevar a cabo con sacrificio abnegado mucho mayor que el manifestado actualmente. La obra para estos postreros días es, en un sentido especial, una obra misionera. La presentación de la verdad presente, desde la primera letra de su alfabeto hasta la última, requiere esfuerzo misionero. La obra que se ha de hacer exige sacrificio en todo paso hacia adelante. De este servicio altruista saldrán los obreros purificados y refinados como el oro probado en el fuego.

Capítulo 36

Planes más amplios

Durante nuestra estancia en California, en el año 1874, tuve un vívido sueño en que se me representó la utilidad de la prensa en la obra de comunicar al mundo el mensaje del tercer ángel.

Soñé que varios hermanos de California estaban reunidos en consejo, tratando de acordar el mejor plan de trabajo para la próxima temporada. Algunos creían más conveniente prescindir de las ciudades populosas y trabajar en los pueblos. Mi esposo instaba apremiantemente a que se expusieran planes más amplios y se hiciesen más dilatados esfuerzos en mayor armonía con la índole de nuestro mensaje.

A la sazón entró en el consejo un joven a quien frecuentemente había visto yo en sueños. Escuchó con profundo interés cuanto se decía, y después declaró con deliberada confianza y autoridad: "Las ciudades y aldeas forman parte de la viña del Señor y deben oír los mensajes de amonestación. El enemigo de la verdad está haciendo desesperados esfuerzos para desviar a las gentes de la verdad de Dios y conducirlos a la falsedad. ... Habéis de sembrar junto a todas aguas.

"Podrá suceder que no veáis en seguida el resultado de vuestra labor, pero esto no ha de desanimaros. Tomad a Cristo por modelo. Tuvo muchos oyentes, pero pocos discípulos. Noé predicó a las gentes por espacio de ciento veinte años antes del diluvio; y sin embargo, de las multitudes que en aquel tiempo poblaban la tierra sólo se salvaron ocho personas."

El mensajero prosiguió diciendo: "Tenéis ideas demasiado estrechas acerca de la obra necesaria en esta época. Forjáis planes de la obra de modo que podáis abarcarla; pero habéis de ampliar vuestro criterio. No debéis poner vuestra luz debajo del celémín ni debajo de la cama, sino en el candelero, para que alumbre a todos los de la casa. Vuestra casa es el mundo.

"La fiel veracidad de las obligatorias exigencias del cuarto mandamiento han de exponerse claramente ante las gentes. 'Sois mis testigos.' El mensaje se difundirá

poderosamente por todos los ámbitos del mundo, por el Oregón, Europa, Australia, Oceanía, por todas las naciones, pueblos y lenguas. Mantened el prestigio de la verdad. Crecerá en grandes proporciones. Muchas países esperan la progresiva luz que el Señor tiene para ellos, y vuestra fe es mezquina y escasa. Es necesario que ampliéis vuestro concepto de la obra. Oakland, San Francisco, Sacramento, Woodland y las demás grandes ciudades de los Estados Unidos han de oír el mensaje de la verdad. Seguid adelante. Dios obrará poderosamente si procedéis con humildad de ánimo ante él. No es fe el hablar de imposibilidades. Nada es imposible con Dios. La luz de Dios ha de poner al mundo a prueba."

En mi última visión se me mostró que debíamos trabajar activamente en California para extender y consolidar la obra ya comenzada. Debe fomentarse la labor misionera en California, Australia, Oregón y otros territorios, mucho más ampliamente de lo que nuestro pueblo imaginaba o de lo que había previsto y proyectado. Vi que en nuestro tiempo no marchamos tan aprisa como nos abre el camino la providencia de Dios. Se me mostró que la verdad presente puede ser una gran fuerza, si los creyentes en el mensaje no dan lugar al enemigo con incredulidad y egoísmo, sino que concentran sus esfuerzos en el único objeto de vigorizar la causa de la verdad presente.

Vi que se publicaría un periódico en la costa del Pacífico, que se establecería allí un sanatorio y se fundaría una casa editorial.

El tiempo es corto, y todos cuantos creen en este mensaje deben sentir la solemne obligación de ser obreros desinteresados, que ejerzan rectamente su influencia, y nunca se opongan de palabra ni obra contra quienes procuren el adelanto de los intereses de la causa de Dios. Las ideas de nuestros hermanos son por completo demasiado estrechas. Esperan muy poca cosa. Su fe es muy escasa.

Un periódico publicado en la costa del Pacífico daría fuerza e influencia al mensaje. La luz que Dios nos ha dado no serviría de mucho a las gentes si no se la presentáramos de modo que puedan verla. Os digo que debemos ampliar nuestro campo de visión. Vemos las cosas que están cerca, pero no las lejanas.

En esta vida, no podemos más que empezar a comprender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra inteligencia limitada podemos considerar muy seriamente la ignominia y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se tocan en la

cruz; sin embargo ni con la mayor tensión de nuestras facultades mentales llegamos a comprender todo su significado. La largura y anchura, la profundidad y altura del amor redentor apenas si se comprenden confusamente. El plan de la redención no será comprendido enteramente, ni siquiera cuando los rescatados vean como ellos serán vistos y conozcan como ellos serán conocidos; pero a través de las edades sin fin, nuevas verdades se desdoblarán continuamente ante la mente admirada y deleitada.

Capítulo 37

Extensión de la obra en los campos extranjeros

Durante la noche me llega palabra para declararla a las iglesias que conocen la verdad: "Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti." Isaías 60:1.

Las palabras del Señor en el (capítulo 54) de Isaías nos convienen a nosotros: "Ensancha el sitio de tu cabaña, y las cortinas de tus tiendas sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y fortifica tus estacas. Porque a la mano derecha y a la mano izquierda has de crecer; y tu simiente heredará gentes, y habitarán las ciudades asoladas. No temas, que no serás avergonzada; y no te avergüences, que no serás afrentada. ... Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre: y tu Redentor, el Santo de Israel; Dios de toda la tierra será llamado." Isaías 54:2-5.

Y también las palabras de Cristo a sus discípulos convienen hoy para su pueblo: "¿No decís vosotros: Aun hay cuatro meses hasta que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad la regiones, porque ya están blancas para la siega: Y el que siega, recibe salario, y allega fruto para vida eterna; para que el que siembra también goce, y el que siega." Juan 4:35, 36.

El pueblo de Dios tiene ante sí una magna obra, que debe levantarse sucesivamente a una preeminencia cada vez mayor. Nuestros esfuerzos misioneros han de ser mucho más extensos. Se ha de llevar a cabo una obra más decisiva de la hecha hasta ahora, antes de la segunda aparición de nuestro Señor Jesucristo. El pueblo de Dios no ha de cesar en su labor hasta abarcar el mundo entero.

La viña es todo el mundo y se ha de labrar cada una de sus partes. Lugares hay que son ahora un desierto moral y se han de convertir en jardín del Señor. Se han de cultivar los dilatados lugares de la tierra para que broten y florezcan como la rosa. Nuevos territorios se han de labrar por hombres inspirados por el Espíritu Santo. Se han de establecer nuevas iglesias y organizar nuevas congregaciones. En nuestro tiempo ha de haber representantes de la verdad presente en todas las ciudades y en las más remotas partes de la tierra, pues la tierra entera ha de quedar iluminada con la gloria de la verdad

de Dios. La luz ha de brillar en todos los países y en todos los pueblos. Y ha de brotar la luz de quienes ya la han recibido. La estrella matutina refulge sobre nosotros, y hemos de proyectar su luz sobre el camino de quienes andan en tinieblas.

Se nos avecina una crisis. Por el poder del Espíritu Santo, debemos proclamar las grandes verdades para estos últimos días. No transcurrirá mucho tiempo antes de que todos hayan oído el mensaje amonestador y hecho su resolución. Entonces vendrá el fin.

La esencia de toda fe sincera consiste en obrar bien a su debido tiempo. Dios es el gran Artífice y su providencia prepara los medios de que su obra se cumpla. El da las oportunidades, abre caminos de influencia y canales de actuación. Si el pueblo de Dios atiende a las indicaciones de su providencia y se dispone a colaborar con él, verá cumplida una grande obra. Los esfuerzos del pueblo de Dios, rectamente dirigidos, producirán resultados cien veces mayores de los que pudieran obtenerse con los mismos recursos y facilidades mediante otro conducto en el que Dios no actuara tan manifiestamente. Nuestra obra es reformadora, y el propósito de Dios es que la excelencia de la obra en todos sus aspectos sirva de lección ejemplar a las gentes. Sobre todo, en los nuevos campos conviene que la obra quede establecida de modo que dé una exacta representación de la verdad. Estos principios han de tenerse presentes en todos los planes que formemos para labores misioneras. ...

Los centinelas de Dios han de apostarse en los muros de Sión para dar el aviso: "La mañana viene, y después la noche," la noche en que ya nadie podrá obrar.

De lejanos países llega el grito de: "Pasa y ayúdanos." No están estos países tan a nuestro alcance ni tan maduros para la cosecha como los que de cerca abarca nuestra vista; pero no debemos desdeñarlos. ...

Nuestros hermanos no se han dado cuenta de que al fomentar el progreso de la obra en campos extranjeros, fomentarían la obra en su propio país, pues todo cuanto se dé para iniciar la obra en un campo, contribuirá al robustecimiento de la obra en otras localidades. Cuando los obreros están libres de estorbos, pueden ampliar sus esfuerzos, y según aumente el número de almas traídas a la verdad y se vengán fundando iglesias, se acrecentará la potencia financiera de la obra. Muy luego serán capaces estas nuevas iglesias, no sólo de propagar la verdad dentro de los límites de su propio campo, sino de comunicarla a otros campos. Así quedará repartida la carga que pesa sobre las iglesias

matrices.

La obra misionera interior se adelantará mucho en todos sus aspectos cuando se manifieste un espíritu más liberal, abnegado y desprendido por la prosperidad de las misiones extranjeras; porque la prosperidad de la obra en la patria, depende grandemente, Dios mediante, de la influencia refleja de la obra evangélica en los países lejanos. Si trabajamos activamente para satisfacer las necesidades de la causa de Dios, pondremos nuestras almas en contacto con la Fuente de todo poder.

Aunque la obra en los campos extranjeros no adelantó como debiera haber progresado, lo que se ha logrado nos suministra motivos de gratitud y ánimo. En estos campos se han gastado muchos menos recursos que en los de Norteamérica, y la obra se ha hecho bajo los mayores apremios y sin las debidas facilidades. Sin embargo, si se considera la ayuda enviada a estos campos, el resultado es de veras sorprendente. Nuestro éxito misionero ha sido plenamente proporcionado a nuestro esfuerzo de abnegación y sacrificio.

Únicamente Dios puede apreciar la obra cumplida al proclamarse el mensaje evangélico de una manera clara y directa. Se han invadido nuevos campos y se ha realizado en ellos una obra activa. Se han sembrado las semillas de la verdad, la luz ha iluminado muchas mentes, ampliando el concepto que de Dios tenían y despertando más exacto aprecio de la formación del carácter. Millares de almas han sido conducidas al conocimiento de la verdad en Jesús. Se les ha infundido la fe que obra por amor y purifica el alma.

La valía de estas ventajas espirituales excede a nuestra comprensión. ¿Qué cable puede sondear las profundidades de la palabra predicada? ¿Qué balanza fuera capaz de pesar exactamente la influencia de los convertidos a la verdad? A su vez llegan a ser misioneros para trabajar en favor de otros. En muchas localidades, se han edificado capillas. Se estudia la preciosa Biblia. El tabernáculo de Dios está entre los hombres, y Dios mora con ellos.

Alegrémonos de que en estos campos se haya efectuado una obra grata a Dios. En el nombre del Señor, levantemos nuestras voces en alabanza y acción de gracias por los resultados de la obra en campos extranjeros.

Y todavía nuestro General, que nunca se equivoca, nos dice: "Adelante. Invadid nuevos territorios. Enarbolad el estandarte en todos los países. 'Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.'"

Nuestro santo y seña ha de ser: Adelante, siempre adelante. Los ángeles de Dios nos precederán para prepararnos el camino. No podremos deponer nuestra carga por las "regiones lejanas," antes que toda la tierra quede iluminada con la gloria del Señor.

Ahora se necesitan obreros--misioneros médicos evangelistas. No podéis dedicar largos años a la preparación. Las puertas ahora abiertas para la verdad se cerrarán pronto para siempre. Proclamad el mensaje ahora. No esperéis, dejando que el enemigo se apodere de los campos ahora abiertos delante de vosotros. Salgan pequeños grupos a hacer la obra que Cristo asignó a sus discípulos. Trabajen como evangelistas, diseminando nuestras publicaciones, y hablando de la verdad a quienes encuentren. Oren por los enfermos, atendiendo a sus necesidades, no con drogas, sino con los remedios de la naturaleza, y enseñándoles cómo recuperar la salud y evitar la enfermedad.

Capítulo 38

Circulación de impresos

En la reunión celebrada en Roma (Nueva York), el domingo 12 de septiembre de 1875, varios predicadores dirigieron la palabra a numerosos y atentos oyentes. A la noche siguiente soñé que un joven de noble aspecto entraba en el aposento en donde yo me hallaba, inmediatamente después de pronunciar mi discurso. El joven me dijo:

"Has llamado la atención de las gentes hacia importantes asuntos, que para muchos son nuevos y curiosos. A algunos de los oyentes les ha interesado muchísimo. Los obreros en palabra y doctrina han hecho cuanto han podido para exponer la verdad; pero si no aumentan los esfuerzos para fijar en las mentes las impresiones recibidas, escaso fruto obtendréis de vuestra labor. Satanás tiene listos muchos atractivos para cautivar las mentes; y los cuidados de esta vida y la falacia de las riquezas concurren a ahogar la semilla de verdad sembrada en el corazón.

"En todos los esfuerzos como los que estáis haciendo ahora, se obtendrían resultados mucho más eficaces si dispusierais de páginas impresas a propósito listas para la circulación y la lectura. Se han de repartir gratuitamente, entre cuantos quieran aceptarlos, folletos que traten de puntos importantes de la verdad relacionada con los tiempos actuales. Habéis de sembrar junto a todas aguas.

"La prensa es un poderoso medio de mover los entendimientos y corazones de las gentes. Los hombres mundanos se valen de la prensa para aprovechar toda ocasión de difundir entre el público literatura ponzoñosa. Si quienes están impulsados por el espíritu del mundo y de Satanás se esfuerzan con ahinco en propagar libros, folletos y periódicos de índole corruptora, debéis vosotros ser todavía más tenaces en ofrecer a las gentes lecturas de carácter enaltecedor y salvador.

"Dios ha otorgado a su pueblo valiosas ventajas en la prensa, que, combinada con otros agentes, difundirá con éxito el conocimiento de la verdad. Folletos, periódicos y libros, según la ocasión lo requiera, deben distribuirse por todas las ciudades y aldeas de la tierra. En ello hay obra misionera para todos.

"Debe haber hombres adiestrados en esta modalidad de la obra, que serán misioneros y distribuirán publicaciones. Han de ser hombres de simpático aspecto y afable trato, que no inspiren repugnancia ni den motivo para que los rechacen. Es una obra que, cuando la ocasión lo demanda, exige todo el tiempo y energías de quienes se dediquen a ella. Dios ha confiado viva luz a sus hijos, no para que ellos solos la disfruten, sino para que sus rayos iluminen a los que están sumidos en las tinieblas del error.

"El pueblo adventista no hace ni una vigésima parte de lo que podría hacer en la propagación del conocimiento de la verdad. Por medio de la vívida predicación acompañada de periódicos y folletos, se puede lograr muchísimo más que por la predicación de la sola palabra sin publicaciones impresas. La prensa es un efficacísimo instrumento que Dios ha provisto para combinarlo con las energías de la palabra viva, a fin de predicar la verdad a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Hay muchos con quienes sólo es posible ponerse en comunicación por medio de la prensa.

"Aquí tenemos verdadera obra misionera en que cabe invertir trabajo y recursos con los mejores resultados. Ha habido demasiado temor de correr riesgo, de moverse sólo por fe y de sembrar junto a todas aguas. Se han presentado ocasiones sin saberlas aprovechar en todo lo posible. Ha habido demasiado temor de aventurarse. La verdadera fe no es presunción, pero se arriesga a mucho. Es preciso exponer sin tardanza en las publicaciones la preciosa luz y la potente verdad."

Después añadió: "Tu esposo no ha de cejar en sus esfuerzos de estimular a ciertos hombres para que sean obreros responsables de importante labor. Satanás atacará a todo aquel a quien Dios acepte. Si ellos se apartan del cielo y ponen la causa en peligro, sus fracasos no se anotarán en la cuenta de tu esposo ni en la tuya, sino que se achacarán a la perversidad de la naturaleza de los murmuradores, la cual ellos no supieron comprender ni vencer. Estos hombres a quienes Dios trató de emplear en su obra, que han fracasado e impuesto grandes cargas a los sinceros y desinteresados, han entorpecido y desanimado más que todo el bien que hicieron. Sin embargo, no ha de entorpecer esto el propósito de Dios de que vaya prosperando la obra, con sus cuidados repartidos en diversas modalidades, confiadas a hombres que desempeñen su parte y lleven la carga cuando convenga. Estos hombres deben estar dispuestos a recibir instrucciones y entonces Dios podrá capacitarlos, santificarlos y comunicarles santidad de juicio a fin de que prosigan cuanto emprendan en su nombre."

Capítulo 39

Visión del conflicto

Vi en visión dos ejércitos en terrible conflicto. Uno de los ejércitos llevaba en sus banderas las insignias del mundo. El otro enarbolaba la ensangrentada enseña del príncipe Emmanuel. Pero bandera tras bandera quedaron arrastradas por el polvo; a medida que compañía tras compañía del ejército del Señor se juntaron al enemigo, tribu tras tribu se apartaba de las filas enemigas para unirse con el pueblo de Dios, guardador de sus mandamientos. Un ángel que volaba por en medio del cielo, puso el estandarte de Emmanuel en muchas manos, mientras un poderoso caudillo gritaba con robusta voz: "Poneos en línea de batalla. Tomen su puesto cuantos sean leales a los mandamientos de Dios y al testimonio de Cristo. Salid de entre ellos y preparaos sin tocar a lo inmundo, y yo os recibiré y os seré por Padre y seréis mis hijos e hijas. Vengan cuantos quieran acudir en socorro a Jehová, en socorro a Jehová contra los fuertes."

La victoria se balanceaba de uno a otro lado. A veces los soldados de la cruz retrocedían "como abanderado en derrota." Isaías 10:18. Pero su aparente retirada les servía para colocarse en más ventajosas posiciones. Se oyeron exclamaciones de júbilo. Resonó un canto de alabanza a Dios, y las voces de los ángeles se unieron al cántico, mientras los soldados de Cristo plantaron su bandera en los muros de la fortaleza hasta entonces poseída por el enemigo. El Capitán de nuestra salvación ordenaba la batalla, y mandaba auxilio a sus soldados. Su poder se desplegaba enérgicamente, y les alentaba a llevar hasta junto a las puertas el ataque.

Les mostraba terribles justicias al conducirlos paso tras paso venciendo y para vencer.

Finalmente se ganó la victoria. Triunfó gloriosamente el ejército que seguía la bandera que llevaba por inscripción: "Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús." Los soldados de Cristo se apiñaban junto a las puertas de la ciudad, que gozosa recibió a su Rey. Quedó establecido el reino de paz, de gozo y de eterna justicia.

La iglesia triunfante

Ahora la iglesia es militante. Estamos frente a un mundo sumido en tinieblas de media noche, entregado casi por completo a la idolatría. Pero se aproxima el día en que se habrá reñido la batalla y obtenido la victoria. La voluntad de Dios se ha de cumplir en la tierra como se cumple en el cielo. Entonces las naciones no tendrán otra ley que la ley del cielo. Juntas, constituirán una dichosa y unida familia, revestida con el ropaje de gratitud y alabanza, el ropaje de la justicia de Cristo. La naturaleza toda, en su incomparable hermosura, ofrecerá a Dios un constante tributo de alabanza y adoración. El mundo estará bañado en la luz del cielo. Los años transcurrirán gozosamente. La luz de la luna será como la del sol, y la del sol siete veces más brillante que ahora. Cantarán al unísono sobre la escena las estrellas de la mañana, y los hijos de Dios prorrumpirán en exclamaciones de gozo, mientras que Dios y Cristo se unirán para proclamar: "No habrá más pecado ni más muerte."

En guardia

Tal es la escena que se me representó. Pero la iglesia ha de combatir contra enemigos visibles e invisibles. Los agentes de Satanás están en forma humana sobre el terreno. Los hombres se han confederado para oponerse al Señor de los ejércitos. Estas confederaciones proseguirán hasta que Cristo deje su lugar de intercesión ante el propiciatorio y se revista del ropaje de venganza. En todas las ciudades hay agentes satánicos, que organizan en partidos a los que se oponen a la ley de Dios. Algunos que se llaman santos y otros que se declaran incrédulos, se incorporan a estos partidos. No es hora de que el pueblo de Dios flaquee. No debemos dejar de permanecer en guardia ni un solo instante. "Por lo demás, hermanos míos, confortaos en el Señor, y en la potencia de su fortaleza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra la asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y estar firmes, habiendo acabado todo. Estad pues firmes, ceñidos vuestros lomos de verdad, y vestidos de la cota de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de salud, y la espada del Espíritu; que es la palabra de Dios." Efesios 6:10-17.

"Y esto ruego, que vuestro amor abunde aun más y más en ciencia y en todo

conocimiento, para que discernáis lo mejor; que seáis sinceros y sin ofensa para el día de Cristo; llenos de frutos de justicia, que son por Jesucristo, a gloria y loor de Dios." Filipenses 1:9-11.

"Solamente que converséis como es digno del evangelio de Cristo; para que ... oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, unánimes combatiendo juntamente por la fe del evangelio, y en nada intimidados de los que se oponen: que a ellos ciertamente es indicio de perdición, mas a vosotros de salud; y esto de Dios; porque a vosotros es concedido por Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él." Filipenses 1:27-29.

En estos últimos días se han revelado visiones de futura gloria, escenas descriptas por la mano de Dios, y éstas han de ser preciosas para su iglesia. ¿Qué sostuvo al Hijo de Dios en sus pruebas y tribulaciones cuando fué traicionado y condenado? Vió el trabajo de su alma y quedó satisfecho. Tuvo una visión de la eternidad y vió la dicha de quienes, mediante su humillación, recibirán el perdón y la vida eterna. Herido fué por sus rebeliones y molido por sus pecados: el castigo de su paz sobre él; y por sus llagas fueron ellos curados. Escuchó su oído la exclamación de los redimidos. Oyó cantar a los rescatados el cántico de Moisés y del Cordero.

Hemos de tener una visión del porvenir y de la beatitud del cielo. Hemos de colocarnos en el umbral de la eternidad y escuchar la amable bienvenida dada a quienes en esta vida cooperaron con Cristo, considerando como un privilegio y un honor sufrir por su causa. Cuando se unan con los ángeles, depositarán sus coronas a los pies del Redentor exclamando: "El Cordero que fué inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza. ... Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás." Apocalipsis 5:12, 13.

Allí los redimidos saludarán a quienes los llevaron al ensalzado Salvador. Se unirán para alabar a Aquel que murió para que los seres humanos pudiesen tener vida comparable a la vida de Dios. El conflicto ha terminado. Acabó toda tribulación y lucha. Cantos de victoria henchirán los cielos cuando los redimidos rodeen el trono de Dios. Todos repetirán la alegre estrofa: "Digno, digno es el Cordero que fué inmolado y vive otra vez, como triunfante vencedor."

"Después de estas cosas miré, y he aquí una gran compañía, la cual ninguno podía contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y palmas en sus manos; y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero. ...

"Estos son los que han venido de grande tribulación, y han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado en el trono tenderá su pabellón sobre ellos. No tendrán más hambre, ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni otro ningún calor. Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes vivas de aguas: y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos." "Y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor: porque las primeras cosas son pasadas."

Capítulo 40

Recompensa del ardoroso esfuerzo

"Si Permaneciere la obra de alguno, ... recibirá recompensa." 1 Corintios 3:14. Gloriosa será la recompensa concedida cuando los fieles obreros se reunan junto al trono de Dios y del Cordero. Al contemplar Juan en su mortal estado la gloria de Dios, quedóse como muerto, pues no fué capaz de resistir la visión. Pero cuando los hijos de Dios se revistan de inmortalidad, le verán como él es. 1 Juan 3:2. Estarán delante del trono, aceptados por el Amado. Todos sus pecados habrán sido borrados y todas sus transgresiones desvanecidas. Podrán contemplar la pura gloria del trono de Dios, de la cual habrá sido quitado todo velo. Participaron de los sufrimientos de Cristo y colaboraron con él en el plan de redención, por lo que partícipes serán con él en el gozo de ver almas salvadas en el reino de Dios donde alabarán a Dios por toda la eternidad.

El gozo de los redimidos

Hermanos y hermanas, os exhorto a que os preparéis para la venida de Cristo en las nubes del cielo. Día por día desechad de vuestros corazones el amor al mundo. Comprended por experiencia lo que significa tener comunión con Cristo. Preparaos para el juicio, de modo que cuando Cristo venga para admiración de los creyentes, seáis de aquellos que le reciban en paz. En aquel día, los redimidos brillarán con la gloria del Padre y del Hijo. Los ángeles, pulsando sus áureas arpas, darán la bienvenida al Rey y a sus trofeos de victoria, los que hayan sido lavados y emblanquecidos en la sangre del Cordero. Resonará un canto de triunfo que llene todo el cielo. Cristo ha vencido. Entra en la corte celestial acompañado de sus redimidos, que atestiguan que no fué vana su misión de sufrimiento y sacrificio.

La resurrección y ascensión de nuestro Señor es una segura prueba del triunfo de los santos de Dios sobre la muerte y el sepulcro, y una garantía de que el cielo está abierto para quienes lavan las ropas de su carácter y las blanquean en la sangre del Cordero. Ascendió Jesús al Padre en representación de la especie humana, y Dios llevará a quienes reflejen su imagen a contemplar y compartir con él su gloria. Hay moradas para los peregrinos de la tierra. Hay vestiduras para los justos, con coronas de gloria y palmas victoriosas. Todo cuanto nos causó perplejidad respecto de las

providencias de Dios, se verá claro y explícito en el mundo futuro. Entonces tendrán explicación las cosas ahora difíciles de comprender. Se nos revelarán los misterios de la gracia. Veremos la más hermosa y perfecta armonía en donde nuestras limitadas mentes sólo veían confusión y promesas fragmentarias. Sabremos que el infinito amor ordenó las experiencias que parecían más difíciles. Cuando comprendamos la tierna solicitud del que hizo que todas las cosas cooperasen conjuntamente para nuestro bien, nos alegraremos con indecible gozo rebosante de gloria.

El dolor no puede existir en el ambiente del cielo. En la morada de los redimidos no habrá lágrimas ni exequias fúnebres ni vestidos de luto. "No dirá el morador: Estoy enfermo: el pueblo que morare en ella será absuelto de pecado." Isaías 33:24. Un copioso flujo de felicidad perdurará y acrecentará su abundancia a medida que transcurra la eternidad.

Todavía estamos en medio de las sombras y torbellinos de la actividad terrena. Consideremos más ardientemente el bendito porvenir. Que nuestra fe atraviese las nubes de obscuridad y contemple a Aquel que murió por los pecados del mundo. El abrió las puertas del paraíso a cuantos le reciban y crean en él. Les da el poder de llegar a ser hijos e hijas de Dios. Que las aflicciones que tan hondamente nos apenan sean instructivas lecciones que nos enseñen a marchar con mayor ahinco hacia el blanco del premio de nuestra soberana vocación en Cristo. Animémonos al pensar que pronto vendrá el Señor, y alegre nuestros corazones esta esperanza. "Porque aun un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará." Hebreos 10:37. Benditos aquellos siervos que cuando su Señor venga los halle velando.

Con rumbo a la patria

Caminemos con destino a la patria. El que nos amó hasta el extremo de morir por nosotros ha edificado una ciudad para nosotros. La Nueva Jerusalén es nuestro lugar de descanso. No habrá tristeza en la ciudad de Dios. Jamás se escucharán en ella lamentos de aflicción ni endechas de malogradas esperanzas ni de afectos desvanecidos. Pronto se mudarán las pesadas vestiduras de tristeza por las galas de boda. Pronto presenciaremos la coronación de nuestro Rey. Aquellos cuyas vidas estuvieron ocultas en Cristo, los que en este mundo pelearon la buena batalla de la fe, resplandecerán con la gloria del Redentor en el reino de Dios. No tardaremos mucho en ver a Aquel en quien se cifran nuestras esperanzas de vida eterna. Y en su presencia tendremos como nada todas las

pruebas y sufrimientos de esta vida. "No perdáis pues vuestra confianza, que tiene grande remuneración de galardón: porque la paciencia os es necesaria; para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aun un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará." Hebreos 10:35-37. Mirad arriba, mirad a lo alto, y vuestra fe aumente sin cesar. Que la fe os guíe a lo largo del angosto sendero que conduce a las puertas de la ciudad de Dios, al grandioso más allá, al amplio e ilimitado porvenir de gloria que espera a los redimidos. "Pues, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia, hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros paciencia; confirmad vuestros corazones: porque la venida del Señor se acerca." Santiago 5:7, 8.

Apéndice

El don de profecía

En el principio, cuando el hombre fué creado y puesto en el jardín del Edén, podía hablar cara a cara con su Creador y con los ángeles. Sin embargo, al caer en pecado, se le retiró este privilegio, y quedó el hombre sujeto a la muerte e incapaz de ver la maravillosa gloria de Dios ni de vivir en su presencia.

Pero aunque el hombre caído ya no podía hablar directamente con Dios, siempre ha estado nuestro amoroso Padre celestial en comunicación con la familia humana. Mediante el ministerio de los ángeles, ha proporcionado al hombre protección contra las influencias del mal, ayudándole a vivir de acuerdo con su voluntad. Por virtud del Espíritu Santo, ha hablado Dios al corazón del hombre, capacitando con ello aun a los más pecadores e ignorantes para encontrar el camino del bien obrar y la vida eterna.

También ha hablado Dios a la caída estirpe de Adán por boca de hombres escogidos a quienes en sueños y visiones dió conocimiento de sus designios. A estos mensajeros de la divina voluntad se les ha llamado santos varones o profetas, destinados por el Señor para la especial misión de recibir y comunicar la verdad del cielo al género humano. Dios dice: "Si tuviereis profeta de Jehová, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él." Números 12:6.

Las Sagradas Escrituras son una compilación de los escritos de hombres tan señaladamente honrados, que llevaron mensajes de Dios a las gentes de su tiempo, enseñaron verdades espirituales y dieron consejos y amonestaciones para la iglesia del porvenir. A los "profetas" fué revelado "que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora os son anunciadas de los que os han predicado el evangelio." 1 Pedro 1:10-12.

La era de los patriarcas

El don de profecía no está limitado a una época. En el inspirado registro hallamos

desde un principio ejemplos de su manifestación. Enoc, el séptimo desde Adán, fué profeta. Previendo el porvenir muchos siglos adelante, vió en profética visión la venida del Señor y la ejecución de los juicios finales sobre los impíos. Judas 14, 15.

Dios se apareció en visión a Abrahán, Isaac y Jacob, prediciéndoles las bendiciones que derramaría sobre su posteridad. Renovó con ellos su pacto y vieron de antemano la recompensa final del justo y contemplaron las bellezas de aquella ciudad celestial cuyo artífice y hacedor es Dios. Hebreos 11:10.

Moisés, escogido por Dios para sacar a los israelitas de la esclavitud de Egipto y conducirlos a la tierra de Canaán, fué un poderoso profeta. Predijo el advenimiento del Mesías en estas palabras: "Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios: a él oiréis." Deuteronomio 18:15. Dios reveló muchas cosas a este fiel varón, y aunque no se le reveló plenamente la divina gloria, dice la Escritura que habló con Dios "cara a cara." Deuteronomio 34:10.

Después de establecidos los hijos de Israel en Canaán, la influencia de los idólatras que los rodeaban los desvió del verdadero Dios y les hizo adorar al sol, a la luna y a las estrellas, y también adoraron imágenes de oro, plata, madera y piedra. Así transgredieron los mandamientos del cielo que se les habían dado para su propio bien. El amoroso corazón de Dios se afligió al ver a su pueblo escogido apartado de su Creador y Bienhechor, y siguiendo una conducta que iba a llevarlo a la ruina.

Entre la apostasía general hubo algunos que mantuvieron su alianza con Jehová y de entre ellos escogió Dios profetas, a los que comisionó para exhortar al pueblo al arrepentimiento y advertirle de los males que seguramente le acarrearía su conducta. "Y Jehová el Dios de sus padres envió a ellos por mano de sus mensajeros, levantándose de mañana y enviando; porque él tenía misericordia de su pueblo, y de su habitación." 2 Crónicas 36:15.

Entre los profetas de Israel, sobresalieron Samuel, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Con vehementes palabras exhortaron al pueblo a que se apartara de sus malos caminos, asegurándole que el Señor le recibiría indulgentemente, le bendeciría y sanaría su desliz. Algunos de los escritos de estos profetas tienen especial aplicación al tiempo en que vivimos. Escribieron sobre lo que "acontecerá en lo postrero de los tiempos" o en el "tiempo del fin." Isaías 2:2; Daniel 12:4.

En ocasión del primer advenimiento de Cristo

Malaquías fué el último profeta del Antiguo Testamento. Durante el período de formalismo religioso que precedió a la primera venida de Cristo, no se registra dato alguno acerca de que hubiese manifestaciones especiales del don de profecía, aunque fueron enviados algunos profetas para preparar el camino del Mesías. Zacarías, padre de Juan el Bautista, "fué lleno de Espíritu Santo, y profetizó." Lucas 1:67. Simeón, "hombre justo y pío," que "esperaba la consolación de Israel," vino por Espíritu al templo, y profetizó respecto a Jesús, que sería "luz para ser revelada a los gentiles, y la gloria de tu pueblo Israel." La profetisa Ana "hablaba de él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén." Lucas 2:25, 32, 38. Nunca hubo mayor profeta que Juan el Bautista, escogido por Dios para proclamar a Israel el advenimiento del "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Juan 1:29.

En los días de los apóstoles

El comienzo de la era cristiana fué señalado por la efusión del Espíritu Santo y la manifestación de diversos dones espirituales, entre ellos el de profecía. En el libro de los Hechos leemos las inspiradas expresiones de Pedro, de Esteban y de otros cristianos de la iglesia, así como de las cuatro hijas de Felipe, "doncellas que profetizaban," y del profeta Agabo. Hechos 21:9, 10.

El apóstol Pablo tuvo visiones de la gloria del cielo. Véase 2 Corintios 12:1-7. En el capítulo doce de la primera epístola a los Corintios dedica extensa consideración a los dones del Espíritu que fueron otorgados no sólo para una época sino "hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo." Efesios 4:13. "Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores; luego facultades; luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas." 1 Corintios 12:28.

Juan, el último superviviente de los doce apóstoles de Jesús, era profeta. En el Apocalipsis refiere las visiones que tuvo mientras estaba desterrado en la isla de Patmos, diciendo que eran "la revelación de Jesucristo, que Dios le dió, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder presto; y la declaró, enviándola por su ángel a

Juan su siervo, el cual ha dado testimonio de la palabra de Dios, y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que ha visto." Apocalipsis 1:1, 2.

El don de profecía desaparece

Las Escrituras predicen un gran retroceso, que ya empezó a manifestarse en la época apostólica entre algunos falsos hermanos de la iglesia, y que por último había de resultar en la "apostasía" y revelación del "hombre de pecado, el hijo de perdición," de quien habla Pablo en su epístola a los tesalonicenses. 2 Tesalonicenses 2:1-7.

En cumplimiento de estas predicciones, nos refiere la historia que después de la muerte del último apóstol de Jesús, algunos miembros de la iglesia cristiana empezaron a desviarse de la sencillez de la verdad enseñada por Cristo hasta que al cabo se unieron al mundo en sus prácticas paganas.

Según pasaban los años, la iglesia crecía en número y popularidad, resultando de ello que muchos fueron relajándose en su obediencia a las enseñanzas de la Biblia, hasta que finalmente, en los siglos V y VI de la era cristiana, la mayor parte de los que se llamaban cristianos no vivían de acuerdo con las enseñanzas de Cristo, y durante muchos siglos predominó una forma apóstata del cristianismo. Fué suprimida la verdad hasta perderse de vista y prevaleció la ignorancia.

A estos siglos de apostasía los llama la historia "edad del obscurantismo," durante la cual se llevaron a efecto muchos intentos de alterar o desechar varias enseñanzas fundamentales de la Biblia. En semejantes circunstancias, no es extraño que tanto en dicha época como en la que precedió inmediatamente al primer advenimiento de Cristo, desapareciera casi por completo la manifestación del don de profecía.

Restaurado en los últimos días

Pero al propio tiempo que las Escrituras predicen esta tremenda apostasía, también enseñan explícitamente que poco antes de la segunda venida de Cristo, serán rescatados muchos de las tinieblas del error y la superstición. Una vez más ha de quedar la tierra iluminada por la gloria de Dios. Han de brillar de nuevo las puras verdades de la Biblia, y en esta época de celestial iluminación que señale la cercanía del fin de la edad, los dones del Espíritu volverán a manifestarse en la verdadera iglesia. "Y será en

los postreros días, dice Dios, derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán." Hechos 2:17, 18; Joel 2:28, 29.

En términos claros habla el profeta Juan de la última iglesia o "iglesia remanente" diciendo de ella que la forman quienes "guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo." Cuando Juan quiso una vez adorar al ángel que se le había aparecido en visión, el ángel le dijo: "Mira que no lo hagas: yo soy siervo contigo, y con tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios." Apocalipsis 19:10.

En análogas circunstancias, el ángel le dijo a Juan, según relata otro pasaje:

"Mira que no lo hagas: porque yo soy siervo contigo, y con tus hermanos los profetas." Apocalipsis 22:9.

El pensamiento es evidentemente el mismo en ambos pasajes. En uno se dice que los "hermanos" de Juan "tienen el testimonio de Jesús;" y en el otro pasaje se llaman "profetas" a estos "hermanos."

Por lo tanto, los profetas tienen "el testimonio de Jesús;" y el ángel que se apareció a Juan es seguramente el mensajero especialmente encargado de dar instrucciones a todos los profetas. Sin duda es el ángel Gabriel, que se le apareció al profeta Daniel. Véase Daniel 8:16; 9:21. El mismo ángel le dice después a Juan: "El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía." Apocalipsis 19:10.

Comparando la expresión bíblica: "Testimonio de Jesús" con la afirmación de Apocalipsis 12:17 (VM) relativa al "residuo de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús," inferimos que antes de la segunda venida de Cristo, su verdadera iglesia guardará sus mandamientos y tendrá el espíritu de profecía.

El rápido cumplimiento de las predicciones de la Sagrada Escritura referen es a las señales y sucesos que han de presagiar las finales escenas de la historia de la tierra, es una prueba evidente de que vivimos en los últimos días. Por lo tanto, ha de haber hoy día un número de cristianos que guardan los mandamientos de Dios y tienen el

testimonio de Jesucristo o sea el espíritu de profecía. ¿En dónde encontrarlos?

Ahora se necesitan obreros--misioneros médicos evangelistas. No podréis dedicar largos años a la preparación. Las puertas ahora abiertas para la verdad se cerrarán pronto para siempre. Proclamad el mensaje ahora. No esperéis, dejando que el enemigo se apodere de los campos ahora abiertos delante de vosotros. Salgan pequeños grupos a hacer la obra que Cristo asignó a sus discípulos. Trabajen como evangelistas, diseminando nuestras publicaciones, y hablando de la verdad a quienes encuentren. Oren por los enfermos, atendiendo a sus necesidades, no con drogas, sino con los remedios de la naturaleza, y enseñándoles cómo recuperar la salud y evitar la enfermedad.

Comprobado por la palabra

A consecuencia del fanatismo y malicia resultantes de la obra de hombres que falsamente se decían enseñados por Dios, mucha gente buena y seria mira con grave recelo y no da crédito a quienes se apoyan en la revelación divina. Pero el que busca la verdad se ha de prevenir igualmente contra los engaños de falsos profetas e instructores y contra el fracaso en el reconocimiento de la verdad. Dice el apóstol: "No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno." 1 Tesalonicenses 5:20, 21.

En armonía con esta exhortación, los creyentes en Cristo han de considerar ingenuamente las pruebas de que el actual movimiento adventista está guiado por Dios, al paso que consideran la manifestación del don de profecía relacionado con este movimiento. Es peligroso menospreciar la obra del Espíritu Santo manifestada en dicho don de profecía. Sin embargo, se nos amonesta a guardarnos "de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces." La prueba se nos da en que "por sus frutos los conoceréis."

Tan imposible es para el hombre recoger "uvas de los espinos, o higos de los abrojos" como hallar verdad pura y poder santificador en un ruin impostor. "Todo buen árbol lleva buenos frutos; mas el árbol maleado lleva malos frutos. No puede el buen árbol llevar malos frutos, ni el árbol maleado llevar frutos buenos. ... Así que, por sus frutos los conoceréis." Mateo 7:15-20.

La activa labor de Elena G. Harmon, llamada, después de su matrimonio, la Sra. E. G. de White, abarcó un período de setenta años, en América, Europa y Australasia. Durante este largo tiempo, fué favorecida con muchas revelaciones, que creía enviadas del cielo, y se esforzó en transcribirlas fielmente para enseñanza. de la iglesia. Se han publicado varios volúmenes de sus escritos que circulan por todo el mundo. Millares de personas, convencidas, por las Escrituras, de que vivimos en tiempos cercanos al fin de la historia de la tierra, creyeron que la Sra. de White era un agente de que se valía Dios para hablar por medio del Espíritu de profecía a su iglesia remanente. Esta creencia merece seguramente consideración, pues el carácter de su obra se ha de inferir de su conducta y enseñanzas y de la índole de las revelaciones que recibió.

La Sra. de White deseó siempre que su obra y enseñanzas estuviesen comprobadas por la norma de la palabra de Dios, revelada en las Sagradas Escrituras, y así escribió: "Juzgad por sus frutos a los testimonios. ¿Cuál es el espíritu de sus enseñanzas? ¿Cuál ha sido el resultado de su influencia? ... O Dios está enseñando a su iglesia, reprobando sus yerros y fortaleciendo su fe, o no lo está. La obra ésta es o no de Dios. Nada hace Dios en participación con Satanás. Mi obra ... lleva el sello de Dios o el del enemigo. No caben en este punto términos medios.

"Cuando el Señor se manifestaba por el Espíritu de profecía, yo veía el pasado, el presente y el futuro. Se me mostraron rostros que jamás había visto, y años después los reconocí al verlos. Desperté de mi sueño con vívida sensación de las escenas presentadas a mi mente; y a media noche escribí cartas que, transmitidas a través del continente, llegaron a su destino en el momento crítico para salvar de un gran desastre la causa de Dios. Esta ha sido mi obra durante muchos años. Una fuerza me impulsaba a reprobando y rechazar injusticias en que yo no había pensado. Esta obra ¿es de arriba o de abajo? ... Quienes realmente deseen conocer la verdad hallarán suficientes pruebas para creer."--Testimonios para la Iglesia 5:629, 630, ed. inglesa.

El oficio de Cristo magnificado

La encarnación de Jesucristo, el sublime Hijo de Dios, "Cristo en vosotros la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27), es el tema capital del evangelio. "En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente: y en él estáis cumplidos." Colosenses 2:9, 10. La aceptación o rechazo de esta verdad vital es una de las pruebas señaladas por Dios para conocer a quien pretende tener el don de profecía. Dice el apóstol Juan: "No

creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios: porque muchos falsos profetas son salidos en el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo es venido en carne es de Dios: y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios." 1 Juan 4:1-3.

Los falsos profetas no aman a Cristo. Más bien llaman la atención hacia sí mismos. Hablan "cosas perversas, para llevar discípulos tras sí." Hechos 20:30. A tal efecto, enseñan de manera que halagan el ánimo carnal de quienes en su corazón "dicen a los videntes: No veáis; y a los profetas: No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas." Isaías 30:10. Estos supuestos profetas o instructores "son del mundo; por eso hablan del mundo, y el mundo los oye." 1 Juan 4:5.

En las enseñanzas de la Sra. de White se reconoce y ensalza a Cristo como el único Salvador de los pecadores. "Porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos." Hechos 4:12. En su obra personal por el Maestro, la Sra. de White dió ejemplo de las siguientes instrucciones que transmitió a sus hermanos en el ministerio:

"Cristo crucificado, Cristo resucitado, Cristo ascendido al cielo, Cristo que va a volver, debe alegrar y llenar a menudo la mente del predicador de modo que él pueda presentar estas verdades a la gente con amor y profundo fervor. Entonces el predicador se perderá de vista, y Jesús quedará manifiesto.

"Ensalzad a Jesús, vosotros que enseñáis a la gente, ensalzadle en el sermón, en el canto, en la oración. Dedicad todas vuestras facultades a conducir almas confusas, extraviadas y perdidas, al "Cordero de Dios." Ensalzadle a él, el Salvador resucitado, y decid a todos: Venid a Aquel que "nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros." Sea la ciencia de la salvación el motivo de cada sermón, el tema de cada canto. Derrámese en toda súplica. No pongáis nada en vuestra predicación como suplemento de Cristo, sabiduría y poder de Dios. Enalteced la palabra de Vida, presentando a Jesús como la esperanza del penitente y la fortaleza de cada creyente. Revelad el camino de paz al afligido y abatido, y manifestad la gracia y perfección del Salvador."--Obreros Evangélicos, 168.

"A la ley y al testimonio"

Siempre se ha esforzado el enemigo de toda justicia en inducir a los hombres a que menosprecien las exigencias de la ley de Jehová. Por medio de sus profetas, siempre ha procurado Dios llevar a los hombres al reconocimiento de las obligatorias prescripciones de su eterna e inmutable ley. Se ha escrito acerca del pueblo hebreo: "Jehová protestaba entonces contra Israel y contra Judá, por mano de todos los profetas, y de todos los videntes, diciendo: Volveos de vuestros malos caminos, y guardad mis mandamientos y mis ordenanzas, conforme a todas las leyes que yo prescribí a vuestros padres, y que os he enviado por mano de mis siervos los profetas." 2 Reyes 17:13.

En nuestros días, cuando se manifiesta una propensión general a desechar el freno de la ley de Dios, la Sra. de White se ha esforzado firme e impávidamente en inculcar en la conciencia de los hombres los sagrados requerimientos de Dios. En su ministerio público, insistió constantemente en la inmutabilidad de la ley, en la vital necesidad de obedecer, por medio de la virtud de Cristo, a todas sus prescripciones, incluso la del cuarto mandamiento.

Acerca de la relación entre la ley y el evangelio, ha escrito la Sra. de White:

"Los principios de la ley se manifiestan claramente en la vida de Cristo; y a medida que el Espíritu Santo de Dios toca el corazón y la luz de Cristo revela a los hombres la necesidad de valerse de su sangre purificadora y de su virtud justificadora, la ley es también un agente para llevarnos a Cristo a fin de que podamos ser justificados por la fe. 'La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma.'

"Dijo Jesús: 'Hasta que perezca el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas.' El sol que brilla en los ciclos, la sólida tierra en que moramos, atestiguan que la ley de Dios es inmutable y eterna. Aunque perezcan los cielos y la tierra, perdurarán los divinos preceptos. 'Más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra, que frustrarse un tilde de la ley.' El sistema de símbolos, que representaba a Jesús como el Cordero de Dios, había de ser abolido a su muerte; pero los preceptos del Decálogo son tan inmutables como el trono de Dios."--The Desire of Ages, 308.

Honro siempre las escrituras

Los escritos de la Sra. de White señalan constantemente la Biblia como copiosa

fuelle de toda verdad espiritual. Dichos escritos abundan en citas bíblicas, a las que no da interpretaciones en modo alguno caprichosas. Sin embargo, no vaya a creerse que los adventistas del séptimo día consideran los escritos de la Sra. de White como un complemento de la Biblia, ni que su estudio haya suplantado al estudio de la Biblia. La misma Sra. de White ha escrito: "La palabra de Dios basta para iluminar la más tenebrosa mente, y pueden comprenderla cuantos lo deseen. Sin embargo, algunos, que se jactan de estudiar la palabra de Dios, se portan en abierta oposición a sus explícitas enseñanzas; y para que los hombres no puedan alegar excusa, Dios da entonces claros y señalados testimonios para volverlos a la Palabra que repugnaron obedecer." "Los testimonios no son para empedqueñecer la palabra de Dios, sino para ensalzarla y atraer las mentes a ella, de modo que la hermosa sencillez de la verdad pueda conmover a todos."

"Nuestro lema ha de ser: '¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.' Tenemos una Biblia repleta de preciosísima verdad. Contiene el alfa y el omega del conocimiento. Las Escrituras, dadas por inspiración de Dios, son útiles 'para enseñar, para redargüir, para corregir, para instituir en justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente instruido para toda buena obra.' Tomad la Biblia por libro de estudio."

A sus hermanos en el ministerio les escribía la Sra. de White:

"No defendamos teorías o pruebas que Cristo no mencionó nunca, y que no tienen fundamento en la Biblia. Tenemos grandes y solemnes verdades para la gente. 'Escrito está,' tal ha de ser la prueba a que debemos someter toda alma. Dejémonos guiar por la Palabra de Dios. Busquemos un 'así dice Jehová.' Ya hemos tenido bastantes métodos humanos. Una mente educada únicamente en la ciencia mundana no podrá comprender las cosas de Dios; pero la misma mente, convertida y santificada, verá el poder divino en la Palabra."--Obreros Evangélicos, 324, 325.

Predicciones cumplidas

Una de las características que distinguen al verdadero Dios de los falsos dioses, es el poder de comunicarse con los hombres, tanto acerca de lo pasado como en cuanto a lo futuro. Por boca del profeta Isaías, lanzó Jehová un reto a los dioses adorados por los paganos: "Dígannos lo que ha pasado desde el principio, y pondremos nuestro

corazón en ello: sepamos también su postrimería, y hacednos entender lo que ha de venir. Dadnos nuevas de lo que ha de ser después, para que sepamos que vosotros sois dioses." Y a causa de la impotencia de los falsos dioses para hacer esto, dice Jehová: "He aquí que vosotros sois de nada, y vuestras obras de vanidad; abominación el que os escogió." Isaías 41:22-24.

Una de las pruebas señaladas por Dios para conocer a un verdadero profeta es el exacto cumplimiento de sus palabras. El poderoso profeta Moisés le dijo a Israel en nombre de Dios: "Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no hubiere hablado? Cuando el profeta hablare en nombre de Jehová, y no fuera la tal cosa, ni viniere, es palabra que Jehová no ha hablado: con soberbia la habló aquel profeta: no tengas temor de él." Deuteronomio 18:21, 22.

Muchos ejemplos podrían citarse de la visión profética de la Sra. de White. A menudo vió en visión a personas desconocidas para ella; y más tarde las encontró en sus viajes y les dió el mensaje que para ellas había recibido en visión. Estos mensajes denotaban un conocimiento de las acciones o motivos de aquellas personas, que la Sra. de White no podía haber adquirido por medios humanos.

En los primeros años de su obra, cuando ella, su esposo y el pastor José Bates, eran casi los únicos predicadores de la verdad del sábado, se le reveló el futuro desarrollo del movimiento adventista, a la sazón incipiente y del cual eran ellos las avanzadas. El 1 de noviembre de 1848, en una reunión celebrada en Dorchester (Massachusetts), la Sra. de White contempló en visión el mensaje simbolizado por el sol naciente que iba aumentando en esplendor hasta iluminar el mundo entero.

Después de la visión, le dijo la Sra. de White a su esposo que el Señor quería que imprimiese un pequeño periódico, y que la obra de publicar la verdad iría creciendo hasta que las publicaciones fuesen como rayos de luz que circundaran la tierra. Desde el punto de vista humano, era ésta una predicción muy presuntuosa. Había entonces pocos creyentes, pobres en bienes terrenos, y sus doctrinas eran muy impopulares. Sin embargo, Dios, para quien todo es posible, ha cumplido admirablemente su palabra. Desde aquel entonces, las publicaciones de la literatura henchida de verdad se han difundido por doquiera hasta el punto de que la venta anual en todo el mundo excede de siete millones de dólares.

Al relatar la Sra. de White sus primeras visiones, representó gráficamente las experiencias por que había de pasar el pueblo adventista antes de la venida del Señor. Se le mostró el rápido desarrollo e incremento que iba a tomar el espiritismo, aunque a la sazón sus manifestaciones se limitaban a los "misteriosos golpeteos" de Rochester (Nueva York). También predijo la promulgación de leyes que obligarían al descanso dominical en países donde por entonces imperaba la más completa libertad religiosa. Todas estas y otras muchas predicciones se publicaron y difundieron extensamente. Los acontecimientos ocurridos desde que las escribió han comprobado la veracidad de muchas de ellas, cuyo cumplimiento ha inspirado creciente confianza de que sus profecías relativas al triunfo final de la causa adventista quedarán igualmente cumplidas. La prosperidad de este movimiento ha sido mayor por haber escuchado los consejos y amonestaciones que con su palabra y pluma daba a los guías y conductores.

Condiciones en que tenía visión

Especialmente en los primeros años de su obra, tuvo la Sra. de White visiones en presencia de muchos testigos. Durante la visión quedaba por completo inconsciente de cuanto la rodeaba en la tierra. Sin embargo podía andar y hacer graciosos ademanes mientras refería las escenas que presenciaba. En aquellas circunstancias su fuerza era extraordinaria, pues en vano habían intentado hombres robustísimos moverle el brazo o la mano de la posición en que los mantenía. Una vez, en casa del Sr. Curtiss, en Topsham (Maine), el año 1845, tomó de un estante una voluminosa Biblia de familia que pesaba cerca de ocho kilogramos y, sosteniéndola más arriba que su cabeza con el brazo izquierdo extendido, la fué hojeando con la mano derecha, a medida que, con la vista apartada del libro, leía correctamente muchos pasajes de la Escritura, y señalaba con el índice los pasajes que leía. En estado normal, no hubiera sido capaz de levantar tan pesado volumen; pero en visión, lo sostuvo con fuerza sobrenatural durante más de media hora con el brazo extendido.

Al relatar sus visiones, hablaba frecuentemente la Sra. de White de su "ángel acompañante," a quien otras veces llama "mi compañero," o "mi instructor," aludiendo con estas expresiones a un brillante y glorioso ángel que invariablemente actuaba como su guía o instructor.

Aunque la Sra. de White solía hablar mientras estaba en visión, no brotaba aliento alguno de sus labios. El 26 de junio de 1854, en Rochester (Nueva York), mientras

estaba en visión, dos médicos se empeñaron en demostrar que respiraba, y entre otras pruebas le acercaron a la boca una vela encendida, todo lo cerca que fué posible, sin quemarla; pero a pesar de que en aquel momento estaba hablando recio, no se notó ni el más leve hálito que moviera la llama. La primera señal de que se recobraba de la visión era un profundo suspiro y, pasados algunos segundos, otro suspiro, hasta que al fin se normalizaba su respiración.

Estas condiciones físicas son análogas a aquellas en que se hallaba el profeta Daniel durante sus visiones, según él mismo refiere en el capítulo décimo de su profecía. Habla de que perdía las fuerzas corporales y dice que se le aparecía un ángel para infundírselas sobrenaturales. Dice sobre esto: "Porque al instante me faltó la fuerza, y no me ha quedado aliento. Y aquella como semejanza de hombre me tocó otra vez, y me confortó." Daniel 10:17, 18.

Testimonio de un testigo ocular

El pastor Urías Smith que durante largos años fué colaborador de la Sra. de White y de su esposo, dió el siguiente testimonio respecto al don especial que ella poseía:

"Todas las pruebas que pueden aducirse en favor de semejantes manifestaciones demuestran su autenticidad. Las comprobaciones internas y externas son concluyentes. Están de acuerdo con la palabra de Dios. y con ellas mismas. Se manifiestan cuando el Espíritu de Dios está especialmente presente, si no es que se engañan invariablemente los más aptos para juzgar; y por lo severas, dignas y conmovedoras, resultan, para quienes las presencian, enteramente opuestas a las falsas pruebas del fanatismo.

"Su fruto denota que proceden de una fuente opuesta al mal.

"1. Su objetivo es de la más pura moralidad. Abominan todos los vicios y exhortan a la práctica de todas las virtudes. Señalan los peligros por los cuales hemos de pasar al reino. Revelan las artimañas de Satanás. Nos previenen contra sus añagazas. Han matado en flor cuantos proyectos fanáticos quiso introducir el enemigo entre nosotros. Han descubierto las ocultas iniquidades, puesto en claro escondidas injusticias y delatado los malignos intentos de los hipócritas. Nos han movido e inducido a consagrarnos más fervorosamente a Dios, a realizar más enérgicos esfuerzos para santificar nuestro corazón y ser más diligentes en la causa y servicio de nuestro

Maestro.

"2. Nos conducen a Cristo, a quien, según hace la Biblia, nos representan como la sola esperanza y el único Salvador del género humano. Nos describen en vívidos caracteres la santa vida y piadoso ejemplo de Cristo, y con irresistible admonición, nos exhortan a seguir sus huellas.

"3. Nos conducen a la Biblia. Nos presentan este Libro como la inspirada e inalterable palabra de Dios. Nos exhortan a tomar por consejera la Palabra, considerándola como guía de nuestra fe y nuestras obras. Con impulsiva fuerza nos invitan a estudiar detenida y solícitamente sus páginas, para familiarizarnos con sus enseñanzas, porque nos ha de juzgar en el último día.

"4. Han consolado y fortalecido muchos corazones. Han animado al débil, robustecido al flaco, levantado al desfallecido. Han puesto orden en la confusión, enderezado muchos entuertos y desvanecido muchas tinieblas. Nadie que esté libre de prejuicios puede leer sus conmovedoras exhortaciones a una moralidad pura y elevada, sus loores a Dios y al Salvador, sus reprensiones contra todo mal y sus incitaciones a todo lo santo y bueno, sin verse obligado a exclamar: 'Estas palabras no son de endemoniado.'"

Valía de su obra

Después de setenta años de activa labor en muchos países, en la literatura y en la predicación, la Sra. de White se durmió pacíficamente en Jesús, el 16 de julio de 1915, en su casa, cerca de Santa Elena (California). Fué sepultada junto a su esposo en el cementerio de Oak Hill, de Battle Creek (Míchigan), el 24 de julio. En el sermón fúnebre, el pastor A. G. Daniells, presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, dijo respecto a al obra de la difunta:

"Acaso no acertemos a definir exactamente qué aspecto de la obra de la Sra. de White ha sido más valioso para el mundo; pero parece que los numerosos volúmenes de profunda literatura religiosa que nos ha legado han de ser de grandísimo provecho para la humanidad. Sus libros forman más de veinte tomos, algunos de los cuales han sido traducidos a diversos idiomas en diferentes partes del mundo, y han alcanzado hasta ahora una circulación de más de dos millones de ejemplares, y continúan difundiéndose

por millares.

"Al observar el campo de la verdad evangélica, de la relación del hombre con su Señor y con sus prójimos, vemos que la obra de la Sra. de White ha dado positivo y constructivo apoyo a estos grandes fundamentos. Ella tocó todos los puntos de las vitales necesidades de la humanidad y la realzó a superior nivel.

"Ahora descansa. Calló su voz; su pluma queda de lado. Pero prosigue la poderosa influencia de la activa, enérgica y espiritual obra de su vida, que estuvo enlazada con lo eterno y fundida en Dios. El mensaje proclamado y la obra realizada constituyen un elocuente y perpetuo monumento. Los muchos libros que nos ha legado, en que trata de todos los aspectos de la vida humana, insinúan las reformas necesarias para el mejoramiento de la sociedad representada en la familia, ciudad, estado y nación; y continuarán influyendo en el sentimiento público y en el carácter individual. Sus mensajes se estimarán mucho más de lo que lo fueron en lo pasado. La causa a que dedicó su vida y que quedó tan amoldada y prosperada por dicha vida, seguirá adelante con creciente energía y rapidez según transcurran los años. Los que estamos relacionados con esta causa, no hemos de abrigar ningún temor, excepto el de fracasar en cuanto a cumplir nuestra parte tan fielmente como debemos cumplirla."